

Galveston

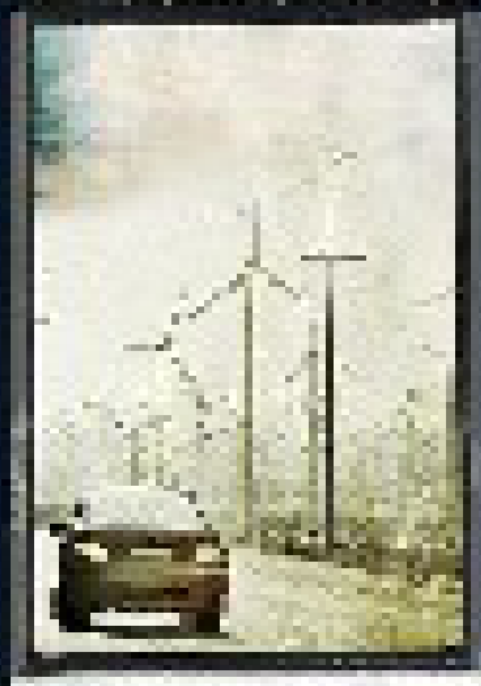
Nic Pizzolatto

VISIT...

LANZAROTE
Caliente.COM

NE-ARZELAN GALFETHN

THE HISTORY OF THE
CITY OF NE-ARZELAN



THE
CITY OF NE-ARZELAN

Annotation

El texano Roy Cody, alto y corpulento, con barba y melena, sombrero de ala ancha y botas de cowboy, lleva unos años ejerciendo de matón profesional en Nueva Orleans. Es un tipo tranquilo, capaz de ver el lado filosófico de las cosas, a la vez comprensivo e implacable. Pero el mismo día en que le diagnostican un cáncer avanzado, mientras bebe unos whiskys y sin haber comentado todavía la aciaga noticia con nadie, intuye que su jefe, el poderoso extorsionador Stan Ptitko, quiere quitárselo de encima, y que el trabajo que le acaba de encargar Stan y que debe llevar a cabo esa noche, una de sus rutinarias visitas de intimidación, es una trampa...

NIC PIZZOLATTO

Galveston

Salamandra

Sinopsis

El texano Roy Cody, alto y corpulento, con barba y melena, sombrero de ala ancha y botas de cowboy, lleva unos años ejerciendo de matón profesional en Nueva Orleans. Es un tipo tranquilo, capaz de ver el lado filosófico de las cosas, a la vez comprensivo e implacable. Pero el mismo día en que le diagnostican un cáncer avanzado, mientras bebe unos whiskys y sin haber comentado todavía la aciaga noticia con nadie, intuye que su jefe, el poderoso extorsionador Stan Ptitko, quiere quitárselo de encima, y que el trabajo que le acaba de encargar Stan y que debe llevar a cabo esa noche, una de sus rutinarias visitas de intimidación, es una trampa...

Autor: Pizzolatto, Nic

©2010, Salamandra

ISBN: 9788416237005

Generado con: QualityEbook v0.75

Galveston

Para Amy y para Allegra

¿Cuántas veces he estado a cubierto de la lluvia bajo techo ajeno, pensando
en mi hogar?

William Faulkner

UN médico me fotografió los pulmones. Estaban repletos de copos de nieve.

Al salir de la consulta me pareció que todos los presentes en la sala de espera se alegraban de no ser yo. Ciertas cosas se notan en la cara de la gente.

Yo ya sospechaba que algo iba mal porque unos días antes, al subir dos tramos de escalera persiguiendo a un tipo, había notado que me costaba respirar, como si cargase con unas pesas en el pecho. Había pasado un par de semanas bebiendo más de la cuenta, pero tuve claro que se trataba de algo más que eso. Me dio tanta rabia ese dolor repentino que le rompí la mano al tipo. Escupió algún diente y se quejó a Stan de que le parecía excesivo.

Pero es que siempre me han dado trabajo por eso. Porque soy excesivo.

Le conté a Stan lo del dolor en el pecho y me mandó a un médico que le debía cuarenta de los grandes.

Al salir de la consulta, saqué los cigarrillos del bolsillo de la chaqueta y empecé a estrujar el paquete, pero decidí que no era un buen momento para dejarlo. Encendí uno allí mismo, en la acera, pero no me supo bien y el humo me hizo pensar en los hilos de algodón que se entretejían en mis pulmones. Los coches y autobuses circulaban a escasa velocidad y la luz del sol arrancaba destellos de sus cristales y de los cromados de las carrocerías. Con las gafas de sol puestas, era como si estuviese en el fondo del mar y los vehículos fueran peces. Imaginé un lugar mucho más oscuro y fresco, y los peces se convirtieron en sombras.

Un bocinazo me espabiló de golpe. Había sobrepasado el bordillo de la acera. Levanté una mano para parar un taxi.

Iba pensando en Loraine, una chica con la que salí hace tiempo, y en aquella noche que pasé despierto hablando con ella hasta el amanecer en una playa de Galveston, sentados en un lugar desde el que veíamos las gruesas columnas de humo blanco de las refinerías de petróleo ascendiendo a lo lejos como una carretera en dirección al sol. Habrían pasado unos diez u once años desde entonces. Supongo que ella siempre fue demasiado joven para mí.

Yo ya estaba furioso antes de los rayos X, porque la mujer a la que consideraba mi novia, Carmen, había empezado a acostarse con mi jefe, Stan Ptitko. Iba a verme con él en su bar. No era el mejor día. Pero uno no deja de ser quien es sólo porque le aparezca en los pulmones un torbellino de motas de jabón en polvo.

Nadie sale vivo de esto, pero al menos esperas que no te pongan una fecha límite. No tenía intención de contar a Stan, Angelo o Lou lo de mis pulmones. No quería que pasasen el rato en el bar hablando de mí cuando yo no estuviera delante. Riéndose.

Más allá de la ventanilla del taxi, llena de marcas de dedos, iba acercándose la parte alta de la ciudad. Algunos lugares se abren para dejarte entrar, pero en

el caso de Nueva Orleans no había nada parecido a una entrada. La ciudad era un yunque sumergido, envuelto en su propia atmósfera. El sol resplandecía entre los edificios y los robles, y sentí en el rostro la luz y después la sombra, como proyectadas por una lámpara estroboscópica. Pensé en el culo de Carmen y en cómo volvía la cabeza para sonreírme por encima del hombro. Seguía pensando en Carmen, lo cual no tenía sentido porque estaba claro que, además de una zorra, era absolutamente desalmada. Cuando empezamos a salir, ella estaba con Angelo Medeiros. Supongo que más o menos se la birlé. Ahora salía con Stan. Angelo también trabajaba para él. Dar por hecho que estaría montándose con otros tíos a espaldas de Stan aliviaba mi sensación de agravio.

Intenté decidir a quién podía contar lo de mis pulmones, porque quería contárselo a alguien. La verdad es que es una cagada recibir una noticia así cuando tienes trabajo pendiente.

El bar se llamaba Stan's Place y era un edificio de ladrillo visto con tejado de chapa, ventanas enrejadas y una puerta metálica abollada.

Dentro estaban sentados Lou Theriot, Jay Meires y un par de tipos a los que no conocía, gente mayor. El barman se llamaba George. Tenía la oreja izquierda vendada con gasa. Le pregunté dónde estaba Stan y él me indicó con un movimiento de cabeza la escalera que llevaba a la oficina. Como la puerta estaba cerrada, me senté en un taburete y pedí una cerveza. Pero entonces recordé que estaba muriéndome y opté por un Johnnie Walker etiqueta azul. Lou y Jay hablaban sobre un problema que tenían con uno de los corredores de apuestas. Lo supe porque había hecho ese trabajo durante unos cuantos años, cuando tenía veintipocos, y conozco la jerga. Cuando se dieron cuenta de que estaba escuchando, se callaron y me miraron. No quise ni sonreírles siquiera, y retomaron su conversación, pero bajando mucho la voz y manteniendo la cabeza gacha, para que no pudiese oír nada. Nunca les caí muy bien. Conocían a Carmen como camarera del local, ya antes de que empezase a salir con Stan, y creo que me tenían ojeriza por culpa de ella.

Además, tampoco les caía bien porque nunca acabé de encajar con el grupo. Stan me heredó de su antiguo jefe, Sam Gino, que a su vez me había heredado de Harper Robicheaux, y si estos tipos nunca me aceptaron del todo es más bien por mi culpa. Tenían un concepto de la moda propio de latinos cutres: chándales o camisas con doble puño y pelo engominado, mientras que yo llevo tejanos y camisetas con cazadora y botas de vaquero, como siempre he hecho, y me dejo melena y no me afeito la barba. Me llamo Roy Cady, pero Gino fue el causante de que todo el mundo empezase a llamarme Big Country, y siguen haciéndolo sin ningún cariño. Soy del este de Texas, del Triángulo de Oro, y estos chavales siempre me han considerado escoria, lo cual me parece bien, porque así me temen.

Tampoco es que tuviera demasiadas ganas de ascender en la organización.

En cambio, con Angelo siempre me había llevado bien. Antes del asunto de Carmen.

Se abrió la puerta de la oficina y salió Carmen, alisándose la falda y retocándose un poco el pelo, y al verme se quedó casi petrificada. Pero, como Stan salía tras ella, tuvo que echar a andar escaleras abajo y él la siguió, remetiéndose la parte trasera de la camisa en el pantalón. Sus pasos hicieron crujir los peldaños y Carmen encendió un cigarrillo antes de llegar al pie de la escalera. Se dirigió fumando hasta la otra punta del bar y pidió un zumo de pomelo con vodka.

Se me ocurrió un comentario de listillo, pero tuve que guardármelo.

Lo que más rabia me daba era que hubiera arruinado mi soledad. Yo había estado mucho tiempo a mi aire.

O sea, echaba un polvo cuando lo necesitaba, pero vivía solo.

Ahora, en cambio, ya no me contentaba con la soledad.

Stan saludó a Lou y Jay con una inclinación de cabeza, se acercó a mí y me dijo que Angelo y yo íbamos a tener trabajo esa noche. Tuve que esforzarme para parecer satisfecho con esa asignación de compañero. Stan tenía una de aquellas frentes polacas cuya parte inferior sobresalía como un peñasco y proyectaba su sombra sobre los ojos diminutos.

Me pasó un papelito y dijo:

—Jefferson Heights. Vais a hacerle una visita a Frank Sienkiewicz.

El nombre me sonaba, era el presidente o el antiguo presidente o el abogado de los trabajadores portuarios de la ciudad.

Los estibadores estaban supuestamente bajo escrutinio federal y se rumoreaba que iban a ser objeto de una investigación. Trajinaban contenedores para los socios de Stan y los sobornos mantenían vivo el sindicato, pero la verdad es que yo no sabía más que eso.

—Nadie debería acabar malherido —me advirtió Stan—. Ahora no quiero líos. —Se situó detrás de mi taburete y me puso una mano en el hombro. Yo siempre fui incapaz de descifrar esos ojillos aplastados bajo el saledizo de su frente, pero uno de los secretos de su éxito era, sin duda, la total ausencia de piedad de su rostro, con esos anchos pómulos esclavos sobre la boca prieta y sin apenas labios de saqueador cosaco. Si los soviéticos contaban de verdad con gente capaz de meterte el alambre de una percha al rojo vivo por el agujero de la polla, debían de ser tipos como Stanislaw Pitko—. Necesito que ese tío entienda qué es lo correcto —añadió Stan—. Que ha de jugar para el equipo. Eso es todo.

—¿Y para eso necesito a Angelo?

—Llévatelo de todos modos. Prefiero ser precavido. —También me dijo que debía ocuparme de un cobro en la pequeña ciudad de Gretna antes de encontrarme con Angelo—. Así que procura no retrasarte —añadió, señalando con una inclinación de cabeza el Johnnie Walker que yo sostenía en la mano.

Stan se bebió un chupito de Stoli y deslizó el vaso hacia el barman. La venda de la oreja de George tenía una mancha amarillenta en el centro. Stan ni me miró mientras se arreglaba la corbata y me decía:

—Nada de pipas.

—¿Qué?

—¿Recuerdas aquel camionero del año pasado? No quiero que nadie acabe recibiendo un disparo porque alguien pierde los jodidos nervios. Así que te lo digo a ti y se lo digo a Angelo: dejad las pistolas. Que no me entere de que vais armados.

—¿El tipo estará allí?

—Sí, estará. Le he dicho que le mando un paquetito con unos regalos.

Stan se alejó y se detuvo junto a Carmen, la besó con ímpetu y le sobó una teta, y a mí me cruzó por la cabeza un impulso asesino. Después se marchó por la puerta trasera y Carmen se quedó allí fumando con aire aburrido. Pensé en lo que acababa de decirme Stan sobre no llevar armas.

De pronto me pareció una petición muy rara.

Carmen me miró con mala cara desde la otra punta de la barra y Lou y Jay se percataron y se pusieron a hablar con ella, comentándole lo relajado que parecía Stan cuando estaban juntos. Me di cuenta de que tenían razón y empecé a sentir como un pellizco, algo que provocaba en lo más profundo de mi corazón una punzada de desasosiego. Me acabé de un trago el Johnnie Walker y pedí otro.

Carmen tenía el cabello castaño claro, largo y recogido detrás, y la piel de su preciosa cara ahora se veía algo áspera, y se le acumulaba el maquillaje en las arrugas y líneas pequeñas, perceptibles sólo al mirarla de cerca. Me hizo pensar en la copa de un cóctel que alguien se ha bebido y en cuyo interior queda sólo una piel de lima aplastada entre restos de hielo.

Creo que el motivo por el que gustaba a los hombres era el alto nivel de carnalidad que desprendía. Sólo había que mirarla para saberlo: ésta está dispuesta a todo. Es sexy y no hay quien lo aguante.

Yo sabía que Carmen había hecho ciertas cosas de las que Angelo no tenía ni idea. Cosas tipo sexo en grupo. Y una vez me había propuesto traerse a otra chica, para añadir morbo.

A mí esos rollos no me iban. Yo tenía entonces una idea romántica que ahora encuentro fuera de lugar.

Creo que el engaño la motivaba más que el sexo. Como si tuviese alguna cuenta pendiente.

Aseguraba que yo le había pegado en una ocasión, pero nunca me lo he creído. Era bastante teatrera y le importaba más la interpretación que la verdad.

Aunque admito que mis recuerdos de la noche en cuestión no son muy claros.

Desde la barra, Lou le dijo a Carmen algo como:

—Está claro que sabes cómo hacer feliz a un hombre.

—Nadie podrá decir que no lo intento —le respondió ella.

Todos se rieron y el 38 que yo llevaba en los riñones pareció ponerse al rojo vivo. De nada me habría servido. Pero estaba cabreado y no quería morir tal como había insinuado el médico.

Dejé unos billetes en la barra y salí. Un par de noches atrás, puesto hasta las cejas de tequila, me había dejado la camioneta por ahí cerca, y ahí seguía, intacta, una enorme F-150 del 84. Estábamos en 1987 y en esa época me gustaban más esos modelos: cuadrados y robustos, máquinas recias, nada de juguetitos. Circulé por la autopista de Pontchartrain con la radio apagada y mis pensamientos zumbando como alas de abeja.

Gretna. Mientras recorría la calle Franklin me pregunté a partir de qué momento empezaría a hacer las cosas por última vez. Cada rayo de sol que golpeaba el parabrisas tras colarse entre los árboles que iba dejando atrás pedía a gritos que disfrutase de él, pero no puedo decir que lo hiciese. Intenté concebir la idea de dejar de existir, pero no tenía suficiente imaginación para lograrlo.

Tuve la misma sensación de asfixia y desamparo que cuando a los doce o trece años contemplaba los inacabables campos de algodón. Las mañanas de agosto con el saco de arpillera al hombro y el señor Beidle a caballo con su silbato, dirigiendo a los chicos de la casa de acogida. La desoladora sensación de que el trabajo era interminable. De que no vas a ganar. Después de una semana recogiendo algodón me percaté de las callosidades que se me habían formado en las manos el día en que, al caérseme un tenedor, descubrí que había perdido la sensibilidad en la yema de los dedos. Ahora me miré las durezas de los dedos, asidos al volante, y un hormigueo de rabia me hizo apretarlos. Tenía la sensación de ser víctima de un engaño. Y entonces pensé en Mary-Anne, mi madre. Era débil, una mujer inteligente empeñada en considerarse tonta. Pero no había ninguna necesidad de pensar en ella en ese momento.

Localicé la dirección que me había dado Stan, un decrepito edificio de apartamentos junto a una hilera de almacenes: ladrillo claro recubierto de grafitis, y malas hierbas ya muy crecidas que se mezclaban con las del solar contiguo. Chatarra con ruedas en el aparcamiento y ese aire impregnado de olor a gasolina y basura en descomposición que recorre Nueva Orleans.

El número 12. Segundo piso. Ned Skinner.

Pasé junto a su ventana y eché un vistazo al interior. Estaba oscuro y no percibí ningún movimiento. Deslicé la mano en el bolsillo en el que guardaba el puño de hierro y seguí avanzando por la galería. Bajé unas escaleras, fui hasta la parte trasera del edificio y comprobé las ventanas. La brisa agitaba las malas hierbas.

Volví a subir y llamé a su puerta. Todo el edificio parecía desierto: las persianas bajadas, ningún sonido de televisores o radios. Así que esperé un poco, eché un vistazo alrededor y al fin usé mi navaja para romper el marco en torno a la cerradura. La puerta era de madera barata y se astilló con facilidad.

Me colé y cerré la puerta. Un apartamento pequeño, con un par de muebles y porquería por todas partes: periódicos y una tonelada de viejos boletos de apuestas hípicas, envoltorios de comida rápida, un televisor con dial y la pantalla rota. La encimera estaba llena de botellas vacías de vodka barato.

Siempre he detestado a los guarros.

Olía mal, una mezcla de mal aliento y sudor rancio. El moho y la suciedad se habían adueñado del cuarto de baño y había ropa tiesa por el suelo embaldosado. En el dormitorio tan sólo había un colchón en el suelo, con una maraña de sábanas ralas y amarillentas. Esparcidos por la moqueta, boletos de apuestas rotos en pedazos como flores cortadas.

En el suelo, junto a la cama, había una fotografía enmarcada boca abajo. La recogí: una mujer de cabello castaño con un niño pequeño, los dos bastante guapos, sonriendo y con la mirada resplandeciente. Parecía tener ya unos cuantos años. Se podía deducir por el peinado y la ropa de la mujer, y además el papel fotográfico era más grueso que el que se usaba habitualmente, con una textura similar al cuero, y daba la sensación de que el tiempo había descolorido las caras. Me la llevé a la sala de estar, quité de un manotazo una caja de pizza que había en una silla y me senté. Miré la fotografía y después el apartamento. Yo había vivido en sitios como ése.

Observé con atención las sonrisas de la foto.

Y entonces algo me rondó por la cabeza: una impresión o un fragmento de información, pero no conseguí asirlo del todo. La difusa sensación de algo que en algún momento había sentido o sabido, un recuerdo que no acababa de emerger. Seguí dándole vueltas, pero no logré rescatar nada concreto.

Aunque parecía a punto.

Los haces de luz que se filtraban a través de las persianas dibujaban sobre mi cuerpo las rayas de un anticuado uniforme de presidiario. Permanecí un buen rato en aquella silla, pero el tipo no apareció. Y visto lo que sucedió después, he llegado a considerar ese rato que pasé esperándolo como una línea de demarcación en las vidas de ambos, en la suya y en la mía.

Un momento en que las cosas hubiesen podido decantarse hacia un lado antes de torcerse hacia el contrario.

Me encontré con Angelo esa noche a las ocho en el Blue Horse, cerca de la calle Tchoupitoulas. Era una especie de bar de moteros y allí siempre me había sentido como en casa, más que en el Stan's Place.

Primero había pasado por mi caravana. Me rondaba una idea que tal vez fuera un poco paranoica, pero había empezado a darle vueltas cuando Stan me dijo que no llevaríamos armas. Me preguntaba por qué me había dicho eso cuando resulta que soy un profesional, no un sicario de medio pelo. Y por qué ese empeño en que lo hiciera con Angelo. Se me ocurrió que estaba tendiéndome una trampa para que Angelo me liquidase. Tal vez tanto él como Stan querían vengarse por algo relacionado con Carmen. Quizá creían que la había zurrado. O simplemente no querían verme merodeando por ahí después de habérmela follado. O qué sé yo.

Sólo quiero decir que algo no cuadraba. Aunque yo mismo dudara de mi

intuición, estaba decidido a prestarle atención. Así que cogí el puño de hierro y la porra extensible, pero también me metí el Colt Mustang del 38, mi favorito, en una bota. Y además me até un estilete con resorte en el antebrazo. Llevaba años sin usar ese artilugio, pero le puse un poco de Tres-en-Uno y lo probé con la cazadora puesta; en cuanto arqueé la muñeca, la hoja salió disparada hacia mi mano como la punta de un relámpago.

Sin embargo, Angelo me desconcertó cuando nos encontramos en el bar. Se volvió en su taburete y me tendió la mano. Tenía cara de alma en pena y de haber estado empujando el codo, así que se la estreché, con mucho cuidado de no arquear la muñeca.

—¿Estás preparado para hacerlo? —le pregunté.

—Deja que me acabe esto. —Se volvió de nuevo hacia la barra y bebió un trago de whisky con soda. El tupé raleaba y mostraba con claridad sus entradas, y ataviado con ese chándal negro se lo veía tan fuera de lugar como a mí en Stan's. Me senté a su lado y me entretuve contemplando las botellas.

Me miró con lo que yo describiría como una tristeza sin límites, como si a duras penas pudiese seguir allí sentado y no supiera qué hacer con su vida, mientras agitaba una pierna en un vaivén nervioso y se toqueteaba las uñas. De pronto caí en la cuenta.

—¿Problemas? —le pregunté.

—¿Sabes lo de Stan y Carmen? —dijo.

—Sí, por supuesto.

Me fulminó con la mirada.

—A la mierda —sentenció. Mientras contemplaba las botellas me acordé de mi cáncer—. Un Johnnie Walker etiqueta azul doble.

El trago costaba cuarenta dólares. Me bajó por la garganta ardiente y aterciopelado, y al expandir su calidez por mi pecho le transmitió algo de vida.

—Ella sólo es una... —murmuró Angelo.

—¿Qué? —dije yo.

—Cómo puede... ¿por qué? ¿Por qué con él? Ya sabemos lo que cuentan de él.

—Ella no es precisamente un ejemplo de pureza. Vamos, que es una zorra.

—No digas eso. No quiero hablar así de ella.

—Entonces, no hables de ella —le aconsejé—. Al menos conmigo.

Vi con el rabillo del ojo que me miraba indignado.

El otro aspecto de Carmen que seducía a los hombres es que era lista, o en todo caso astuta, y entendía nuestro modo de pensar. No se la podía despreciar como una simple tía buena boba. Creo que muchos tipos la consideraban más lista que ellos, y eso puede resultar bastante excitante. Me eché al gaznate el último trago del fantástico whisky y me volví hacia Angelo.

—¿Estás listo?

Casi pensé que iba a pegarme un tiro allí mismo, pero suspiró y asintió, dándose por vencido, se incorporó y tuvo que hacer un esfuerzo por mantener

el equilibrio. No me había percatado de que estaba tan bebido y ahora me preocupé un poco al pensar en el hombre de Jefferson Heights, Sienkiewicz.

—Conduce tú —me dijo.

Al encender el motor, mi camioneta se agitó como un perro sacudiéndose el agua y por la radio sonó una voz en mitad de un comentario sobre la expulsión de Jim Bakker del sacerdocio. Angelo iba sentado como si se hubiera deshinchado. Volví a comprobar las señas y enfilé por Napoleón en dirección norte hasta la 90.

Angelo se inclinó hacia delante y apagó la radio.

—¿Te acuerdas? —me dijo con voz de curda—. ¿Te acuerdas, hace años, cuando machacamos a aquellos chavales que vendían en Audubon Park?

Tuve que pensar un rato.

—Sí.

—Tío, aquel chaval que se puso a llorar. ¿Te acuerdas?... Quiero decir, todavía no les habíamos hecho nada. Y aquellas lágrimas... —Se rió entre dientes.

—Me acuerdo.

—«Por favor, lo hago sólo para pagarme la universidad.»

—Y tanto.

—Y tú le dijiste: «La universidad es esto.» —Se calló un momento y se reacomodó en el asiento—. ¿Recuerdas esa bolsa?

—Claro que sí.

Hacía cinco años de eso, justo cuando yo acababa de incorporarme al equipo de Stan. El chaval llevaba una mochila con cuatro mil dólares y unas cuantas bolsitas pequeñas de congelar, llenas de coca.

—¿Recuerdas lo que hicimos? —me preguntó Angelo.

—Se la entregamos a Stan.

—Sí. —Se volvió de cara a mí, con las manos lacias en el regazo—. Sé que tú pensaste lo mismo que yo. Que habríamos podido repartírnoslo. Que Stan no tenía por qué saberlo.

Su voz débil y oscilante se fundía con los faros de los coches que impactaban en el parabrisas.

—Pero no nos fiábamos el uno del otro —continuó—. Los dos pensamos lo mismo. Pero no nos teníamos confianza.

Lo miré fugazmente y respiré hondo.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Es sólo que... Le he dado algunas vueltas. O sea, ¿de qué me ha servido? ¿Y de qué te ha servido a ti? Tengo cuarenta y tres, tío.

Era como si esperase encontrar en mí un colega, pero yo no le reconocía ese derecho. Además, era bastante lamentable tener que escuchar a aquel italiano seboso intentando hablar de sus sentimientos cuando ni siquiera disponía del vocabulario para designarlos.

Quejándose de su vida cuando a mí ya me estaban tomando las medidas

para el ataúd.

—¿Por qué no intentas concentrarte? —le dije.

—Sa.

Se quedó mirando por la ventanilla y yo puse una cinta de Billy Joe Shaver, que sabía que Angelo detestaba, pero no dijo ni pío sobre la música.

Me sentía un poco culpable, porque tenía más o menos planeado pegarle un navajazo en la yugular esa misma noche, pero eso habría sido como patear a un tullido. Hace falta una buena razón para hacerlo.

Me gusta jugar limpio.

Es decir: si me pasan tu nombre anotado en un papelito es porque algo has hecho para que te pongan en mis manos. Algo que no deberías haber hecho.

En cualquier caso, Angelo siguió mirando por la ventanilla y suspirando como una colegiala mientras yo percibía la vibración de la guitarra a través de los altavoces y sentía un hormigueo en los empastes dentales. Al cabo de un rato di con la casa, un edificio victoriano en la avenida Newman, con un jardín protegido por una verja coronada con puntas de lanza de hierro forjado. Dimos varias vueltas a la manzana, ampliando el perímetro cada vez para comprobar si el lugar estaba vigilado. Aparqué la camioneta en la calle Central para poder deslizarnos entre las casas sin ser detectados.

Comprobé mis armas y me guardé el pasamontañas en el bolsillo de la cazadora. Angelo empezó a ponerse el suyo, pero le dije que aguardase hasta que llegáramos a la casa, un procedimiento que él conocía perfectamente, pero actuaba como si no fuese capaz ni de anudarse los cordones de los zapatos, y estuve a punto de decirle que me esperase en el coche. Pero eso no iba a funcionar, así que los dos cruzamos sigilosamente los jardines hasta el otro lado. En Newman había una única farola encendida y quedaba lejos del lugar al que nos dirigíamos. No se oía ningún perro y todas las luces de la casa estaban apagadas.

Le dije que llamase a la puerta principal, que yo iría por detrás.

Me puse el pasamontañas, coloqué las manos entre los barrotes, salté la verja y atravesé un silencioso patio trasero con un pequeño estanque de piedra en el que el agua, al gotear, emitía un sonido relajante e inesperado. Subí los escalones que llevaban a la puerta trasera y, aunque en ese momento no reparé en ello, debería haberme fijado en que ni siquiera había una de esas luces que se encienden solas al detectar movimiento. No me había percatado de que, de todas las casas de la calle, sólo aquella estaba completamente a oscuras.

Pero tenía prisa. Pegado a la puerta trasera, aguzando el oído, percibía el aroma del whisky en mi aliento atrapado bajo el pasamontañas y mi respiración bajo el borboteo del estanque.

Oí que Angelo llamaba a la puerta principal y esperé hasta que escuché unos pasos dentro de la casa que se dirigían a la puerta principal. Di un paso atrás, extendí la porra y conté hasta tres. Entonces le arreé una patada a la puerta y la madera se hundió hacia dentro.

Me abalancé hacia la oscuridad a ciegas, con la porra en alto. Algo pesado

me golpeó el cráneo y la penumbra se tiñó de rojo.

Perdí la noción del tiempo.

Me desperté cuando me lanzaron al suelo, con la cabeza reventada de dolor. Me habían quitado el pasamontañas y Angelo estaba sentado frente a mí. Tenía la cara cubierta de sangre y se taponaba la nariz con una mano. Estábamos en el recibidor de la entrada principal, teñido de color mostaza por un retal de luz que desprendía la pantalla de cristal anaranjado de un pequeño aplique. El papel de la pared era rojo. Había un tipo plantado a mi lado y otro pegado a Angelo. Vestían monos negros y pasamontañas y cada uno empuñaba una pistola con silenciador. Llevaban chalecos con bolsillos abultados y resistentes botas de combate. Todo muy profesional. Sus ojos, pequeños y fríos como los de Stan, estaban clavados en los míos.

El que permanecía junto a Angelo desvió la mirada hacia la pared y oímos unos pasos. Me pareció que una mujer gimoteaba. El aire se llenó de un fuerte olor a pólvora y también de hedor a mierda. Miré a mi alrededor.

Lo que debía de ser el cadáver de Sienkiewicz yacía de costado en el suelo de la habitación contigua. Su camisa relucía, empapada de sangre.

Oí otro gimoteo y pensé que era Angelo, pero enfoqué la mirada y vi a una chica sentada en una silla, a oscuras, en la habitación a mi izquierda. Podía distinguir sus mejillas con la claridad suficiente para ver que estaban manchadas de rímel corrido. Se abrazaba a sí misma y temblaba.

Comprendí lo que sucedía allí y por qué Stan no había querido que llevásemos pistola. Miré a Angelo, pero parecía desconcertado, con los ojos humedecidos y ausentes, clavados en la sangre que le goteaba de la nariz sobre la palma de la mano.

Se acercaron unos pasos y un tercer hombre apareció por una esquina, abrochándose los pantalones. Llevaba bajo el brazo una gruesa carpeta llena de papeles e iba vestido, como los otros dos, cien por cien profesional. Después de subirse los pantalones, se sacó la pistola de la pretina.

—Levantadlos.

Tenía un acento raro, ni americano ni europeo.

Angelo se puso a gritar:

—¿Qué es esto? ¿Quiénes sois?

Uno de los tipos le golpeó la cara con la culata de la pistola y Angelo se llevó las manos a la boca y cayó al suelo retorciéndose de dolor.

La chica de la silla empezó a respirar más rápido y más hondo, como si estuviese asfixiándose.

El tipo que lo había golpeado agarró a Angelo por el pelo y tiró de él hasta que se puso en pie. El que seguía a mi lado me clavó el silenciador en la sien y ordenó:

—Levántate.

Me puse en pie lentamente y él siguió encañonándose. Noté que me habían vaciado los bolsillos y el 38 había desaparecido de mi bota. Miré a Angelo. Estaba plantado en un charco de orina. En una lucha cuerpo a cuerpo, ellos

tenían tres armas y nosotros ninguna.

Simplemente, nadie sale vivo de una situación como ésta.

Obligaron a Angelo a colocarse contra la pared y midieron la distancia que había entre él y el cadáver de Sienkiewicz en la habitación contigua. Creo que intentaban ponernos de modo que pareciese que nos habíamos matado entre nosotros, aunque tampoco estoy seguro.

El tipo que tenía pegado a mí me dio un manotazo en la cabeza, me empujó hacia delante y yo simulé tropezar y me dejé caer sobre una rodilla.

Cuando tiró de mí para levantarme, arqueé la muñeca y le clavé el estilete en el cuello. Salió un chorro de sangre caliente que me salpicó en la cara y la boca.

Mantuve la hoja clavada y me situé detrás de él mientras los otros apuntaban con las pistolas. Uno me disparó e hizo saltar un trozo de yeso de la pared y el otro disparó a Angelo; le voló la parte superior del tupé y Angelo cayó de rodillas. Después me dispararon los dos. Con el ruido sordo de los clavos de una pistola neumática, las balas impactaron en el tercer hombre. Su cuerpo se sacudió en un espasmo, con el estilete todavía clavado en el cuello.

Tenía mi pistola delante de las narices, encajada en la pretina del pantalón de aquel hombre. La saqué de un tirón, la levanté y, a través de la fuente de sangre, disparé al que se hallaba más cerca.

No tuve tiempo de apuntar, y además estaba medio cegado por el chorro arterial, pero le acerté en la garganta y el tipo dio una sacudida, disparó y cayó de espaldas.

Nunca en mi vida había disparado así.

Y entonces vi que al último tipo, el que se había cargado a Angelo, le había pegado un tiro su colega al caer. Echaba humo por la axila y se la agarraba con la mano, desplomado contra la pared. Su pistola yacía en el suelo, a unos palmos de su bota.

En ese momento el cuerpo de Angelo acabó de caerse y se golpeó de costado contra la alfombra.

El último tipo miró su pistola, sus pies y después a mí, justo en el momento en que yo le disparaba en la cabeza.

Todo duró no más de cinco segundos.

Por el recibidor se extendió una humareda como niebla baja. La parte superior de la cabeza de Angelo estaba reventada y tenía las mejillas salpicadas de sangre y lágrimas. Vomité. La chica de la silla se puso a llorar más fuerte, con un gemido lastimero.

Los tres hombres de negro yacían en el suelo y de sus cadáveres emergían finos hilillos de humo. El estilete surgía del cuello de uno de ellos como un enorme pincho y la luz anaranjada hacía que la sangre que todavía brotaba pareciese pintura.

La chica seguía sentada en la oscuridad, temblando y con unos ojos de palmo. Pasé junto a ella y me asomé al pasillo.

Vi luz en una de las habitaciones del fondo y avancé sigilosamente hacia

allí. Sobre una cama yacía el cadáver desnudo de una mujer, coloreado de verde por la luz que proyectaba la pantalla de una lámpara de lectura en la mesilla de noche. Las sábanas estaban empapadas de sangre y el cadáver tenía moratones en el cuello y los muslos. Era joven, aunque no tanto como la chica de la silla.

Volví a su lado y le dije:

—Levántate. No voy a hacerte daño.

No se movió. No me miraba, ni siquiera parpadeaba. Tuve que dejarla allí sentada un rato más, mientras me limpiaba la sangre de los ojos.

Entonces me fijé en la carpeta y los papeles desparramados por el suelo del recibidor, salpicados de pequeños fragmentos de huesos. Me acuclillé, los recogí y me dirigí hacia la puerta trasera, pero me detuve. La chica no se había movido.

Lo cierto es que me había visto la cara. La abofeteé. La obligué a ponerse en pie, agarrándola por un brazo.

—Levántate. Te vienes conmigo.

Ella tartamudeó:

—¿Qué vas a hacer?

—Tenemos que salir de aquí.

—¿Adónde vamos?

—No lo sé.

Le miré por primera vez con atención la cara. Era más joven de lo que me había parecido. Se había puesto el rímel con torpeza y en exceso, y ahora parecía tinta derramada. Era rubia, con el cabello muy corto, e incluso con el maquillaje corrido por sus mejillas parecía casi una niña, y había algo más, algo como lo que se vislumbraba a veces en los ojos de Carmen: normas de autoprotección, un cúmulo de decisiones difíciles. Puede que se tratara de imaginaciones mías. Pero lo que fuera que reconocí fue algo fugaz, como una intuición o un sentimiento.

—Ven conmigo —le ordené.

Como no se movía, le planté la pistola ante las narices.

Miró el cañón del arma y después mis ojos. La mortecina luz anaranjada me impidió distinguir de qué color eran los suyos. Miró al suelo. Se arrodilló junto a la silla y gateó entre los cadáveres, rebuscando en los bolsillos de los tipos a los que yo había liquidado. Supuse que buscaba dinero o algo que le habrían quitado. No me sorprendió, porque confirmaba lo que había intuido sobre su vena pragmática.

Esperaba oír sirenas en cualquier momento. Me acerqué a la ventana y eché un vistazo al exterior, pero la noche parecía tranquila e inmutable. La chica había cogido un bolso grande de la habitación contigua y metió varias cosas en él cuando acabó de revisar los bolsillos. Se incorporó con una mirada fiera y grave.

—Vonda —dijo—. Mi amiga Vonda.

Echó a andar por el pasillo en dirección al dormitorio, pero la agarré por la

muñeca. Negué con la cabeza y le dije:

—Mejor que no lo veas.

—Pero...

La tomé del brazo y salimos por la puerta trasera, cruzamos la calle y nos ocultamos entre las sombras, mientras yo aún esperaba oír las sirenas que vendrían de la carretera 90. Tenía el olor a sangre y pólvora metido en la nariz y noté que se me estaba resecando la sangre en las mejillas. Me quité la camisa y me restregué con fuerza la cara y me soné. Nos adentramos en los jardines de las casas y entre las sombras desiguales de los árboles, hasta que desaparecimos de la vista.

Cuando llegamos a la camioneta, metí a la chica a empujones y encendí el motor. La voz de Billy Joe se mezcló con el ruido del motor y el resultado me hizo sonreír. Pensé que si le hubiese contado a Stan lo de mis pulmones probablemente no habría sucedido todo aquello. Seguro que habría optado por dejar que la naturaleza siguiera su curso.

Durante unos instantes me limité a quedarme allí sentado, sonriendo de oreja a oreja. Creo que eso asustó a la chica, porque se encogió y se aplastó contra la ventanilla, con la cabeza gacha, mientras yo quitaba el freno de mano y giraba el volante para dirigirnos hacia la carretera.

Ahora, mirando hacia atrás, creo que si me la llevé conmigo no fue sólo porque me había visto la cara. Porque, en realidad, ¿qué más daba que me la hubiera visto? Me estaba muriendo. Podía afeitarme la barba y cortarme el pelo. Quiero decir, una de mis razones para llevar el pelo largo era que si iban a pillarme siempre podía raparme y afeitarme y mi apariencia cambiaría por completo.

Creo que tal vez durante un segundo, allí, en ese vestíbulo bañado por la tenue luz anaranjada, lleno de humo y sangre, con el estruendo de los disparos todavía retumbándome en los oídos y con la mandíbula tensa de pura adrenalina, algo en el rostro de esa chica, en el miedo y la desolación que contenía, me provocó una sensación parecida a la que me había impactado antes en el apartamento vacío; una sensación que invocaba algo olvidado pero latente, un recuerdo apenas intuido, una ausencia.

En fin, el caso es que la chica también era del este de Texas.

La chica dijo que se llamaba Raquel pero todo el mundo la llamaba Rocky. Estaba básicamente aterrada y hablaba como una cotorra, aunque tras una situación como la que acababa de vivir, mucha gente habría optado por desconectarse. Sospecho que bastante antes incluso de los acontecimientos de esa noche ya había aprendido que uno puede sobrevivir a cualquier cosa.

—Mi apellido es Arceneaux. —Lo pronunció *Arson*, *oh*—. ¿Vas a matarme?

—No. Y no me lo preguntes más.

Conduje hasta Metairie, donde estaba mi caravana. Nos quedamos un rato al borde del parque de caravanas, a oscuras, pero la mía parecía que estaba exactamente igual que cuando la había dejado. No se veía ningún vehículo que no reconociese. No había luz en las ventanas. Así que entramos. La hice pasar rápido y mantuve las luces apagadas.

—¿Esto es tu casa?

—Cierra el pico.

Me pregunté cuánto rato llevaría ya Stan esperando que los tipos vestidos de comando se pusieran en contacto con él. Fuera, el mundo estaba casi demasiado quieto: el roble y el arce que rodeaban el parque parecían inmóviles, sus ramas simplemente colgaban sobre aquellos pequeños habitáculos en un aire inmóvil y las luces de las otras caravanas no permitían vislumbrar ningún movimiento. No se veía a nadie en las ventanas, cuyo tenue resplandor iluminaba la parte baja de las ramas y los juguetes de plástico y los neumáticos desparramados por los parterres enfangados. Encendí la luz de la entrada.

Dejé la pistola encima de la tapa de la fosa séptica y me lavé la cara en el lavabo, me restregué los antebrazos con jabón Lava y agua ardiendo, que formaron un remolino rosáceo en el sumidero.

Cogí una camisa limpia y saqué del armario una caja de seguridad pequeña, como las que utilizan los bancos. Contenía algo más de tres mil dólares y un carnet de conducir y un pasaporte falsos que tenía desde hacía años. Era mi plan de jubilación. También cogí una caja de balas del 38 de un estante, una matrícula limpia y un poco más de ropa, y lo metí todo en un viejo petate de una de esas tiendas que venden excedentes del ejército.

La chica se sentó en el único asiento disponible en la sala de estar, una voluminosa butaca reclinable con reposapiés incorporado en la que yo acababa durmiendo la mayoría de las noches. Un ejército de latas vacías de cerveza High Life cubría el suelo alrededor de la butaca; un auténtico ejército, porque había utilizado un cuchillo para cortarlas y extender a ambos lados de cada lata una pequeña tira de latón a modo de brazos y les había dejado las anillas levantadas de manera que pareciesen cabezas. Había hecho ese montaje mientras veía *Fort Apache* y me dio un poco de vergüenza que ella lo viese. La butaca estaba frente al televisor, el vídeo y la colección de cintas que se amontonaban junto a él.

—Tienes un montón de películas —comentó ella—. Pero ningún mueble.

Repasó con la mirada las latas de cerveza sobre la moqueta.

Meneé la pistola ante ella y le dije:

—Volvamos a la camioneta. Muévete.

—Acabamos de llegar. Todas tus películas son antiguas.

Tenía una colección casi completa de John Wayne en vídeo y me daba pena dejarla. Me había costado unos cuantos años reunirla.

—Aquí no estamos a salvo —le dije—. Muévete. O tendremos un problema.

En la camioneta utilicé un destornillador para cambiar la matrícula por otra

que tenía preparada por si acaso desde hacía años; era del Ford de un dentista de Shreveport.

Sólo teníamos que tomar la I-10 y circular hacia el oeste hasta salir de Luisiana. Podríamos haber ido hacia el este, pero no soy bienvenido en el estado de Misisipi, y en menos de cuatro horas en dirección oeste te plantas en Texas, una opción que me parecía preferible.

Dejé el petate en la parte trasera, abierta, de la camioneta. La caja de seguridad y la carpeta de casa de Sienkiewicz las guardé dentro, detrás del asiento. Nos incorporamos a la interestatal.

—¿Y por qué querían matarte esos hombres? —me preguntó la chica.

—Por una gilipollez. Una mujer. —Golpeé el volante y me di cuenta de lo rabioso que estaba por eso—. Eso es todo lo que vale mi vida.

Ella quería saber más cosas sobre el tema, pero yo no tenía ganas de largar. Le pregunté cómo había acabado dedicándose a lo que se dedicaba. A estas alturas ya había deducido que era una puta y que a ella y a su amiga las habían mandado allí para tener a Sienkiewicz encerrado en casa.

—Todavía tienes un poco de sangre en la cara —me dijo.

Mientras me miraba en el retrovisor, su meñique me tocó la mandíbula.

—Justo aquí —señaló.

Me la limpié con un poco de saliva. Di la vuelta a la cinta del radiocasete y empezó a sonar Loretta Lynn y el punto de la barbilla en que ella me había tocado palpitó con una ligera sensación de calidez. Intenté que siguiera hablando porque así sería más fácil lidiar con ella y yo no quería que se dejase arrastrar por la conmoción de lo ocurrido. O tal vez sólo quisiera escuchar una voz. Apenas empezaba a asimilar todo lo que había ocurrido, así que es perfectamente posible que necesitara que alguien me hablase.

—Continúa —le pedí—. Con lo que me estabas contando.

—¿Qué era?

—Cómo has llegado a esta situación.

—Ah, bueno.

Ya me había contado que era de Orange, Texas, justo en la frontera con Luisiana y no lejos de Port Arthur, donde yo me crié. Afirmaba tener dieciocho años. Se había fugado cinco meses antes, me dijo, siguiendo a un chaval mayor que ella hasta Nueva Orleans.

—Era un completo desastre. Toby. No podía haberme largado con un tío peor. Decía que conocía a un montón de gente en la ciudad que nos daría trabajo. Y hablaba como si realmente tuviese contactos, y tal. Como era marica, creí que decía la verdad. El único trabajo que encontró fue transportar paquetitos de droga para cierta gente por la zona de St. Roch y la parte baja de la calle Nueve. Y entonces se le mete en la cabeza que va a pillar un poco. Cortándola, ya sabes. Montarse un alijo propio. No fue una buena época para mí. Un día no lo veo más. No vuelve a la habitación. No sé si la palmó o simplemente tuvo que pirarse porque la había cagado. El caso es que desapareció.

Se pellizcó el labio y contempló la noche por la ventanilla con la cara temblorosa, a punto de desmoronarse, como una hoja sacudida por un viento huracanado.

—No vino nadie preguntando por él. Para entonces yo ya estaba harta. Y también estaba casi sin blanca. No me había dejado ni un centavo. Y entonces conocí a una chica.

Volvió a hacer una pausa y tembló un poco, un espasmo le recorrió la columna y se tapó la boca.

—¿Qué pasa?

Se le contrajo el rostro y rompió a llorar. Se secó los ojos y recuperó la compostura.

—Conocí a esa chica llamada Vonda. Se alojaba en el mismo hotel. Me dijo que trabajaba por libre. Era, bueno, ya sabes a qué me refiero. Yo no tenía ni idea de nada de todo eso, pero tal como lo contaba Vonda resultaba divertido. Y parecía una cosa más o menos legal, porque incluso salía en el listín telefónico. Elite Escorts, acompañantes de alto standing. Como un oficio más. Y un día me dijo: «Si haces algo bien, nunca lo hagas gratis.» ¿Verdad que es gracioso? Casi tiene sentido, ¿no?

Se volvió hacia mí y continuó:

—¿Sabes?, me recuerdas a alguien. A un tío de uno de esos grupos que le gustaban a mi padre. Los Almond Brothers, o como se llamen. Uno que aparecía en la cubierta del disco.

—Uno de los propietarios de Elite Escorts es un tipo llamado Stan Pitko —le dije—. ¿Lo has visto alguna vez en persona?

—No. Creo que tal vez haya oído ese nombre un par de veces. O sea, llevo muy poco tiempo en esto. ¿Quién es?

—Es el tipo que ha intentado que me liquidaran esta noche.

—Ya.

—Me estabas hablando de tu amiga Vonda.

—Sí... —Se le humedecieron los ojos y el reflejo de las luces del salpicadero quedó flotando en ellos—. Vonda se portó muy bien conmigo. Me presentó a algunas chicas. Eso fue hace muy poco. Yo no podía pagar el alquiler. O sea, estaba casi sin blanca. Pero... pero ella... —Negó con la cabeza, como si rechazase una acusación, y se tapó la boca con las manos.

—¿Esa chica era Vonda? —le pregunté—. La de la casa. La del dormitorio.

Ella asintió con una inclinación de cabeza, y un estremecimiento agitó sus hombros, pequeños y recios.

La dejé un rato en paz.

Cuando se recuperó lo suficiente como para seguir hablando, me contó: — Nos dijeron que sería un trabajo sencillo. Nosotras dos con ese tipo. En cuanto él empezó a jugar con Vonda, llegaron de golpe esos tres tíos. Cuando entraron, Vonda se estaba desnudando... yo iba un poco más lenta y ellos... No le dejaron ponerse la ropa. Le dieron una paliza al tipo hasta que les confesó dónde tenía escondido no sé qué. Y entonces simplemente le pegaron un tiro.

»Pero Vonda... o sea, seguía desnuda. Y las dos estábamos cagadas de miedo. Yo nunca había visto una cosa así. Ellos... Hum. Ellos. —Volvió a negar con la cabeza, cerró la mano en un diminuto puño y se golpeó una y otra vez en el muslo. Tenía unas bonitas piernas y no me parecía bien que se las llenara de moratones—. La metieron en el dormitorio. Dijeron... me obligaron a sentarme. Dijeron que iban, que iban... —Tartamudeaba cada vez más—. Dijeron que yo sería el postre. Oh, Dios. Estoy... Oh... —Le rechinaron los dientes y se agarró el estómago como si le hubieran dado un puñetazo—. Colega, me alegro tanto de que te cargases a esos hijoputas...

—Yo también.

Se frotó los ojos con las palmas de las manos. Era esbelta, y cuando se enfadaba tenía la rudeza áspera de la gente del campo, un orgullo mudo y rabioso que me resultaba familiar. Y entonces me percaté de algo.

Llevaba un buen rato sin pensar en mi cáncer. Más aún, me sentía genial. Como si fuese una especie de héroe.

Como si la hubiese salvado.

Y también estaba pensando en la suerte y en lo certeros que habían sido mis disparos. En la suerte de que no me pillaran el estilete y el mecanismo no se disparase cuando me noquearon y me arrastraron al recibidor.

Dejé que Rocky llorase y se clavara las uñas en los muslos con toda la intimidad que permitía la camioneta. Puse una cinta de Roy Orbison.

Según por dónde íbamos pasando, la noche a nuestro alrededor mudaba del negro azabache al rojo y morado, o a un amarillo apagado que se extendía como una gasa frente a la oscuridad, como si uno pudiese ver la oscuridad agazapada bajo la luz, y después volvía al negro azabache, y el olor del aire pasaba del salitre marino a la madera de pino, a amoníaco y a gasolina quemada. Nos rodearon los árboles y las marismas hasta que llegamos a la laguna de Atchafalaya y la cruzamos por su largo puente, suspendido sobre una tiniebla líquida, y yo recordé la densa concentración de hiedra y bosque de mi infancia, aquel verdor frondoso que parecía repleto de sombras, aquella sensación de que la mitad del mundo permanecía oculta entre esas sombras.

Las chimeneas de las refinerías ardían en plena noche y su rastro de humo gris resplandeciente me hizo recordar a Lorraine en aquella playa de Galveston, con la cabeza apoyada en mi pecho mientras yo le hablaba de los campos de algodón. Me pregunté qué habría pensado ella de todo esto.

Algunos años antes había pagado a un hombre para que la localizase. Se había casado. Yo todavía guardaba su nuevo nombre y dirección, y de vez en cuando se me pasaba por la cabeza ir a verla. Pero habían transcurrido ya diez años y yo siempre había sido demasiado viejo para ella.

Cerca de Lafayette, Rocky se recompuso y su actitud viró hacia una suerte de agitación que me puso en guardia. Esos súbitos cambios de humor que uno percibe en las mujeres siempre me han parecido teatrales y sospechosos.

—¿Adónde vamos? —me preguntó.

—Podrás apearte cuando hayamos cruzado a Texas. Si quieres, te dejo en

Orange. Puedes volver con tu familia.

—No. No pienso volver allí. Para eso mejor me dejas aquí mismo.

—Pues en cualquier otro sitio, si no quieres en Orange. Pero te quedas conmigo hasta que lleguemos a Texas. Esos tipos te buscarán. Querrán saber qué ha pasado. ¿Y sabes qué significa eso?

Por su manera de hundirse en el asiento comprendí que empezaba a entender cómo habían cambiado las cosas.

—Ya.

Los faros de los coches que circulaban en dirección contraria iluminaban de vez en cuando su rostro y sus ojos brillaban trémulos como las turbias aguas pantanosas que teníamos debajo. Se mordisqueó el labio con un gesto que dejaba entrever que tramaba algo.

—Entonces vayamos a algún sitio juntos —propuso.

—¿Por qué?

Se volvió de lado y algo pareció animarse cuando cruzó las piernas en el asiento y la falda se tensó en torno a los esbeltos muslos.

—Oye... acabas de decir que estás huyendo, ¿no? Y yo también huyo... tú mismo acabas de decirlo, ¿no? Venimos del mismo sitio, colega. ¿Por qué no seguimos juntos un poco más y vemos qué tal nos va?

Sentí un calorcillo en el cogote y se me hizo un nudo en la garganta, pero disimulé. Eché un vistazo a sus piernas, su cabello rubio cortado por encima del cuello, con sus mechones de rizos leves, peinado con la raya en medio, el rostro afilado y con aire de pajarillo, con unos ojos enormes cuyo color no lograba determinar. Había vuelto a maquillarse y aún llevaba demasiado rímel, supongo que con la intención de parecer mayor de lo que era, pero las pestañas, de tan apelmazadas, le daban un aire todavía más infantil.

Probablemente fuese la típica pueblerina que se volvía loca si no tenía a un hombre cerca.

—Lo único que digo —insistió, bajando la mirada— es que en estos momentos me sentiría mucho más segura si pudiera seguir un tiempo más a tu lado.

Negué con la cabeza y le respondí:

—Ni hablar. Joder. No. ¿Adónde crees que iríamos?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. ¿A algún sitio por la zona del golfo? ¿A algún lugar con playas? ¿Tal vez a Corpus? ¿O qué me dices de seguir hacia el oeste? ¿Eh? A California. —Sonrió y me inquietó que se lo tomase como unas vacaciones.

—¿Cuánto dinero llevas encima? —le pregunté.

Se puso seria.

—¿Yo? Entre cero y nada.

—Ah —dije.

Irguió la espalda y soltó:

—¿Crees que lo que quiero es tu dinero, paleta? Me las arreglo muy bien solita. Tenía dinero, pero se ha quedado allí. En Nueva Orleans. No me

preguntaste si necesitaba pasar un momento por casa. Eres tú quien me ha secuestrado. —Se cruzó de brazos y frunció el ceño, gestos propios de un orgullo atolondrado y rencoroso, fruto de haber recibido muchos palos en la vida—. No necesito tu maldito dinero.

—Entonces no me necesitas, Rocky. Podrías desaparecer mucho más fácilmente si no estuvieses pegada a mí.

—Ya. Desaparecer. —Cambió de posición las piernas y volvió a colocarse de cara al parabrisas—. No sé. La verdad es que no quiero estar sola, ¿vale? En estos momentos... quiero decir, con todo lo que ha pasado... la verdad es que no quiero estar sola. ¿De acuerdo?

Unas luces rojas restallaron en el retrovisor, quebrando la oscuridad como un disparo o un alarido. Una sirena. Ella soltó un grito ahogado.

—No pasa nada —le dije, pero el corazón estaba a punto de reventarme el esternón y apagué la radio, frené y empecé a desviarme hacia el arcén. Ella se colocó el bolso en el regazo y lo agarró con las dos manos.

—No dejes que nos arresten —me dijo, y su voz no sonó tenue y asustada, sino severa e intransigente—. No les dejes, colega.

Sin embargo, cuando ya me metía en el arcén, la pasma pasó a toda velocidad y se alejó, ululando y lanzando destellos, y ésa fue una de las visiones más hermosas que he tenido en mi vida: el brillo intermitente de las luces de aquel coche patrulla, cada vez más pequeñas a medida que se alejaban.

De pronto sólo se oía nuestra respiración. Sus manos soltaron el bolso y rompimos a reír. Su risa estridente e histérica le hacía abrir la boca como si fuera una trampilla. Esperé hasta que las luces de la poli desaparecieron por completo y sólo entonces volví a incorporarme a la carretera con la camioneta.

Avanzamos un rato en silencio.

—No hay ninguna buena razón por la que debamos seguir juntos —le dije. La verdad es que no sabía muy bien por qué volvía a sacar el tema.

Más adelante llegué a entender que estaba pidiéndole que me convenciera, que me diese alguna excusa válida. Como si una parte aún inexistente de mí vislumbrase una oportunidad de nacer.

—Colega, ¿qué me dices de, no sé, la solidaridad? —tanteó—. Ahora somos cómplices.

—Sí, pero de crímenes muy, pero que muy diferentes.

—Lo que tú digas.

Se puso a mirar por la ventanilla y cruzó los brazos. No iba a seguir intentando convencerme, tal vez sólo porque se había dado cuenta de que sería fácil.

—Dime por qué no quieres volver a Orange —le dije.

Alzó la barbilla y respondió:

—Déjalo correr. Tengo mis motivos.

—¿Tu familia sigue viviendo allí?

Entornó los párpados y suspiró.

—Una parte.

—¿Y no puedes quedarte con ellos?

—No tenemos mucha relación, colega. ¿Vale? —Apretó el bolso contra el vientre y se chupó el labio inferior.

—¿Son tus padres?

—Mi padrastro. ¿Qué, colega, piensas seguir escarbando? Venga, ¿qué más te da?

—Tranquila. ¿El único que vive allí es tu padrastro?

El bosque se cernía en torno a la interestatal y ella torció el gesto.

—Mira, colega, si te cuento cosas porque me obligas, nunca podrás saber si miento o no. Imposible. Así que dejémoslo correr, ¿vale? ¿Cómo acabaste tú en Nueva Orleans?

Subí el volumen de la radio y ella se recostó en el asiento, pero la respuesta tomó forma igualmente en mi cerebro. Yo mismo había considerado siempre que mi historia era algo caprichosa.

Había trabajado para Harper Robicheaux en Beaumont desde los diecisiete años. Tras su muerte en 1977, en Breaux Bridge, Luisiana, Sam Gino se quedó con el negocio. Después pusieron a Stan Ptitko a cargo del garito. Entonces desapareció del mapa Sam Gino, pero su gente seguía contando con mis servicios. En la ciudad. Y ésa era la respuesta a cómo llegué a Nueva Orleans.

Lo pensé bien. Era cierto, pero la historia no parecía completa. En realidad, no explicaba nada, ¿verdad?

Yo tenía siete años cuando John Cady regresó de Corea, y no habían pasado ni dos años cuando se cayó desde lo alto de una torre de refrigeración en la refinería y se rompió el cuello; ya iba borracho antes de mediodía. Yo lo llamaba «papá», pero, a medida que me hacía mayor, un montón de detalles fueron dejando claro que no era mi padre: nuestro físico, la fecha de mi concepción. Siempre fue cariñoso conmigo, pese a que no pudimos relacionarnos durante mucho tiempo. Más o menos un año después de que lo enterrásemos, Mary-Anne cayó al vacío desde un puente. Prefería que la llamase Mary-Anne en lugar de mamá, que según ella envejecía diez años a cualquier mujer. Decían que se había tirado, pero yo creo que la gente con la que iba no era de fiar. A continuación, vinieron la casa de acogida, los Beidle y los campos de algodón.

Y ahora me estaba muriendo y todo lo que me había sucedido empezaba a adquirir una vaga relevancia.

Después de tres horas en la carretera empezó a asomar el lago Charles y, más allá de los árboles, aumentó la intensidad de las luces.

Rocky se irguió en el asiento.

—¿Dónde vamos a parar esta noche? ¿Cuánto rato más vamos a continuar?

—Todavía no lo he decidido. Lo principal era escapar de allí. Y por lo visto, lo hemos logrado.

—Yo diría que sí.

—He pensado que quizá tarden un poco en descubrir la carnicería y entender qué ha pasado. Pero cuando lo hagan... entonces, ¿qué? No parece probable que la poli esté sobre nuestra pista. No pueden delatarnos ante la justicia sin joderse ellos. Ese tío, Stan Ptitko... Todo el mundo sabe quién es. No le interesa que se arme barullo.

—Vale.

—O sea, que si no damos la nota y seguimos alejándonos... Sí, es probable que salgamos de ésta.

Rocky asintió.

—Ya, pero... ¿Seguiremos con el coche hasta Nuevo México o Nevada, o qué?

—No lo sé.

Los dos fingíamos no darnos cuenta de que yo ya no me negaba a que se quedara conmigo.

—¿Sabes qué? Apuesto a que nadie te reconocería si te cortaras el pelo y te afeitaras.

—Ya lo sé.

—Me apetece un trago.

—A mí, unos cuantos. Una jarra entera de whisky de malta.

Rocky se volvió hacia mí y plegó las rodillas sobre el asiento.

—Empiezo a tener la sensación de que nunca en mi vida he necesitado tanto un trago como en este momento.

—Bueno, todavía eres joven.

Arqueó las cejas con un gesto travieso y golfo, algo exagerado. Era una máscara muy fina, porque al mismo tiempo se la veía cansada, aturdida y a punto de desfallecer, y parecía que pretendiera conjurar todo eso jugueteando con las cejas.

La cinta se había acabado y los neumáticos zumbaban sobre el asfalto. Estábamos casi a las afueras de la ciudad y acercándonos a Sulphur, donde la larga línea costera plagada de refinerías recordaba a Chicago por la noche. Pensé en un par de sitios que conocía en el lago Charles.

—¿Llevas algún documento para identificarte? —le pregunté.

Ella asintió.

La visión era ligeramente irreal, un poco onírica, cuando la carretera empezaba a descender y los árboles desaparecían para dar paso a las resplandecientes luces amarillas de la avenida principal, Prien Lake Road.

Encontré un sitio en el que había estado unos años antes, llamado John's Barn. Bastante pequeño, con techo bajo y tres mesas de billar, repleto de mujeres gordas y hombres con malas pulgas que bebían cerveza Miller Lite y tenían ganas de bronca. El lago Charles era uno de los lugares de la costa del golfo donde resultaba más fácil que te pateasen el culo. Y cualquier sitio más al sur era una auténtica pesadilla habitada por escoria blanca.

Rodeamos con la camioneta el aparcamiento de gravilla para aparcarla en la

parte trasera, a la sombra de unos árboles. El humo flotaba por encima de los rizos abultados y tiesos de las mujeres como la niebla entre los icebergs. Las banderas nacional y confederada colgaban juntas en la pared del fondo, encima de una foto de Ronnie Reagan y su heroico peinado. En la gramola sonaba Waylon y oí risas y voces amables a su alrededor, así que todo parecía en orden.

Algunas personas se quedaron mirándonos porque Rocky era tan joven que podía ser mi hija. Y tal vez lo fuera. Cómo iban a saberlo. El barman llevaba el cuello de la camisa levantado y se había arrancado las mangas. Miró alternativamente el carnet de Rocky y su cara unas diez veces.

Pedí una botella de Bud y un chupito de Johnnie Walker.

Rocky se puso de puntillas y tamborileó con los dedos en la barra.

—¿Tienes zumo de pomelo?

El tipo asintió. Llevaba un bigote ralo y desmañado; el cabello, aplastado y peinado con raya en medio como el de un contable.

—¿De cuál? —siguió preguntando—. ¿Amarillo o rosa?

El tipo metió la mano en una nevera y sacó una lata pequeña.

—Amarillo.

—Genial —dijo ella—. Hazme un Salty Dog doble, con mucha sal.

Era la clase de pedido que podía generar ojeriza en un sitio como aquél, pero comprobé que Rocky tenía una sonrisa radiante y era capaz de exhibirla con tal fuerza que ningún ceño fruncido se le resistía. Aunque tampoco me gustó demasiado la sonrisa que le devolvió el tipo.

Los que estaban acodados en la barra habían dejado de hablar y nos miraban. Todos bebían Bud o Miller y probablemente se tomaron como una ofensa el tufillo pretencioso que tenía nuestro pedido. Sólo había unas pocas mesas en el centro de la sala y estaban todas ocupadas, así que nos apoyamos en una repisa que recorría la pared del fondo de lado a lado.

Nos acabamos las bebidas en unos cinco minutos.

—Cuatro o cinco más de éstos y es posible que me recupere —comentó ella.

—Dímelo a mí.

Me dio su vaso vacío.

—¿Puedes invitarme? Sólo esta noche.

Asentí. Sin embargo, mientras me dirigía a la barra para pedir la siguiente ronda, los viejos instintos ya me estaban incordiando. La primera y más útil regla en la cárcel es que cargas con tu condena, no con la de los demás.

Todo el mundo me vio pedir las bebidas y el barman no preparó el Salty Dog con la misma actitud animosa. Cuando regresé, había dos chavales apoyados en sus tacos de billar y con una sonrisilla bobalicona junto a Rocky, que les mostraba su sonrisa amable y torcía el tobillo.

Dejé las bebidas en la repisa.

—Ah —dijo—. Gracias. Éstos son Curtis y David.

Ambos eran delgaduchos y huesudos, ambos llevaban gorras de béisbol caladas sobre esos rostros chatos y chupados y esos ojos pequeños y muy

juntos que yo siempre he asociado a la endogamia de la gente de los pantanos. Los saludé con una inclinación de cabeza y tomé nota de la amargura que registraban sus caras.

—Trabajan en las refinerías de Sulphur —me explicó Rocky—. Y Curtis monta en rodeos.

—Sí —dijo uno de ellos, ofreciéndome la mano para que se la estrechase—. ¿Qué hacéis vosotros dos por aquí?

Le estreché la mano.

—Encantado de conoceros.

Y les di la espalda.

Deduje por la expresión de Rocky que seguían allí plantados y volví la cabeza para mirarlos por encima del hombro.

—Eh —dijo uno—. ¿Queréis jugar una partida de billar?

—No, gracias. —Me di media vuelta—. Largaos, chicos.

Sacaron pecho y me lanzaron miradas sesgadas como puñales. Se miraron y volvieron a clavar en mí sus ojitos fríos, tercos y negros como los de un pez. He conocido tipos así toda la vida, palurdos de pueblo sumidos en un resentimiento permanente. De niños maltratan animales pequeños y al hacerse mayores azotan a sus hijos con el cinturón y estrellan sus camionetas por conducir borrachos, a los cuarenta descubren a Jesús y empiezan a frecuentar la iglesia y a ir de putas.

—No hay por qué ponerse grosero, señor.

—Oh, por favor, basta —intervino Rocky—. No os preocupéis. Mi tío es legal.

Intercambiaron una rápida mirada y yo, sin quitarles el ojo de encima, noté que la venilla de mi frente palpitaba el doble de rápido. Y entonces renunciaron a sostenerme la mirada. Dedicaron a Rocky una especie de cortés inclinación de cabeza y, a grandes zancadas, volvieron a su partida sin echar la vista atrás.

—Jo, colega —dijo Rocky—. ¿Qué pasa contigo?

Di un sorbo a mi Johnnie Walker.

—No hemos venido aquí a conocer gente. ¿Queda claro?

—Bueno, arrancarles la cabeza a esos dos chicos no habría sido precisamente lo más discreto.

No le respondí, pero tomé nota de lo rápido y fácil que me había resultado invocar la rabia necesaria para, tal vez, dejar lisiados a esos dos chicos.

Eso formaba parte de mí. Siempre había sido así.

A punto de emerger en cualquier momento.

Pero ahora no estaba justificado, dada la situación y siendo la chica quien era. Los chicos nos miraban desde la mesa de billar, cuchicheando. Bebí un trago de cerveza y contemplé el póster de las animadoras de los Saints, colgado de la pared. Rocky me miraba de un modo distinto, más receloso ahora, y la luz de la gramola se derramaba en su cara y le salpicaba los ojos. Me quedé mirándolos.

—¿Qué? —dijo Rocky.

—Tienes los ojos verdes. No estaba seguro.

—Joder, colega. Eres muy raro.

Encendí un cigarrillo.

—¿Por qué los has llamado?

—Bueno, iba a pedirles un cigarrillo. Pero cogeré uno de los tuyos.

Rebuscó en el bolsillo de mi cazadora, sacó el paquete de Camel, cogió uno y devolvió el paquete a su sitio, todo ello con una serie de gestos que parecían muy premeditados e inexpertos.

—No me estás contando la verdad.

Trató de coquetear:

—¿Cómo lo sabes?

—Algunas personas, cuando mienten, parpadean y desvían la mirada hacia la izquierda.

—Anda ya.

—Es cierto.

—Yo no he hecho eso.

—Y tanto que sí.

Se rió y encendió el cigarrillo. Cerró los ojos al dar la primera calada y después dejó que el humo saliese lentamente de su boca. Luego habló con un tono bajo, casi incitante: —Has dicho que yo necesitaba dinero, ¿no? Quiero decir, en eso estamos de acuerdo.

Una canción gangosa y tristona se abrió paso entre el barullo de voces y la gramola emitió destellos rosas y blancos a través del humo.

—Eso es muy rastrero. No te ofendas. Eres muy joven. Me parece que deberías apuntar un poco más alto en tus ambiciones.

Se pegó a mí y me agarró por la muñeca. Sentí un ligero estremecimiento que me recorrió el brazo y llegó a los hombros.

—No es que me guste, colega. Pero todo mi dinero se ha quedado en la ciudad.

—Hubiera podido colar, pero has sobreactuado. No deberías haberme agarrado la muñeca. Eso es demasiado.

Aunque lo cierto es que yo no había retirado la mano. Entonces ella dio un paso atrás con la boca entreabierta y un ligero temblor en el labio inferior.

Me acabé el Johnnie Walker.

—No pasa nada. Pero no intentes engañarme, nena. Por ese camino no te espera nada bueno.

Se cruzó de brazos, rechinó los dientes y empezó a levantar un pequeño fortín de indignación a su alrededor, pero la detuve antes de que comenzara a hablar.

—Tranquilízate. Para. Corta el rollo de muñequita sexy y las insinuaciones a medias. ¿De acuerdo? Y entonces no te tocaré las narices. —Dejé mi botella en la repisa y sus labios se relajaron para emitir un gruñido encantador, lleno de perplejidad. Repiqueteó en el suelo con el pie. Continué—: Mira. Te estoy

ofreciendo algo, y créeme si te digo que es mucho más de lo que la mayoría de la gente consigue de mí. Sólo te digo: sé sincera conmigo. No intentes engañarme y yo iré de cara contigo. Si no puedo fiarme de ti, no vas a venir conmigo.

Hizo caer la ceniza del cigarrillo con un golpe seco, desafiante.

—Entonces, ¿te lo has pensado? ¿Podemos escondernos juntos?

—Tal vez. Sólo durante algún tiempo. Pero sé sincera conmigo.

—¿Sobre qué?

—Sobre quién eres.

—De acuerdo. Tú primero. —Alzó la mandíbula y echó el humo, sosteniendo el cigarrillo lejos de la cara—. ¿Quién eres tú realmente?

Me encogí de hombros.

—Soy lo que llaman un recaudador. —Me acabé la Bud de un largo trago y apagué el cigarrillo—. Además, esta mañana he descubierto que me estoy muriendo de cáncer.

—Creo... Espera. ¿Qué has dicho?

—Esta mañana.

—¿Que tú qué?

Asentí con la cabeza.

—Eres la primera persona a la que se lo cuento —dije, riendo entre dientes.

—Dios, colega. Lo siento mucho. Yo tenía una tía... Espera. ¿En serio? ¿No te estás quedando conmigo?

—Mírame a la cara. —Lo hizo—. Tengo los pulmones llenos de mierda y no voy a tardar mucho en morirme. Me he enterado esta mañana.

—Vaya, colega. Una tía mía tuvo cáncer. La devoró. Parecía un esqueleto.

—No quiero hablar de eso, ni nada. Y no quiero que me lo recuerdes. No llegarás a conocerme lo suficiente para que te importe un carajo.

Encendí otro cigarrillo y ella lo miró con los ojos como platos.

—Eh. ¿No deberías...?

Lancé un aro de humo.

—¿Por qué dejarlo ahora?

—Vaya. A tu salud, colega.

Un borracho con cicatrices de quemaduras en el cuello nos dedicó una miradita lasciva mientras entraba a trompicones en el lavabo.

—¿No tienes...? —me preguntó Rocky—. ¿Tienes novia, familia o alguien? Quiero decir, alguien a quien contárselo.

—No. ¿Qué acabo de decirte sobre lo de recordármelo?

—Perdón. Maldita sea. —Se rió en voz baja para sí misma. Cuando sonrió, le resplandeció la cara y sus ojos se entrecerraron y centellearon.

—¿Qué? —dije.

—Hoy has tenido un mal día, ¿no, colega?

—El peor.

Pensé en la casa de Sienkiewicz, los tipos del recibidor, el cráneo de Angelo...pero sobre todo en lo rápido que me había movido y cómo mis

pensamientos y acciones habían fluido como el mercurio. Como si la certidumbre de la muerte hubiera eliminado todo lo superfluo, me hubiera hecho más rápido, más puro, tal como les sucedía a los vaqueros y a los espadachines en las películas que adoraba.

De modo que incluso entonces, en el bar con ella, me sentía en plena transformación, convirtiéndome en algo diferente. Rocky hizo tintinear el hielo que se deshacía en su copa.

—¿Qué quieres hacer? —me preguntó.

Di vueltas a mi botella sobre la repisa y contemplé cómo se deslizaban algunas gotas.

—¿Qué tal si nos emborrachamos?

—Desde luego.

Fui hasta la barra y regresé con bebidas; esta vez ella estaba sola, pero los chavales de la mesa de billar seguían sin quitarle ojo.

Brindamos. Ella dijo:

—¿Y después qué? ¿Qué viene después?

Me encogí de hombros.

—Mañana seguimos haciendo kilómetros.

No era consciente del peligro que sin duda corríamos. Como si fuera invencible y estuviese en plena racha. Notaba mis sentidos tan despiertos y atentos que casi podía detectar cada átomo de humo que se deslizaba por mi piel como si fuera una gravilla fina.

Rocky dio un sorbo a su bebida y las comisuras de los labios se le curvaron hacia arriba, formando un hoyuelo en cada mejilla, y en su sonrisa se asomó el temor a la inercia, a jugárnosla sin ningún plan.

Pero yo no necesitaba un plan, tan sólo mantenerme en movimiento. Como el asesino más puro, ya estaba muerto.

La gente nos observó con especial atención cuando salimos del bar, porque a nadie le gustaba la idea de lo que se suponía que íbamos a hacer a continuación: un hombre como yo y una chica como ella. Yo miraba fijamente a través del parabrisas y la cabeza de Rocky no paraba de oscilar ligeramente sobre sus hombros. Circulé por la interestatal en la que conocía unos cuantos hoteles, pero todos me parecieron demasiado iluminados, así que giré en dirección sudeste, hacia los barrios negros de la ciudad, pagué una habitación de motel que daba a un solar abandonado y a un centro comercial con las ventanas selladas. El sitio se llamaba The Starliter. Pagué en efectivo y la recepcionista, una anciana negra casi calva que esnifaba rapé, no me pidió ningún documento de identidad. Me recordó a Matilda, la cocinera de la casa de acogida que nos preparaba huevos deshidratados con morcilla.

La habitación tenía una única cama doble y el aire acondicionado hacía tintinear el cristal de la ventana. Rocky fue al baño mientras yo me quitaba las

botas, guardaba la pistola en una de ellas y las metía debajo de la cama junto con la caja de seguridad. Me quité la cazadora y el cinturón y me acomodé en la única silla de la habitación, con las piernas estiradas y los ojos cerrados encarados hacia el techo, con la esperanza de que el mundo dejara de dar vueltas por un momento.

Oí el chasquido de la puerta del lavabo y entreabrí los ojos. Rocky entró en la habitación en bragas y camiseta sin mangas, con la melena corta mojada y peinada hacia atrás. La bombilla del baño la iluminaba como a una de esas chicas sofisticadas de los pósteres de las revistas. Dejó el resto de su ropa plegada debajo del bolso en una esquina; yo mantuve los ojos entrecerrados para hacerme el dormido. Se acercó a mí y percibí su olor, un aroma almizclado y floral.

Me puso una mano en el hombro.

—¿Roy?

Abrí los ojos. Llevaba unas bragas azul claro, de las que tienen sólo una tira en los lados, y los huesos de la cadera sobresalían visiblemente. Mis ojos quedaban justo a la altura del pequeño montículo abombado en el centro de sus piernas. Sus dedos recorrieron con suavidad mi hombro.

—¿Quieres venir a la cama?

—Aquí estoy bien.

—No pasa nada. Puedes venirte.

Me incorporé y parpadeé para que mis ojos se acostumbraran a la luz. Mirándome desde arriba, su cara zorruna me mostraba los labios húmedos y entreabiertos.

—Otra cosa —dije—. Sobre lo que hemos hablado en el bar. Sobre lo de no engañarme. No te pasees en bragas delante de mí. No quiero que lo hagas.

—¿Por qué no? —preguntó, mientras deslizaba la otra mano muslo arriba y se acariciaba el vientre, completamente liso—. ¿Después de lo que ha pasado hoy? ¿No te gusto?

—Te lo estoy diciendo. Basta.

Se retiró hacia la cama.

—De acuerdo.

Al acostarse alzó el culo, pequeño, redondo y con una hendidura como la de un melocotón; el tipo de culo con el que fantasean todos los hombres blancos que conozco, incluido yo; los triángulos de seda dejaban entrever las partes laterales de sus nalgas, y no había ni un centímetro de su piel que mostrase una arruga o se bambolease. No sé qué me pasaba. Mientras me emborrachaba había pensado en Carmen y en Loraine, preguntándome si ésta se habría divorciado, pero Rocky era más guapa que cualquiera de ellas dos y, como a la mayoría de los hombres, la idea de mantener relaciones sexuales con una chica joven me transmitía cierta sensación de inmortalidad. Pero no quería pensar en eso. Rocky se metió entre las sábanas mientras el aire acondicionado tintineaba y vibraba y el chorro de aire frío me llegaba directo al pecho.

Rocky habló en voz baja, mirando a la pared, sin darse la vuelta: —Si quieres puedes dormir aquí. Deberías dormir en la cama. No haré nada.

Se había echado la colcha por encima. Me levanté, me senté en la cama y el somier rechinó y el colchón se hundió. Me quedé tumbado boca arriba con las manos cruzadas sobre el estómago. Ella acercó unos milímetros su cuerpo encogido, tensa y de espaldas a mí.

Cerré los ojos y escuché el zumbido del aire acondicionado, y gradualmente su respiración fue haciéndose más profunda y lenta. En la oscuridad empecé a pensar en aquel hombre cuyo apartamento había visitado primero ese día, el de los boletos de apuestas hechos trizas, las botellas vacías y la fotografía de la mujer y el niño. Ahora ya no tendría que preocuparse por toparse conmigo.

Me pregunté qué haría con ese tiempo que había ganado.

Me pregunté si huiría.

Por la mañana, Rocky roncaba ligeramente a mi lado, con las sábanas apartadas a patadas, dejando a la vista sus piernas de vértigo, las bragas, finas ya de tanto uso, pegadas al culo, con una de las tiras deshilachada. Me desperté pensando en Mary-Anne. Mi madre era pelirroja y tenía una cara bonita con los huesos muy marcados, una cara muy vistosa, y cuando no se maquillaba tenía unas ojeras muy pronunciadas; ésta era su única imperfección destacable, pero daba profundidad a su rostro y sus ojos figoneaban de un lado a otro como si buscaran fruslerías. Era infiel a John Cady de vez en cuando. Resultaba evidente, pero con el tiempo entendí que a él no debía de importarle demasiado.

A veces mi madre se quedaba en casa y escuchaba discos de Hank Williams sentada a la mesa de la cocina, con una mano en la barbilla. Bebía ponche de ron hasta que su mirada se volvía dispersa y aturdida. Entonces, a veces me pedía que bailase con ella. Yo siempre he sido alto y eso le permitía apoyar la cabeza en mi hombro, el ruidoso ventilador me traía el olor de su sudor y del jabón que utilizaba, y sus brazos se me pegaban al cuello.

Algunas de esas noches me contaba alguna historia. Sus historias eran sobre la época anterior a mi nacimiento, cuando trabajaba en Beaumont para un hombre llamado Harper Robicheaux, propietario de un club nocturno. Le gustaba hablar de él. Era un tío poderoso que se había portado bien con ella, y en sus historias salía cantando para el público en el club, con vestidos largos de lentejuelas y fumando con boquilla de ébano. Al recordarlo, a veces se ponía a cantar, y la verdad es que tenía una voz potente y vibrante que era casi demasiado grave y oscura para una mujer. Cantaba temas de Patsy Cline o de Jean Shepard y su sonrisa cuando acababa la canción era tan forzada que casi me asustaba.

Cuando John Cady se cayó de aquella torre de refrigeración, ella nunca llegó a recuperarse y empezó a salir con gente a la que yo no conocía.

Su cuerpo apareció arrastrado por la corriente en la isla Rabbit, ese pedazo de bosque en medio del lago Prien, allí donde la carretera I-10 se arquea en un puente sobre el agua.

Cuando me desperté, tenía esos recuerdos de Mary-Anne a flor de piel. La luz húmeda y deprimente de la mañana se colaba, grisácea, por la ventana de nuestra habitación en el Starliter. No me sentía en absoluto como la noche anterior. Toda la seguridad, la sensación de tener la fortuna de cara, parecía haberse esfumado.

Había una promesa rota en las frías paredes de la habitación. Las esperanzas pretéritas aullaban como perros fantasma en mi cabeza, convertidas en viejas frustraciones, viejos resentimientos, y me jodió descubrirlas pisándome los talones por la mañana, siguiéndome el rastro a través de los años.

Me levanté para fumar un pitillo y dejé a Rocky acurrucada en la cama. Un pino partido se inclinaba por encima del aparcamiento y marcaba el inicio de un prado cubierto de maleza que descendía hacia una vaguada, repleta de botellas rotas y bolsas de basura reventadas. El sol todavía no había coronado el horizonte y una luz perlada invadía el cielo y disipaba las sombras que proyectaban las paredes desconchadas del motel, revelando las manchas de humedad que recorrían todo el edificio en forma de herradura. Las grietas dibujaban un mapa en el pavimento hasta los bordes, donde el asfalto se fragmentaba en pequeños pedazos.

El clima me pareció un incordio, con ese aire que te envolvía como una lengua gigante, pegajoso, cálido y abrasivo como una pavesa. Pensé en Stan y en Carmen, y me pregunté si ella había sabido de antemano lo que él pretendía hacerme.

Aplasté el cigarrillo y volví a la habitación.

Detrás de la puerta del baño sonaba el siseo de la ducha y la cama vacía era una maraña de sábanas. Me senté en una esquina del colchón y apreté los puños para detener los temblores matutinos.

Rocky salió del baño envuelta en una toalla blanca que le cubría desde el pecho hasta los muslos; el cabello echado hacia atrás resaltaba su cara como si estuviese iluminada por un foco.

—Eh —dijo—. Voy a vestirme. Pero he de coger la ropa. No pretendo nada. El tono mojugato de su voz me irritó.

—¿Y qué se supone que quiere decir eso?

—¿El qué?

—¿Insinúas que me pasa algo raro porque no quiero follar contigo?

—No. No...

—Voy a dejarte aquí.

—¿Qué?

—Ya estoy harto de este rollo de muñequita sexy y de tus miradas provocadoras.

—¿Qué te pasa, colega?

Me puse en pie y ella reculó hacia el baño, con su ropa en la mano.

—Basta ya, colega. Me estás mirando como... como mirabas a esos chicos anoche.

—Tendrás que llamar a alguien. Te dejaré unos cuantos pavos.

El miedo se dibujó en su rostro, que con el cabello echado hacia atrás resultaba inocente, irreprochable. Bajé la mirada hacia mis botas, abrí y cerré los dedos.

—Escucha —dijo ella—. He estado pensando. Un montón. Sobre lo que dijiste anoche. Vas a necesitar a alguien, Roy. He visto lo mal que lo pasa la gente con esa enfermedad.

—No me hables de eso.

—De acuerdo. Escucha. Después de lo que dijiste anoche, llegamos aquí y yo me comporto de ese modo. De verdad que lo siento. No sé qué me pasó. Supongo que fue por el alcohol. Por tu manera de hablarme. Pero te agradezco que me hablaras así anoche, Roy.

Me contemplé en el espejo. Tenía las fosas nasales blanquecinas y las arrugas de la frente muy marcadas y pálidas.

—Quería decirte que te lo agradezco de verdad. Todo. Todo lo que hiciste. Podrías haber hecho lo que hubieras querido conmigo, pero me ayudaste. Mientras que yo quería conseguir algo de ti... ni siquiera sé exactamente qué. Y tú me hablaste con bondad. Total, que estaba pensando en eso cuando me duchaba, Roy.

Mientras ella hablaba, se removió en mi interior ese difuso orgullo, la sensación heroica de la noche anterior; Rocky se sentó en la cama y se cubrió el pecho con su ropa.

—También pensaba en ti —dijo—. En lo que te está pasando. No quiero recordártelo. De verdad que no. Pero escúchame. Roy, ya sé que no me necesitas. Lo sé. Pero creo... quiero decir que tal como están las cosas creo que podrías necesitarme. Más adelante. Estoy pensando en que tal vez te venga bien un amigo que te ayude, que te eche una mano cuando lo necesites. —Se puso de cara a la pared y se ciñó mejor la toalla—. Sólo digo que según cómo vaya todo quizá necesites a alguien. Quieres que yo juegue limpio, como ya has dicho... pues lo haré. No te mentiré. Puedo hacerme cargo de mis gastos. Y si alguien quiere hacerme daño, te tendré a ti para ayudarme. Y si tú te pones peor o ya sabes... me tendrás a tu disposición para ayudarte.

Abrí las manos y me agarré las rodillas, sentí que la cara se me destensaba. Éramos una pareja improbable en el espejo de aquel hotel.

—De acuerdo, Rocky. Ya veremos qué tal funciona. Probaremos durante un tiempo. —Bajé la cabeza y respiré hondo—. Y empieza a llamarme John. Es mi nuevo nombre.

En mis documentos nuevos figuraba como John Robicheaux.

—Cuenta conmigo, John. —Se levantó, se dirigió al baño y se detuvo en la puerta—. Y yo contaré contigo.

Lo primero que hice al salir del Starliter fue comprar el *Times-Picayune* y una caja de donuts en un Kroger's, y Rocky y yo nos sentamos en el aparcamiento para comérmolos con un café mientras yo escudriñaba el periódico.

Lo repasé de principio a fin, pero no se mencionaba ningún asesinato en Jefferson Heights y, al pensarlo bien, me di cuenta de que el único ruido habían sido los dos disparos de mi pistola, tal vez amortiguados por las viejas paredes de revoque hasta el punto de confundirse con los ruidos de la ciudad. O tal vez se habían oído, pero nadie les había dado importancia. En cualquier caso, Stan ya debía de haber limpiado el lugar.

—Nunca había visto a nadie ponerse tanto azúcar en el café. Te has echado como media taza —comentó Rocky.

Dejé mi café encima del salpicadero y rebusqué bajo el asiento la carpeta marrón llena de papeles. La sangre que salpicaba las hojas ya se había secado y había adquirido un tono ocre. La abrí encima del periódico. Listas de mercancías embarcadas. Documentos acreditativos de contenedores extraviados. Documentos de pago. Una larga declaración firmada por Sienkiewicz. El nombre de Ptitko en cursiva. *Ptitko* por todos lados.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Rocky, mientras se atiborraba de pastel de hojaldre.

Cerré la carpeta y volví a guardarla debajo del asiento.

—Todavía no lo sé.

Conduje hasta una sucursal del Hibernia y liquidé mi cuenta bancaria, otros seiscientos dólares que añadir a los tres de los grandes. A Rocky le hizo mucha ilusión sostener los billetes en las manos. Su cabello rubio, una vez seco, había ganado volumen, como si se lo hubiese ahuecado, y le daba un aire casi punki.

Estaba guapa. Y, en cierta medida, resultaba reconfortante. Es curioso lo que llega a calmar una cara bonita.

Íbamos por la I-10 en dirección oeste. Rocky encontró una cinta de Patsy Cline y empezó a cantar en voz baja al ritmo de la canción, y estuve a punto de pedirle que parase por los recuerdos que me traía, pero no lo hice. El paisaje que recorriamos se fragmentaba como una placa de arcilla rota en islas cubiertas de hierba, y el agua turbia y cenagosa se extendía hacia el golfo, que se vislumbraba a lo lejos, por el sur. Como un fuego incandescente, la luz del sol esmaltaba la superficie ondulada del agua y el lodo de los bajíos.

Atravesamos Sulphur y las refinerías de petróleo, un reino de tuberías, cemento y pestilencia. Rocky dejó de cantar y apagó la radio.

—Roy, ¿puedes llevarme hasta Orange? Tal como dijiste.

—¿Qué? ¿Por qué? —Casi se me quebró la voz—. ¿Quieres que te deje allí? Negó con la cabeza.

—No. Esta mañana hablaba en serio. Cada palabra que he dicho. Es por lo de correr con mis gastos. Puedo conseguir algo de dinero.

—¿En Orange, Texas?

—Sí.

—¿Cómo?

Miró hacia el parabrisas con los ojos entrecerrados y después se volvió para contemplar los cipreses de los pantanos moribundos que íbamos dejando atrás como huesos marrones surgidos del barro.

—No te preocupes por eso. Alguien de allí me debe dinero. Sigamos adelante y paramos un momento en Orange.

—Está claro que quieres ir a Orange.

—De todos modos, estamos en la interestatal diez. Vamos en esa dirección.

—¿A quién vas a ver?

—Hay un tío allí que me debe dinero. Se me ha ocurrido esta mañana.

—¿Y crees que va a dártelo así sin más?

—Me lo dará. No tengo la menor duda.

Su voz había bajado un tono y se quedó con la mirada clavada en el vacío. Reflexioné unos instantes.

—Tienes planeado que yo hable con él, ¿es eso? Se supone que he de conseguírtelo yo. ¿Ahora soy tu matón?

—No.

—¿No?

—Para nada. No necesito que hagas nada, excepto llevarme hasta allí.

Di un par de vueltas al asunto.

—Entonces, de acuerdo.

—¿Lo harías si te lo pidiera? —me preguntó—. Si te hubiera pedido que me lo consiguieras, ¿crees que lo habrías hecho?

Apreté el volante y me enfurruñé.

—Puede que sí.

—Fantástico. Pero no lo necesito. Gracias, de todos modos. —Las formas alargadas de los árboles pelados y retorcidos eran como las ramificaciones del cerebro, y las garzas blancas que descansaban sobre un ciprés caído parecían seguir a la camioneta con el movimiento de sus picos. Rocky rebuscó en el interior de su bolso—. Yo misma hablaré con él.

—¿No es peligroso?

—¿Peligroso? Qué va, para nada.

—¿Realmente quieres jugártela? Tenemos dinero. O sea, no quería decir lo que he dicho antes. No hace falta que consigas el dinero ahora mismo. Cuando lleguemos a nuestro destino, ya se nos ocurrirá algo.

—No. No pasa nada. Es algo que debo hacer. Hice una promesa.

Miró por la ventanilla con una cautela fría y funcional que no había visto hasta entonces en ella.

—¿Quieres contarme de qué demonios estás hablando?

Inclinó la cabeza sobre el hombro.

—Te lo diré si me lo preguntas, porque me he comprometido a hacerlo. Pero la verdad es que preferiría que no me lo preguntases.

Una señal indicaba que Orange estaba a trece kilómetros.

—De acuerdo —acepté—. Supongo.

Ella entrelazó las manos encima del bolso y suspiró. Aquel mundo de hiedra, árboles escuálidos y aguas negruzcas parecía tener algún significado para ella, igual que para mí, y miraba por la ventanilla con ojos rendidos. La gravedad de aquel paisaje tiraba de ambos hacia atrás en el tiempo y nos obligaba a recordar las personas que habíamos sido.

Recorrimos una modesta calle principal con unos cuantos localuchos que servían comida, una gasolinera, una cooperativa financiera. Hierbajos sin cortar.

—La heladería de la cadena Tastee Freez. Solíamos venir aquí.

Pero en realidad no estaba hablando conmigo.

La planicie se extendía hasta el horizonte, bordeada por árboles frondosos e impregnada de olor a fertilizante y a madera húmeda. El aire en estas zonas es tan resplandeciente que de hecho absorbe la luz y te obliga a entrecerrar los ojos incluso cuando miras al suelo.

Doblé un par de esquinas siguiendo las indicaciones de Rocky; los barrios estaban diseminados y apartados de la carretera, las casas se veían destartaladas bajo la sombra de robles y sauces alicaídos. En ese clima todo busca la sombra y por eso una cualidad básica del sur profundo es que aquí todo está semioculto.

Avanzamos hacia el sudoeste y llegamos a unas hondonadas boscosas invadidas por enredaderas, dejando atrás unas caravanas oxidadas. Apareció otra gasolinera con el pavimento resquebrajado allí donde habían arrancado los surtidores, las ventanas del edificio sin cristales, todo colonizado casi por completo por malas hierbas y enredaderas. Pasamos junto al campo de fútbol americano del colegio y al salir del perímetro del pueblo, en un cartel negro clavado junto a la carretera, se leía en letras blancas: EL INFIERNO EXISTE.

En una zona remota, después de dejar atrás incluso los parques de caravanas más recónditos, nos detuvimos a unos diez metros de una cabaña de madera levantada junto a un bosquecillo de arbustos enredados entre sí y hierba que, al fuego lento del sol, se había cocido hasta adquirir el color de la paja. La cabaña tenía más o menos las dimensiones de un refugio de caza muy antiguo y rudimentario. Apoyado en la pared había un calentador de agua corroído y entre la hierba alta asomaba uno de esos sacos de boxeo inflables con forma de payaso, con el plástico cubierto de moho. Por las paredes de la casa subían enredaderas reseca y una de las ventanas estaba tapada con papel de periódico. El chasis de un Chevrolet reposaba sobre unos tarugos, envuelto por hierbajos, como si el campo estuviese devorándolo lentamente, y frente al bosque había un pequeño cobertizo de chapa ligeramente inclinado. No faltaba la consabida puerta mosquitera completamente rasgada. El lugar parecía uno de esos escondrijos donde los moteros fabrican metanfetamina.

Permanecimos sentados en la camioneta con el motor al ralentí. El sol bañaba los campos con su luz blanquecina y a nuestro alrededor no había nada

salvo un horizonte resplandeciente. Rocky retorció el bolso entre las manos y se quedó mirando fijamente la cabaña como si pudiese derribarla con los ojos.

—¿Estás segura de esto? —le pregunté—. ¿Por qué no te acompaño? Me limitaré a quedarme ahí plantado. Créeme, suele ser suficiente.

—No. Gracias. No hay ningún peligro para mí ahí dentro. —Pero parecía dirigirse a alguien que estuviera al otro lado de la ventanilla—. Es mejor si voy sola.

—Como prefieras —le dije, pero ella no se movió y nos quedamos un rato más sentados en la camioneta. La hierba estaba tan seca que crujía con la brisa —. Grita si tienes algún problema —añadí—. Y vendré corriendo.

Abrió la puerta y bajó del vehículo.

—Dame unos diez minutos.

—¿Estás segura de que esa persona está en casa?

—Claro que está en casa. No va a ningún sitio. La gente viene a verlo si quiere algo de él.

Cerró la puerta y caminó con cautela por la cuneta con el bolso debajo del brazo y atravesó el descuidado parterre, cubierto por algunos parches de hierba entre los que brillaban latas de aluminio aplastadas. El luminoso prado la hacía parecer muy pequeña y sola, su figura se encogía a medida que se acercaba a la casa. Siguió la hilera de árboles y, en lugar de dirigirse a la puerta delantera, rodeó la cabaña y desapareció de la vista. El trino de algún pájaro y los crujidos provocados por la sequedad rasgaron el silencio.

Saqué la carpeta y volví a abrirla. Supuse que Sienkiewicz debía de pensar que aquellos papeles eran un seguro de vida o algo parecido. Reflexioné sobre las posibilidades de extorsión que me brindaban. Pero lo cierto es que daba igual, porque no había chantaje ni regateo que hacer ante lo que me deparaba el destino.

La casa estaba en calma, ningún ruido ni signo de vida; sus listones de madera estaban descoloridos y erosionados, como el terreno a su alrededor.

Una detonación nítida e inconfundible retumbó en el aire. Un disparo.

Miré a mi alrededor y vi que, a mis espaldas, el camino de tierra que ascendía hacia la colina estaba desierto. Podría tratarse de alguien cazando ardillas o palomas por ahí. En la casa no se movió nada.

Bajé de la camioneta empuñando el Colt, salté por encima de la cuneta y corrí por el parterre, pero las botas me resbalaron en el barro y caí de rodillas. Recogí la pistola y corrí resollando, empapado por el calor. Había recorrido la mitad del terreno que me separaba de la casa cuando Rocky salió por la puerta delantera. Encorvado, intenté recuperar el aliento. Cuando levanté la cabeza, ella estaba más cerca y sentí una punzada de pánico.

Rocky llevaba de la mano hacia la camioneta a una niña pequeña, una niñita rubia.

Di media vuelta y eché a correr hacia la Ford. Ella gritó a mis espaldas: —¡Roy! ¡Roy, espera!

—¡Espera tú! —bramé, mientras corría y mis botas patinaban sobre la

hierba resbaladiza.

Cerré de un portazo la camioneta y el motor se ahogó varias veces antes de encenderse, mientras vigilaba horrorizado el avance de Rocky por el parterre, cargando con un par de mochilas, tirando de la niña y sin dejar de gritarme. Habían llegado a la cuneta cuando apreté el acelerador e hice saltar piedrecillas y polvo al derrapar para incorporarme al camino de tierra.

Di un acelerón y comprobé por el retrovisor que se habían quedado plantadas en el camino y Rocky agitaba una mano en el aire, mientras una montaña de polvo marrón se las tragaba.

Por delante, el camino era de tierra dura y se adentraba en lo más profundo del bosque, en una zona agreste por completo y probablemente pantanosa. Traté de recordar el último signo de civilización que había visto cuando nos dirigimos a la cabaña, cuánto tendrían que caminar.

Empecé a frenar.

Me dije que las abandonaría. Que me desharía de ellas. Pero primero las sacaría de allí y daría algo de dinero a Rocky.

Cuando regresé, estaban de pie a un lado del camino, con las mochilas en el suelo. Rocky tenía las manos en las caderas y estaban ambas cubiertas por una fina capa de polvo color caqui. Rocky torcía el gesto para mostrar su cabreo, pero también para hacerme saber que en todo momento había dado por hecho que yo volvería.

Hizo subir primero a la niña, y sus atrevidos ojos, de un marrón verdoso, me sostuvieron la mirada mucho más tiempo de lo que ningún adulto habría aguantado sin sentirse incómodo. Se colocó en el centro del asiento sin dejar de observarme.

—Esto... —dije.

—¿Y tú quién eres? —me preguntó ella.

—John.

La niña frunció el ceño y dijo:

—No es verdad.

—¡Tiff! No seas maleducada. —Rocky cerró la puerta y se apartó de la frente el cabello, sucio de polvo—. Ésta es Tiffany.

Había dejado las mochilas en el suelo, entre sus pies, y sostenía el bolso con una mano, mientras con la otra abrazaba a Tiffany y la mantenía pegada a ella. Subió el aire acondicionado mientras la niña me evaluaba. La pequeña olía como un perro mojado.

—Nos lo pasaremos bien, Tiffy. Nos vamos de viaje. Tiffanita.

Le hizo cosquillas y la niña soltó una risita, pero sin dejar de observarme. Rocky miraba alternativamente a la pequeña y al parabrisas mientras yo emprendía el camino de vuelta a la interestatal.

—Déjame ver tu bolso, Rocky.

—¿Por qué?

—Pásamelo. O te lo quito.

Sopló para apartarse el flequillo de la frente, levantó el bolso y me lo tiró en

el regazo. Pesaba.

Lo abrí y lo primero que apareció fue una pistola. Era de uno de los enmascarados de la casa de Sienkiewicz. Le había quitado el silenciador, que estaba al fondo del bolso, debajo de unos pañuelos y el maquillaje. Por fin se descubría qué era lo que se había llevado después de tanto rebuscar entre los cadáveres de aquellos hombres. La pistola todavía estaba caliente.

Me lo tomé como una traición gigantesca.

—¿Qué coño es esto, Rocky?

—Cuidado con los tacos, colega.

—¿Los...? —Detuve la camioneta en el arcén—. Estás jugando con fuego, nena.

La pequeña nos fulminó a los dos con la mirada. Tenía unos mofletes regordetes y mullidos, impregnados de suciedad ya seca, y temblaban tanto que me vi obligado a modificar el tono. Parecía demasiado flaca y el pelo, de tan rubio, casi se veía blanco. Rocky se limitó a acariciarle la cabeza y se puso a mirar por la ventanilla. Pasó un coche patrulla a nuestro lado.

—Es mi hermana. Viene con nosotros. Puedes dejarnos en algún sitio si no quieres cargar con ella, pero viene conmigo.

El camión que llevaba la niña era del color de los nubarrones de tormenta y su piel tenía el lustre aterciopelado del vello rubio que la cubría y hacía que, en comparación, la mía pareciese de ladrillos de adobe.

—¿Y qué piensa su padre de esto? —pregunté—. ¿Qué haces con esa pistola? ¿Qué ha sido ese disparo que he oído?

Rocky resopló.

—Él está bien. Sólo quería asustarlo. Para que supiese que era capaz de hacerlo.

Metí la primera y volví a la carretera. El tráfico empezaba a hacerse algo más denso. Como Rocky no añadía nada más, le dije: —Has disparado a tu padrastro.

—He disparado a la pared. Ha tenido suerte de salir ileso.

—Santo Cristo. ¿No te parece que puede llamar a la poli?

—No va a llamar a la poli. No quiere ver a ningún poli por allí cerca.

—Jesús, qué disparate has hecho.

—Prefiero que digas tacos a que estés todo el rato invocando a Cristo y a Jesús en vano. ¿Por qué estás tan obcecado con Jesucristo para mentarlo tanto?

Al cruzar un paso elevado vimos aparecer otro coche patrulla, que parecía observarnos con el apetito indiferente de un búho.

—¿No crees que deberías habérmelo comentado? ¿Que ibas a hacer esto? ¿No habíamos dicho que íbamos a jugar limpio...?

—Te lo habría dicho si me lo hubieses preguntado.

—Me pediste que no te hiciera preguntas.

—Y te agradezco de verdad que no las hicieses.

—Esto es un secuestro. Se nos van a tirar encima.

Un absurdo tono susurrante me dominaba la voz.

Tiffany nos miraba alternativamente a ambos, pero ya no parecía asustada, ni siquiera enojada por estar allí.

—No es un secuestro —dijo Rocky—. Él no dirá nada a nadie. Estará encantado. Seguirá cobrando los cheques cuando lleguen.

Negué con la cabeza sin dejar de vigilar la carretera y el retrovisor por si aparecía la poli. En el espejo se acumulaban furgonetas, coches, camionetas y, sobre todo, enormes camiones articulados; los adornos cromados relucían y los vidrios tintados parecían observarnos.

—¿Qué crees que vamos a hacer ahora? —dije—. No sé a qué juegas, Rocky. No tiene ningún sentido.

—Bueno, ella y yo vamos a instalarnos en algún sitio durante un tiempo. Conseguiré un trabajo, o lo que sea. A partir de ahora voy a hacerme cargo de ella. Dentro de poco empezará a ir al colegio.

—¿Al colegio? Tú estás... Dios mío.

Se volvió hacia mí mientras acariciaba los cabellos blanquecinos de la niña.

—¿Recuerdas lo que te dije anoche? Sobre Vonda. —Rocky señaló a su hermana con un movimiento de cabeza y añadió—: Ella va a tenerlo mejor.

La pequeña me observó con un gesto tan inequívoco de sospecha que me pareció muy inteligente. A continuación, bostezó y escondió la cara en el costado de Rocky.

—Tú sabes que nosotros... ya me entiendes. Lo que puede suceder si nos encuentra la gente que está buscándonos. Y ahora tú la metes a ella en medio. ¿Has pensado en eso?

Rocky me sostuvo la mirada.

—Vas a tener que creerme si te digo que para ella es mejor venirse conmigo que quedarse donde estaba. ¿Y cómo van a dar con nosotros? Córtate el pelo. Yo me lo teñiré, o lo que sea. Y además ahora somos tres. ¿Quién busca a tres personas?

Se me subieron los huevos cuando un coche patrulla se nos puso detrás. Pero enseguida nos adelantó y dejé que se alejase.

—Te llevaré hasta donde me digas. Pero vosotras dos vais por vuestra cuenta. Esto no es lo que habíamos hablado.

—Podemos hacer exactamente lo que teníamos pensado. Sólo que ahora yo cuidaré de Tiffany.

—Muy fácil lo pintas, teniendo en cuenta cómo has cuidado de ti misma hasta hoy. No sabes de qué estás hablando. Sólo confías y confías en que va a ocurrir. Y cuando no sea así, te llevarás un buen tortazo.

Tiffany estiró un brazo y me rozó los pelos de cepillo de la barba. Miró a Rocky y le dijo: —¿Es como Papá Noel?

—Sí, cariño. Exacto, Tiffy. Es como Papá Noel.

La niña se volvió hacia mí:

—Tú no eres Papá Noel.

Esto me exasperó más.

—¿Al menos has conseguido algo de dinero?

Rocky frunció el ceño.

—No mucho. Gary llevaba encima unos ochenta dólares y se los he cogido. Ni siquiera quedaba nada que se pudiese vender, en serio.

—¿Quién va a cuidar de tu hermana cuando tú estés supuestamente trabajando?

Se lameteó los dedos y utilizó la saliva para limpiarle un moflete a la pequeña.

—Quizá trabaje en algún sitio donde me permitan llevarla conmigo. Y otras veces estará en el colegio. Maldita sea, colega, hasta el más tonto es capaz de criar a un niño.

Apreté el volante con fuerza.

—Pero no siempre bien.

—¿Sabes? —me dijo—, cuanto más lo pienso, menos entiendo por qué te quejas.

Tuve ganas de gritar, pero caí en la cuenta de que todas mis objeciones estaban relacionadas con el futuro, algo de lo que yo carecía.

—¿Recuerdas lo que dijiste? —me preguntó—. Bueno, colega, pues nosotras dos estamos dándote una oportunidad. Ya sé que ahora no nos necesitas. Pero quizá nos necesites en un futuro.

Tiffany hizo un ruidito y se acurrucó junto a Rocky para echar una cabezada, apoyada en su brazo.

—Voy a dejaros a las dos.

—Pues muy bien —dijo ella.

Guardamos silencio un buen rato, con el viento siseando fuera al ritmo de un esquiador. Un cielo repleto de nubes sellaba el horizonte y me sentí como si fuésemos insectos arrastrándonos por el borde del mundo. Y, en cierto modo, lo éramos.

Seguí conduciendo en dirección oeste, con el sol a nuestra espalda y las chicas adormiladas. Volvió a aparecer esa vieja regla. Cumples el tiempo de tu condena, no el de los demás. Pero ¿qué pasa cuando ese tiempo se acaba?, me pregunté. Miré a la pequeña dormida, con un puño bajo la barbilla.

—¿Por qué has quitado el silenciador? —pregunté.

Rocky se encogió de hombros y siguió con la mirada algo a través de la ventanilla.

—Me pareció que así daba más miedo.

—¿Has estado alguna vez en Galveston? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza.

HAY ciertas experiencias a las que no puedes sobrevivir; después ya no existes de verdad, aunque hayas esquivado la muerte. Lo que pasó en mayo de 1987 está pasando todavía, sólo que han transcurrido veinte años y lo que pasó es únicamente un relato. Estamos en 2008 y yo camino con mi perra por la playa. Al menos lo intento. Ya no puedo caminar ni rápido ni bien.

Esta mañana he recibido una nota. Cecil me ha dejado escrito que un hombre anda buscándome. Cecil es el propietario del motel en el que tengo arrendado un estudio y trabajo como empleado de mantenimiento.

Desde aquí y hacia el sur, se levanta por las mañanas una niebla bronceína que parece infinita y su color pardusco me hace pensar en tormentas de arena traídas por el viento desde las aguas del golfo, mar adentro, como si más allá del horizonte hubiera un desierto; y al ver cómo emergen de ella los barcos camaroneros, las plataformas petrolíferas y los enormes buques cisterna, te da la sensación de contemplar otro plano de la realidad que se abre paso, cargado de historia.

Y la lección de la historia, en mi opinión, es que hasta que te mueres no eres más que un impostor.

Pero yo sigo vivo.

*Sage*¹ corretea en círculos a mi alrededor, ladrando. No puedo avanzar tan rápido como ella quisiera, así que le lanzo la jirafa de peluche hacia el rompiente y observo cómo sale disparada para recuperarla. Salta y se zambulle entre las olas y yo la espero solo en la arena. El amanecer inflama la niebla y los suaves graznidos de los pájaros y el lamento grave de las sirenas de los barcos ponen el mundo en movimiento. Septiembre, plena temporada de huracanes, el cielo está revuelto, con nubes plumizas que parecen algodón de azúcar.

VAYA año insufrible.

El pie izquierdo apunta hacia fuera, como si pretendiera huir de mí en todo momento. Dejo un rastro de huellas torcidas. La arena en Galveston es gruesa y grisácea, moteada de partículas naranjas y amarillas; a primera hora de la mañana las playas están casi desiertas y *Sage* corretea libremente arriba y abajo por la orilla con la jirafa mordisqueada entre los dientes. Paso la lengua por el puente de porcelana pegado a mis encías, y recuerdo.

La nota que Cecil me ha dejado en la puerta es un pequeño *post-it* y su mensaje se desparrama en mi mente como una ola salvaje: «Ray, un tipo duro trajeado pregunta por ti. No me ha dicho su nombre.»

Supongo que debería volver a mi habitación y empezar a hacer las maletas para buscar otro sitio un poco más hacia el oeste. Parece imposible que todavía estén buscándome, pero no se me ocurre quién más podría ser.

Tal vez veinte años después algún mafiosillo abre una agenda antigua y se le mete en la cabeza la idea de zanjar viejos asuntos. Tal vez.

Si repaso mi historia, he de aceptar que nadie vendrá a buscarme con buenas intenciones. Me revuelve las tripas esta sensación de que ha llegado el día señalado.

Pero la nota me ha hecho pensar en Rocky, más de lo que ya suelo hacer.

La recuerdo hablando de sí misma en un bar en Angleton mientras el brillo de sus ojos reflejaba las luces verdes y moradas procedentes de la pista de baile, y cuando la recuerdo contándome historias, su rostro se hace más vívido.

Me habló de cuando tenía cuatro o cinco años y dormía en el asiento trasero de un coche en el bosque, adonde un hombre había llevado a su madre. Había un montón de camionetas aparcadas alrededor de dos caravanas y su madre no volvió hasta la mañana siguiente, cuando bajó de una de las caravanas con el maquillaje corrido y aquel hombre las llevó de vuelta a casa, sin que nadie abriese la boca durante el trayecto.

Sage se acerca corriendo a mis pies y se sacude el agua del pelo.

Bajo hasta la ensenada, junto al pantalán abandonado donde tengo colocadas las trampas para cangrejos. Tengo las piernas entumecidas y por culpa del aire húmedo las manos me duelen y se me convierten en zarpas agarrotadas. Cuando pago algo, la gente se fija en mis manos. Tengo los dedos torcidos y los nudillos hinchados como si tuviese ampollas.

Podría huir, borrarme de aquí.

Pero el consuelo de pasear a *Sage* y recoger los cangrejos de mis trampas es un pequeño placer que no quiero perderme esta mañana.

Éstas son las playas en las que los hombres de Cabeza de Vaca se vieron forzados a practicar el canibalismo, donde los piratas Aury, Mina y Lafitte se

escabulleron de la ley. Aquí, Lafitte, que construyó un fuerte llamado Campeche, tenía esclavos, putas y cantinas, y ocupó el cargo de gobernador de la isla hasta que tuvo que huir después de abrir fuego contra un barco americano. Pero antes de su fuga invitó a toda la isla a una bacanal de cuatro días con sobreabundancia de whisky y mujeres. Cuando camino por la mañana por las playas envueltas en niebla, con ese aire denso por la sal y las algas en descomposición, tengo la impresión de que este lugar todavía se está recuperando de la resaca de toda esa historia.

Pienso en Rocky sosteniéndome la mano y contándome cómo vivió lo de quedarse en ese coche siendo una niña, y llego a la conclusión de que la historia de esta isla es similar. Las historias forjan el escenario. Leí a un escritor que decía que las historias nos salvan, pero evidentemente eso es una gilipollez. No nos salvan.

Pero las historias sí salvan algo.

Y me han hecho pasar buenos ratos durante los últimos veinte años. Más de la mitad en la cárcel.

A lo lejos, la madera grisácea de ciprés del pantalán se ha podrido y los tablones están rotos y a veces se desmoronan entre la niebla metálica. Unas cuantas gaviotas permanecen posadas sobre los postes del final del muelle, con el pecho hinchado como diminutos presidentes. Algunos cangrejos violinista corretean para alejarse de mis pies. Siento el lameteo sosegado y rítmico de la marea. A lo lejos, en el golfo, se levanta el viento y el cielo empieza a agitarse en un gigantesco y lento remolino. Por culpa de este tiempo tengo la sensación de que se me tensan los implantes metálicos que llevo en el cráneo.

Estoy debajo del pantalán y, como los pilotes convergen hacia la parte central, el muelle parece una catedral anegada. Hago una mueca de dolor y agarro la cuerda con la mano. Tiro de ella y alzo la jaula de alambre y la espuma que gotea me salpica las deportivas. Abro la trampilla, paso los cuatro cangrejos azules al saco de lona que llevo colgado del hombro y luego cierro la trampilla y sumerjo de nuevo la cesta en el agua. Los cangrejos se revuelven contra el saco, haciendo que la gruesa lona se tense, y me doy cuenta de que esta mañana también estoy pensando en Carmen. Casi puedo oler sus Camel mentolados y el perfume que usaba, el Charlie, de Revlon, en lugar del salitre.

Mientras subo por las rocas para volver a la playa, me detengo un momento con *Sage* porque más allá del muelle roto, justo al borde de un banco de niebla resplandeciente, veo a un grupo de delfines nariz de botella que emergen a la superficie trazando gráciles arcos. *Sage* deja su muñeco a mis pies y vuelve a sacudirse el agua. La perra es curiosa y juguetona, una hembra de pastor australiano de pelo rojizo y blanco, delgada, de ojos verdes claros y con la lengua flácida fuera de la boca. Nos quedamos allí un rato porque tengo la esperanza de volver a ver los delfines, pero no aparecen. Las dunas están cubiertas de zarzas y cardos, y una gabarra asoma lentamente entre la niebla,

en dirección a los canales navegables, y se desliza ante mi ojo bueno.

Quisiera saber por qué Cecil se ha referido a ese hombre como un «tipo duro». Quisiera saber qué ha preguntado exactamente sobre mí.

Podría huir.

O podría quedarme y esperar. Aguantar el chaparrón, como dice la gente.

Me viene a la cabeza la idea de que ésta podría ser una buena forma de morir. Y con mucho retraso. Entonces, la aceleración del pulso y la velocidad de mis pensamientos se transforman en una sensación de alerta absoluta y atenta, como si de pronto me despertase.

Lanzo el muñeco de *Sage* hacia delante y me vuelvo para contemplar mis huellas desiguales. Tengo la espalda y el cuello tan encorvados que nadie creería que en el pasado medía un metro noventa, y el parche en el ojo izquierdo me da un aire de pirata, como los que en el pasado impusieron su ley en estas costas.

Mi sombra se proyecta ante mí, tan retorcida que podría pertenecer a algún crustáceo alargado saliendo a rastras de la marea, emergiendo tambaleante desde el pasado. Para ausentarse de la historia.

Después de vaciar las trampas para cangrejos, cruzo con *Sage* un par de aparcamientos hasta la tienda de donuts. Hay tanta tensión en el ambiente del Finest Donuts como en mi interior. Roger acaricia a *Sage* apenas con un roce, y sólo después de que ella frote el hocico contra su pierna insistentemente. Roger mira el tablero de ajedrez y después la cara de Deacon; tiene la mandíbula caída, los ojos entornados, y sus largos brazos le cuelgan a ambos lados. Es tan negro que parece un reloj Shinola recién abrillantado. Deacon llevaba un par de días sin aparecer por el local y ahora está aquí, a primera hora, y ya desde la puerta me llega el olor a ginebra y orina.

El Finest Donuts tiene arrendado el último local de la punta oeste de un centro comercial muy pequeño que queda desconectado del bulevar Seawall y las playas desde que se construyó otro centro comercial mucho más grande y nuevo un poco más al sur. El puesto de pizzas que hay junto al Finest Donuts cerró hace meses, de modo que ahora lo único que queda es una tienda de provisiones y venta de tabaco, y la mayoría de los días en el aparcamiento, azotado por el viento, no hay más que arena y folletos desperdigados. Acabamos de celebrar el séptimo aniversario del 11-S y un pequeño cartel pegado en el exterior del local dice: JAMÁS OLVIDAREMOS.

Supongo que es una de las cosas que hacemos aquí. Nos sentamos a no olvidar.

—Y ahora tienes que empezar otra vez —está diciéndole Roger a Deacon—. Desde cero. Devuélveme la pieza. ¿Crees que ha merecido la pena?

Miro a Errol, que está en el mostrador soplando para enfriar el café y arquea las cejas dándome a entender que la mañana ha sido ardua. Una de las tres

cafeteras ya está vacía y los ceniceros acumulan una considerable cantidad de colillas, así que me pregunto cuántas horas llevan aquí. Parece que la partida de ajedrez se ha alargado mucho, aunque Roger le ha matado un montón de piezas a Deacon y las tiene todas bien ordenadas.

—Empieza por admitir que no tienes escapatoria —le dice Roger mientras enciende otro cigarrillo. Después de la primera calada, da un sorbo a su café solo y dobla sus gruesos brazos sobre la mesa. Roger luce un bigote recortado según las normas del ejército y la facilidad con la que su cara refleja su decepción puede resultar un poco tiránica. No envidio a Deacon, que está estupefacto; me acerco a Errol y dejo el saco de cangrejos en el mostrador.

—Empieza otra vez —le dice Roger a Deacon—. Las que haga falta. Nos lleve el tiempo que nos lleve.

Deacon asiente con una lenta inclinación de cabeza y una lágrima le resbala por la mejilla. Levanta la taza de café con las dos manos y se la lleva a los labios lentamente, como si fuese vino sacramental, y su mueca de desconcierto y vergüenza me recuerda a Rocky.

El cuello inclinado de Deacon se refleja en el expositor de cristal que hay junto a la entrada del local, con varias hileras de donuts y pasteles iluminadas por luces de neón. Pienso en la nota de Cecil y en el tipo que ha estado haciendo averiguaciones, y me pregunto si habrán enviado a más de un hombre para localizarme. Yo lo habría hecho.

Errol niega con la cabeza y dobla un boleto de apuesta hípica que acaba de comprobar.

—No pienso volver a apostar —me dice—. De todas maneras, allí nunca conoces a ninguna tía que merezca la pena.

Me siento en el reservado que hay entre él y la mesa en que juegan al ajedrez, y *Sage* da vueltas en forma de ocho alrededor de mis tobillos antes de colocarse entre mis pies.

Deacon asiente e intenta sonreírme. Descubro que tiene un moretón reciente en la frente y un ojo enrojecido. Se crió aquí, echó a perder una beca para jugar al baloncesto en el equipo del Instituto Técnico de Texas y estaba trabajando de no sé qué en un Walmart, aunque por lo que veo esta mañana sospecho que ya no es así. A veces me llama Capitán Morgan, por lo de mi parche.

—¿Qué tal, Deacon? —le pregunto.

—Bien, bien.

Sopla en su tazón. El olor a ginebra que desprende ya supera al del café, los bollos e incluso los cigarrillos.

Todos los presentes seguimos el programa, aunque yo la verdad es que no tengo elección, porque no puedo beber, con o sin reuniones, pero de todos modos continúo acudiendo para escuchar las historias. Y así salgo de mi estudio.

Roger consulta su reloj y propone:

—¿Por qué no empezamos? —Repasa los doce pasos y pregunta si alguien

tiene algo que compartir con los demás.

Todas las miradas se dirigen a Deacon. Éste empieza a hablar, pero se tapa la boca con el puño y niega con la cabeza. Se le escapa otra lágrima que recorre su mejilla y comenta:

—No sé si en este momento. Es decir...

Quiero echarle un cable, así que con un suspiro digo:

—Yo tengo algo que compartir. —Eso sorprende un poco a todo el mundo. Roger y Errol me miran atentamente—. Me llamo Roy. Soy alcohólico. Llevo más de diecinueve años sobrio. —Todos me saludan como si fuese la primera vez que nos viésemos y yo miro a Deacon—: Esta mañana me has recordado a alguien. A una chica a la que conocí hace mucho tiempo. Me parece que hoy estoy pensando mucho en ella. Tuvo una vida muy dura.

El saco de lona que he dejado en el mostrador se agita y cambia de forma. Venimos aquí para contar historias, de modo que podamos manejar el pasado sin ser devorados por él. Todos esperan a que continúe.

—Ahora estaba pensando en ella. Ha sucedido algo...he recibido una nota esta mañana. Me ha hecho pensar en ella.

Por un momento creo que finalmente voy a contarles toda mi historia, pero me contengo. Sin embargo, todos esperan que siga y acabo hablando un poco sobre Rocky.

Me contó que debía recorrer un largo camino hasta su casa desde donde la dejaba el autobús escolar, y tenía que cruzar por debajo de un viejo paso elevado repleto de extraños grafitis, y en la otra punta del túnel a veces merodeaban chicos más mayores que bebían y fumaban allí, y cuando sucedía eso tenía que esperar en la oscuridad del paso subterráneo hasta que se marchaban y veía que el otro lado estaba despejado. Una vez tuvo que esperar hasta medianoche y cuando llegó a casa nadie se inmutó porque se hubiera retrasado tanto. Tenía trece años.

Tartamudeo y murmuro al contar la anécdota y todos se quedan desconcertados cuando acabo de explicarla, pero me dan las gracias. Es obviamente una de esas historias que nadie sabe cómo tomarse. No logran entender su sentido.

El sentido de la historia está en cómo me la relató ella, su manera de apartar la mirada mientras me la contaba, observándome de reojo para comprobar si estaba escuchándola. Su lento y medido modo de articular las palabras.

Sé que a todos nosotros, los miembros de la sección de Alcohólicos Anónimos del Finest Donuts, nuestros testimonios nos permiten empaquetar los recuerdos, guardar años de degradación y culpa en esas manejables carpetas que podemos colocar en una estantería, sacarlas y echarles un vistazo con la tranquilidad de que ya se han convertido en historias del pasado.

Nunca les he contado mi verdadera historia.

Errol explica que ha perdido un montón de dinero en las carreras este fin de semana. Le damos las gracias.

Deacon finalmente reúne el coraje para contarnos lo del viejo amigo al que

se encontró en el trabajo y que le ofreció invitarlo a un trago, y cuando concluye su confesión y se seca las lágrimas, le damos las gracias.

Concluimos la sesión, todo el mundo se levanta para buscar más café y yo recuerdo el libro que llevo en el bolsillo. Saco un delgado volumen en rústica y se lo doy a Roger. Una novela que tomé prestada sobre dos boxeadores en el sur de California.

El libro parece interesar a Deacon, porque lo coge de la mesa y empieza a leer la contraportada. Roger resopla.

Cuando está empolvado hasta los codos por una capa de harina y azúcar, a Roger no se le ve el tatuaje marinero en el antebrazo izquierdo, pero ahora, bajo la espesa capa de vello, se vislumbra una mancha azul verdosa con la difusa forma de un ancla.

—Yo digo que hemos de organizar un plan para conocer a algunas tías buenas —sentencia Errol—. Hay que saber venderse. ¿Quién se apunta?

Deacon tiende el libro a Roger y le pregunta:

—¿De qué crees que va esto?

—De peleas —responde Roger.

Errol niega con la cabeza, se baja la visera de la gorra y abre bruscamente su periódico. Errol apareció en nuestros encuentros poco después de mi llegada, recién salido de las llanuras arenosas, para contar que se había pasado la vida conduciendo camiones articulados por vastos desiertos y tierras baldías, maniobrando sobre el hielo en Canadá y recorriendo de punta a punta las carreteras del sudoeste. Se muerde las uñas incluso cuando se propone no hacerlo, y mientras habla contigo baja la mirada y te ruega que lo disculpes por su incapacidad de controlar ese hábito. He visto su camión, pero no sé cuándo fue la última vez que transportó algo en él.

Errol cierra el periódico y sentencia:

—Hay que saber proyectar un aura de seguridad, de simpatía. Por encima de todo, las tías necesitan sentir que las escuchas, incluso cuando sueltan bobadas.

Roger suspira y dice:

—Yo creo que, llegado cierto punto, es preferible estar solo.

Roger tiene tres ex esposas y compró la tienda de donuts después de su última curda, en 1992. Él y Errol se ponen a hablar del nuevo huracán que se formó en Cuba hace unas semanas y que ha estado recorriendo la línea costera mexicana. Ahora a uno de cada dos huracanes le ponen nombre de tío y éste se llama Ivan o Izzy o algo por el estilo.

—Va a ser fuerte.

—Puede que no.

—¿Has visto la pinta que tiene en las noticias?

En ese momento Leon entra por la puerta de cristal y suena la campanilla.

—Disculpad, llego tarde —dice—. ¿Quién de vosotros debe la pensión alimenticia?

—Dale la vuelta al cartelito, por favor —le pide Roger, y Leon se vuelve

para colocar el cartel de la puerta de manera que desde fuera se lea ABIERTO. Cuando se encara de nuevo hacia nosotros, Roger le dice—: Pensaba que tu ex ya se había casado.

—No es por mí. Parece que van por uno de vosotros, muchachos.

—¿Qué? —exclama Errol.

Leon se apoya en el mostrador y estira las piernas, disfrutando de la expectación creada al retener momentáneamente la información.

—Hay un tipo ahí fuera vigilando la tienda. Estacionado en la otra punta del aparcamiento. Lo he visto cuando venía.

Me levanto y *Sage* me sigue hasta el ventanal.

—Tienes mala conciencia —dice Leon señalándome.

Al otro lado del ventanal veo al fondo, en el extremo del aparcamiento, un único vehículo estacionado, un Jaguar negro. Hay un hombre sentado en su interior, con gafas de sol, y es evidente que vigila el local. No hay otra cosa que vigilar a esta hora de la mañana.

—¿Qué pasa? —me pregunta Roger.

Me aparto de la ventana.

—Tiene razón. Hay un tío vigilando esto.

Me acerco al mostrador y cojo mi saco de cangrejos.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Leon.

—Nada. Es que hoy tengo que irme temprano —le digo—. Me toca pintar la casa del jefe.

Chasqueo la lengua para llamar a *Sage*. Ella recoge su muñeco del suelo de linóleo y mueve la cola junto a mis tobillos.

Ahora todos están mirándome.

—Va a llegar un huracán en los próximos días —comenta Errol—, ¿y a él se le ocurre pintar su casa?

Me encojo de hombros y paso al otro lado del mostrador para entrar en la cocina, con una punzada latiendo en mi cabeza y la nota de Cecil achicharrándome la mente.

—¿Adónde vas? —me pregunta Roger.

Yo ya estoy largándome a paso acelerado por la puerta de vaivén y respondo sin mirar atrás:

—Salgo por la puerta trasera.

Mientras recorro el callejón trasero del Finest Donuts, el corazón me va a cien por hora y avanzo fatigosamente por el dique de arena que me separa del otro centro comercial. El aire es cálido y me cuesta respirar. Recuerdo cómo salí renqueando del bar de Stan hace veinte años, atravesando un descampado mientras a mis espaldas oía los gritos cada vez más cerca y me atragantaba con mi propia lengua. Puedo intentar convencerme de que no hay razón para dar por hecho que el tipo del Jaguar me sigue a mí, pero aun así me da miedo mirar hacia atrás.

Todavía no he decidido cómo afrontar esta paranoia. Quedarme o huir.

Por Rocky, me dan ganas de quedarme.

UNA vez que dejamos atrás las ciudades, Texas se convirtió en un desierto verde capaz de machacarte por su vastedad, un mortero cargado de cielo. Las chicas lo miraban como si vieran fuegos artificiales.

La 45 en dirección sur hasta la parte norte de la isla: los puertos estaban repletos de veleros multicolores y de pesqueros de arrastre con las redes colgadas de los focos como el musgo de un ciprés. Los vagabundos se acucillaban a la sombra de las palmeras y de los postes de teléfono. Las palmeras estaban muy peladas y parecían costillas mordisqueadas y clavadas en el suelo. Un perro flacucho con el pelo apelmazado renqueaba por la acera al trote, tal vez de camino a isla Pelican. Había adolescentes vestidas con escuetos biquinis sentadas en los capós de los coches y el sol se reflejaba en sus dentaduras y en el cromado de los vehículos, también en los taponos de botellas esparcidos alrededor de los neumáticos y en las latas de cerveza aplastadas contra el asfalto. Los hombres mayores se concentraban a su alrededor, repartiéndose latas de cerveza High Life o Lone Star.

El azul del golfo estaba oscuro y el sol kilométrico que se asomaba en lo alto lo moteaba con su napalm. La densidad del aire magnificaba el efecto del sol y convertía sus rayos en lanzas. Aquí todo el mundo se gastaba una pasta en gafas de sol.

Por el paseo del malecón patinaban chicas en biquini, y un grupo de *skaters* rodaban y saltaban sobre barandillas y bordillos. A la sombra de los grandes hoteles de primera línea de mar volaban y rebotaban las pelotas de playa. Llegaba el olor de los puestos de pescado al aire libre, con sus cestos de gambas y cangrejo a la pimienta hervidos, bajo cuyas mesas viejos perros sin dueño rebuscaban vísceras y cáscaras.

Indicios de la historia: viejas iglesias españolas resecaándose al sol; piedra blanca y ladrillo rosáceo, adobe y estuco; un velero de tres mástiles del siglo XIX, rebosante de falso orgullo, en el Museo Marítimo.

Aquí podías reescribir tu futuro. Lanzar tus recuerdos a la luz cegadora del golfo como hojas a una hoguera.

La niña tenía las manos pegadas a la ventanilla y estaba boquiabierta. Susurró, como si fuese un secreto: —¿Qué es esto?

Rocky le dijo al oído:

—Esto es el mar, cariño.

—¿Qué es?

—Agua, cielo. Montones y montones de agua.

Las playas de arena marrón estaban cubiertas por una línea irregular de algas arrastradas por la corriente hasta donde rompían las olas. Rocky contemplaba a la gente concentrada junto a humeantes barbacoas, a las chicas casi desnudas y a los chicos que las seguían como perros hambrientos. Me di

cuenta de que pensaba en otras vidas posibles. Mucha gente de su edad esperaba vivir eternamente y se tomaba la vida como una suerte de derecho natural a pasárselo bien a perpetuidad.

Yo nunca había visto las cosas de ese modo y sabía que ella tampoco.

De vez en cuando se la veía acosada por sus propios fantasmas, como les pasa a algunos jóvenes, y cuando eso sucedía se podía observar cómo su mirada perdía la vivacidad y su rostro indefenso olvidaba interpretar un papel y se mostraba aturdido por la confusión y el remordimiento, aunque sus facciones respondían a una especie de orgullo rústico que se negaba a admitir la confusión ni el remordimiento. Yo también sabía algo de eso.

No sabía qué hacer con ella.

Ni siquiera entendía muy bien qué estaba haciendo yo allí, y sabía que no me quedaría mucho tiempo.

Lo razonable, e incluso caballeroso, era buscarles un hotel, dejarles varias noches pagadas y largarse. Sin embargo, era difícil mirar a la pequeña y no sentir cierto impulso de ser más generoso. Pero por impulsos como ése siempre acabas jodido y pagando los platos rotos de los demás.

Pasaban hombres de mediana edad cargando con tablas de surf bajo el brazo. Los autobuses turísticos daban bandazos como borrachos por las esquinas.

El lugar era muy diferente cuando estuve aquí con Loraine, menos urbanizado. Alquilamos una casa sobre pilotes en la playa y en aquel entonces esto tenía un aire más de pueblecito. Comíamos gambas rebozadas en harina con cerveza y brindábamos con tequila. Fumábamos hierba juntos en la bañera. Ella decía que estábamos mejor cuando no íbamos en serio, que no tenía ningún sentido ponerse serios con nuestra relación. Supongo que nunca la creí del todo. Loraine me dijo en una ocasión que el matrimonio era un invento social que convertía el placer en un acuerdo económico, y yo traté de seguirle la corriente. Era mucho más joven que yo, nueve años. Y sin embargo, hacía que me dieran ganas de intentar volverme legal, de convertirme en soldador o algo por el estilo, de intentar sentar la cabeza con ella, pero entonces me soltaba algo del tipo: ¿ganarás lo mismo? O también: ¿por qué joder algo que funciona?

A veces me había preguntado cómo habría sido. Llegar por la noche a casa y tener la cena preparada. Tener un par de chiquillos y verlos crecer. Ahora pensaba que no me habría importado intentarlo, al menos haberlo probado.

Las dos chicas siguieron mirando por la ventanilla y de vez en cuando la pequeña lanzaba un grito ahogado, volvía la cabeza a toda prisa para mirar a Rocky y señalaba algo.

Recorrimos todo el malecón en dirección oeste y después dimos la vuelta y ellas miraron las mismas cosas por segunda vez con renovado entusiasmo. Yo intentaba localizar la casa que habíamos alquilado con Loraine tantos años antes, pero me pareció que en su lugar había un hotel de piedra y grandes ventanales. O tal vez simplemente no fui capaz de encontrarla.

Elegí un motel algo más al norte, a pocas manzanas de una playa pequeña en la FM 3005. Tenía forma de L y el centro lo ocupaba un aparcamiento con el pavimento agrietado por gruesos brotes de cola de caballo y malas hierbas. Las paredes eran de ladrillo viejo pintado de azul celeste, tenía una única planta con techos planos y la parte corta de la L acababa en una recepción acristalada con una marquesina con forma de paleta de pintor. Un cartel anunciaba: TARIFAS SEMANALES, debajo de uno vertical más grande cuyas amontonadas letras decían: EMERALD SHORES. Fuera del aparcamiento y cerca de la calle había una moribunda palmera combada hacia el suelo, inclinada sobre una pila de palmas amarillentas.

Apagué el motor y le dije a Rocky:

—Las dos sois mis sobrinas, ¿de acuerdo?

Ella asintió y añadió:

—Tú eres el hermano de mi madre.

—¿Dónde está ella ahora?

Se lo pensó.

—En Las Vegas.

—¿Y dónde está tu padre?

Se encogió de hombros y finalmente dijo:

—Murió en una plataforma petrolífera en alta mar. Lo golpeó un cable y cayó al agua. Conocí a uno que murió así.

El aparcamiento estaba vacío, a excepción de un par de coches con las antenas dobladas y la carrocería oxidada, una ranchera con dos ruedas de repuesto y una moto aparcada sobre un charco oscuro de aceite. Había varias ventanas tapadas con papel de aluminio. Se trataba del tipo de sitio para gente que no tenía adónde ir, un motel en el que algún cliente ocasional pagaba una habitación para suicidarse, con huéspedes demasiado ensimismados en sus propios fracasos para prestarnos mucha atención.

Abrí la puerta de la recepción para que pasaran las chicas. Había tres pequeños ventiladores alrededor del mostrador y su zumbido se entremezclaba con el chirriante retumbar de un voluminoso aire acondicionado empotrado en un hueco de la pared. Rocky cogió a su hermana de la mano y se pusieron a ojear un expositor lleno de folletos turísticos.

Oí una radio o un televisor encendido en una habitación contigua, alguien que despotricaba contra los progres, y a continuación pulsé el deslustrado timbre del mostrador.

Tiffany no paraba de girar la cabeza para contemplarlo todo: el techo irregular, el descolorido papel de pared con estampado de conchas, la chillona alfombra rosa. Y apuesto a que el aire acondicionado también era algo nuevo para ella.

De la habitación que había detrás del mostrador emergió una mujer, con la piel tan agrietada y reseca que parecía que se la hubiesen ahumado. Tostada al sol hasta adquirir el tono dorado del roble, le colgaba sobre una osamenta prominente. Cabello gris, como de ardilla. Llevaba el puente de las gafas

pegado con cinta adhesiva y se las subió con un dedo por la nariz.

—¿Qué desea?

Miró a las chicas por encima de mi hombro. Las dos profundas arrugas que enmarcaban su boca parecían hundirse hasta tocar el hueso.

Según la hoja de papel pegada en la pared para detallar los precios, la tarifa semanal por una habitación individual era de ciento cincuenta dólares.

—Cogeremos dos individuales —dijo—. Las dos por una semana.

Ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Son suyas?

—De mi hermana. Sobrinas.

—La pequeña es una monada.

Rocky se acercó y le dijo a Tiffany que dijese hola, pero la pequeña, cohibida, se escondió entre las piernas de su hermana.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Dile tu nombre, cariño.

La niña soltó una risilla.

—Se llama Tiffany —dijo Rocky.

—¿Qué edad tiene?

—Tres y medio.

Cuando aquella mujer sonreía, se le resquebrajaba la cara. Yo no dejaba de preguntarme qué aspecto debía de tener antes de que el sol abusara de ella.

Oíamos la radio de la habitación contigua. Yo había deducido ya por las voces que se trataba de una radio, porque era un programa con llamadas de los oyentes y un tipo estaba hablando del Nuevo Orden Mundial y de la Marca de la Bestia. Un reloj con forma de estrella de mar colgado en la pared se había detenido a las once y veinte.

La mujer me pidió el permiso de conducir y yo le deslicé el falso con dos billetes de cien y cinco de veinte.

—Hay que añadir veinticuatro con sesenta y siete de tasas.

Le di otros dos de veinte y observé cómo rellenaba la ficha. La mano le temblaba al mover el lápiz y parecía tener una oreja puesta en el programa de radio.

—Supongo que todo acabará bien —dijo, inclinando la cabeza hacia la otra habitación—. Siendo el estado soberano de Texas, si las Naciones Unidas nos invaden, nos tocará a nosotros responder al ataque.

Traté de sonreír, pero la cara que puse le hizo fruncir un poco el ceño.

—Nosotros somos de Luisiana —le expliqué.

—Bueno. —Continuó rellenando la ficha—. Luisiana pertenece a los católicos.

Miré a Rocky y le dije a la mujer:

—Así es.

Me dio un recibo y dos llaves, ambas con una tabla de surf de goma a modo de llavero.

—Son la diecinueve y la veinte, justo al salir, sólo hay que cruzar el

aparcamiento. Yo me llamo Nancy Covington. Si necesitan algo, siempre estoy aquí.

Le di las gracias, pero por su expresión deduje que todavía tenía algo que decirme.

—Sólo una cosa —añadió—. Soy buena amiga de un montón de policías. Simplemente lo comento. Cuidado con lo que pueda pasar en las habitaciones.

Rocky y yo intercambiamos una mirada y luego las dos chicas sonrieron a la mujer.

—Por el amor de Dios, qué encanto de niña. Debes de ser la cosa más bonita que ha pasado nunca por aquí.

—Esperemos que siga siendo así —dijo Rocky, y las dos se rieron como bobas.

Nuestras habitaciones eran contiguas y ambas tenían una moqueta verde oscuro apta para todas las estaciones, óleos de playas en las paredes y una cómoda de madera de imitación, mesilla de noche y una mesa pequeña. Olían a loción solar y a sudor. Tenían el mismo papel pintado de la pared que la recepción, conchas estampadas en color melocotón, y el de mi habitación estaba despegándose por los bordes y curvándose a causa de la humedad. El grifo del lavabo tembló y repiqueteó un rato cuando lo abrí. Había manchas de humedad de color granate en las esquinas. En ambas habitaciones había unos enormes aparatos de aire acondicionado colocados en un hueco debajo de la ventana y las cortinas eran gruesas, azul marino, con un revestimiento de plástico que impedía el paso del sol con la misma efectividad que una pared de ladrillos. Incluso había televisión por cable.

Tiffany se sentó en la cama que compartiría con Rocky y no tardó en quedarse embobada con un programa televisivo de marionetas y decorados de cartón. Observé a Rocky mientras desempaquetaba sus mochilas y guardaba la ropa de su hermana en los cajones de la cómoda. La falda le ceñía el culo cuando se inclinaba y al contemplarla admirado sentí que me bullía la sangre.

Pero seguía habiendo un punto de falsedad en nuestra interpretación. Como si ambos fingiéramos sobre algo y no estuviésemos dispuestos a hablar de ello.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

Reflexioné un instante.

—Habrá que ir a comprar algunas cosas.

—No sé...

—No te preocupes —le dije—. Pago yo.

Sentí el hormigueo de una leve señal de alerta, esas viejas alarmas que suenan ante los favores y la estimulación de ciertas dependencias.

—No deberías pagar lo nuestro, Roy.

—Eso es cosa mía.

Parecía incapaz de controlarme. Y también necesitaba urgentemente un trago; supongo que para ayudarme a ignorar esos instintos que me aconsejaban retener la cartera en el bolsillo y poner fin a aquella farsa. Y

dejarlas ya.

Encontramos una tienda JCPenney en un centro comercial y yo esperé mientras ella elegía algo de ropa. Los centros comerciales me ponen nervioso, con toda esa gente como loca por comprar, y tenía la sensación de que cada vez veía a más gente gorda.

Contemplé a Rocky sostener en lo alto una falda y una blusa y juntarlas para ver si combinaban, mientras algunas mujeres enormes se movían con andares de pato entre los anaqueles, repasaban los colgadores, comprobaban las etiquetas, dejaban los pantalones sin doblar, tirados en los expositores, y todas parecían abotargadas, infelices y ansiosas por gastar.

Me he dado cuenta de que toda la gente débil comparte una obsesión básica: una fijación por la idea de la complacencia. Vayas a donde vayas, los hombres y las mujeres son como cuervos atraídos por los objetos resplandecientes. Para algunos, los objetos resplandecientes codiciados son otras personas, y antes que caer en esto más te valdría hacerte adicto a las drogas.

Algo se convierte en demasiado placentero, demasiado importante, y antes de que te des cuenta estás atrapado.

Eso fue lo que me sucedió con Loraine, y sospecho que también un poco con Carmen. Me daba rabia.

Rocky eligió una falda, una blusa y un biquini, y después de que yo la animase, volvió por un par de tops y unos tejanos. En una farmacia de la cadena K&B compramos cepillos de dientes y demás, y yo también me compré una maquinilla para cortar el pelo. Almorzamos en un sitio cerca del hotel, pegado al malecón, de madera pulida y con su propio dique de cemento, en el que había un mural descolorido con criaturas marinas. Comimos en la terraza y había un grupo de adolescentes congregados junto al mural, fumando y pavoneándose, y Rocky agachó un poco la cabeza y miró hacia otro lado. Sólo le dio un par de bocados a su hamburguesa con queso.

Tiffany se comió sus patatas fritas con muy buenos modales y Rocky iba mirando alternativamente a su hermana y a los adolescentes; parecía que no quería mirarlos, pero no podía evitarlo. Toqueteaba la comida, echaba un vistazo a los chavales y se ponía a hacer dibujos en el ketchup con una patata reblandecida.

Yo me zampé dos hamburguesas con ayuda de una Budweiser, me recliné un poco en la silla, aspiré el cálido aire marino y lo retuve en los pulmones.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—¿Eh? —Dejó la patata frita—. O sea, gracias.

—¿Qué te parece todo esto? Tiene buena pinta.

—Está bien.

—Apuesto a que a ella le va a gustar la playa.

—Sí.

Cruzó los brazos encima de la mesa, miró a Tiffany y le dedicó una sonrisa forzada y fugaz.

—Yo diría que por aquí podrás conseguir trabajo como camarera. Eres guapa. Te contratarán.

—Tal vez.

Un camarero con unos holgados pantalones cortos retiró los platos y le preguntó a Rocky si quería que le preparase lo suyo para llevar. Ella le dijo que no, pero yo le pedí que nos lo envolviese. El chico se marchó y ella apenas levantó la cara mientras jugueteaba con el mantelito de papel individual.

Eché un vistazo a las paredes: había redes de pescar colgadas de la fachada, con cangrejos y langostas de plástico enganchados, un pez espada encima de la puerta y recortes de prensa enmarcados que hablaban del huracán de 1900. Aquí el pasado siempre reaparece. Las superficies están permanentemente sometidas a la erosión.

—¿Qué te pasa? —le pregunté a Rocky.

Parecía dolida por algo.

—¿A qué te refieres?

—Estás enfurruñada.

—No lo sé. Bueno, a veces me da por ahí. —Se le humedecieron los ojos al decirlo—. Hasta ahora estaba bien, procurando no pensar demasiado. Es un poco por todo. Ya sabes.

—Sí.

—Es por eso. Por todo lo que ha pasado desde anoche.

—Nos irá bien. Nadie va a encontrarnos.

Tiffany alzó rápidamente la mirada y me señaló con el dedo la barba.

—¡Yo te he encontrado!

—Lo sé —me dijo Rocky—. O sea, creo que tienes razón. Es simplemente por cómo ha ido todo. Le doy vueltas de vez en cuando. Y no me parece justo. —Se secó los ojos y se mordisqueó la cara interna del labio—. Tan sólo me pregunto si puedo esperar que las cosas cambien.

Pensé en lo que decía, saqué un cigarrillo, le di unos golpecitos en la mesa y dije: —No parece justo porque es cosa del azar. Pero precisamente por eso es justo. ¿Entiendes qué quiero decir? Es justo como lo es la lotería.

—Joder, Roy. ¿Lo dices para animarme?

Encendí el cigarrillo y me aparté un poco de la mesa para poder estirar las piernas.

—Sí —dije.

—Pues a mí no me sirve.

Se le enrojecieron las mejillas y la nariz y pestañeó para contener las lágrimas.

—Y sin embargo, fíjate, funciona en los dos sentidos. Mañana podrías convertirte en millonaria y encontrar al hombre de tu vida.

Me parecía imposible, pero intenté sonar convincente.

—Ya, sí, seguro.

Empezó a doblar y desdoblar el mantelito y fijó la mirada más allá del dique, en el océano. Ahora parecía especialmente pequeña y demasiado joven y frágil, recortada contra el telón de fondo que formaban unas alargadas nubes rojizas y el cielo dorado. Contemplé a Tiffany dibujando con los dedos en su ketchup. Me miró, me enseñó las manos sucias y se echó a reír, se chupó los dedos y volvió a plantarlos encima del ketchup.

De regreso al motel, compré un periódico para que Rocky pudiese ojear los anuncios clasificados. Quería que volviera a pensar en el futuro, sobre todo porque me parecía que así me sería más fácil dejarlas. Tiffany empezó a dar cabezadas en cuanto llegamos al motel y a Rocky se le cerraban los párpados, exhausta de pronto, así que nos fuimos rápidamente cada uno a su habitación.

Había un *pack* de seis cervezas vacío junto al bordillo, como si esperara el autobús. Al otro lado del aparcamiento había un hombre descamisado, sentado en el escalón de la puerta de una habitación con la cabeza entre las manos.

Cerré la puerta. Antes de enchufar la maquinilla, cogí mi navaja y me corté la melena que me colgaba por el cogote. La sostuve un momento en la mano porque estaba un poco sorprendido de lo larga que era y sentí que acababa de perder una parte de mí más importante de lo que creía. La tiré a la papelera y encendí la maquinilla. Coloqué las cuchillas de medio centímetro, me rapé la cabeza y después, con la misma medida, repasé también la barba, de modo que la mandíbula y el cuero cabelludo quedaron cubiertos con la misma capa de pelo pajizo.

Me enfrenté a mi cara. Mi reflejo resultaba ser siempre lo que esperaba y nunca se parecía a lo que me habría gustado, pero esta vez el efecto fue terrible: las amplias zonas de piel que el pelo ya no cubría, la nariz pequeña y torcida, la hendidura de la boca y la barbilla ancha y cuadrada. Me había pasado la vida esperando vagamente ver otra cara detrás de esta máscara pétrea que Loraine comparó en una ocasión con los rasgos de un tótem choctaw. La comparación, acertada ya en mi juventud, lo era mucho más ahora, con la frente más ancha y el pelo retirado en unas entradas pronunciadas, los ojos más hundidos y las mejillas flácidas. Los ojos me resultaban particularmente extraños. Marrón oscuro, muy separados, parecían más grandes sin tanto pelo. Pero, hasta donde yo recordaba, era como si mi verdadera cara no hubiese aparecido todavía, como si en mi interior existiera otro rostro, con unos rasgos más elegantes y puros, un mentón afilado y una nariz romana, el busto de algún centurión que conquistó el mundo antiguo. Hacía ya cuarenta años que iba por el mundo con esa cara y una parte de mí todavía esperaba ver al otro tipo en el espejo.

Me pasé una mano por el cabello raso y pensé en los pacientes de quimioterapia.

Dejé el televisor apagado y me tumbé en la cama. En el techo había manchas de humedad que parecían pequeños continentes aún no descubiertos y me vino a la cabeza la imagen de algas creciendo en mis pulmones en una

sucesión de erupciones.

Me pregunté si las cosas se pondrían muy feas y me pregunté cómo me las arreglaría cuando llegara ese momento.

Había guardado en la caja de seguridad mi Colt y la pistola que había cogido Rocky, junto con el dinero, y la había metido en el fondo del petate. Una bala resultaba más atractiva que la perspectiva de ir enfermado progresivamente, pero el problema con el suicidio es que, para cuando uno se decide a llevarlo a cabo, la situación ya es desesperada. Y para ser sincero, me daba miedo, aunque en mi vida había hecho montones de cosas que me daban miedo.

Beber hasta morir en México también tenía su atractivo.

Pero, en cualquier caso, la ironía de la situación me fastidiaba. Yo era el único tío que había quedado en pie en aquel vestíbulo. ¿Por qué el único que había salido vivo de allí tenía que ser el que de todos modos ya contaba con morir?

Y lo más raro de todo era que no sentía ninguna urgencia por vengarme. Lo cual no es precisamente habitual en mí.

Creo que incluso una parte de mí estaba encantada de haber dejado atrás todo eso, los apostadores, los yonquis, Stan Pitko y los armenios, y que en realidad ya llevaba algún tiempo sintiéndome así y ése era el verdadero motivo por el que me había procurado los documentos de identidad falsos.

Ya lo había dejado.

En el exterior de la habitación los insectos emitían sus chirridos y el mundo empezaba a teñirse de tonos oscuros, rojizos y azulados que se filtraban a través de las cortinas; esos colores me hicieron pensar en la esquina de una calle en Hot Springs, años atrás, y el ruido de los bichos y el leve susurro del mar se sumaban al zumbido del aire acondicionado. Desde el otro lado de la ventana llegó la voz apresurada de una mujer, que se reía, y oí que alguien tropezaba y una botella se rompía.

Cerré los ojos y allí estaba Carmen, sonriendo con la cara vuelta por encima del hombro. Loraine arañándose. Recordé que en la esquina de Hot Springs las luces rojas y azules se reflejaban en un charco y yo llevaba un rato sentado en el bordillo, como el tipo al que acababa de ver al otro lado del aparcamiento. Con las rodillas dobladas, la cabeza entre ellas y los nudillos ensangrentados.

Durante mi estancia en el reformatorio: calentaba un cepillo de dientes con cerillas hasta que saltaban las cerdas e incrustaba una hoja de afeitar en el plástico reblandecido.

Cuando tenía diecisiete años y trabajaba como ayudante de barman en el garito de Robicheaux, una vez un viejo minúsculo se pasó toda la noche bebiendo solo, sin hablar con nadie, y alrededor de la medianoche vi cómo se caía de su taburete. Se abrió la cabeza y murió allí mismo, a los pies de todo el mundo.

Abrí los ojos.

Aquí las cosas no resisten mucho tiempo. El salitre se mete por todas partes, hace saltar la pintura, oxida los guardabarros, corroe las paredes. La habitación estaba impregnada de él, y contemplando las manchas de humedad del techo vi ciudades y campos arrasados por la erosión.

Estás aquí porque esto aparece en el mapa. Los perros resuellan por las calles. La cerveza no aguantará fría mucho tiempo. La última canción nueva que te gustó salió hace mucho, mucho tiempo, y ya nunca la ponen en la radio.

Alguien llamó a la puerta con suavidad y yo me incorporé. Rocky estaba plantada bajo la luz fría de la bombilla de sodio de una farola, en camiseta y con unos *shorts* azules ceñidos y recortados hasta el nacimiento de las piernas. Se abrazaba a sí misma, tenía la nariz y las mejillas enrojecidas y los ojos irritados.

—Roy.

Entró, cerré la puerta y encendí la lámpara. Me senté frente a ella en la cama. Flexionó las rodillas y dobló las piernas hasta apoyar los pies en el borde de la butaca; como me resultaba difícil soportar la visión que esa postura me proporcionaba, tuve que tomar la precaución de desviar la mirada a un lado. Se sorbió los mocos y se abrazó las rodillas.

—¿Qué problema tienes?

—Mírate. Te ha desaparecido el pelo.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. He estado pensando.

—Has tardado lo tuyo.

—Es cierto. —Se rió entre dientes, se sorbió los mocos y se apartó un mechón rubio de la frente—. Sólo pensaba. Me preguntaba... ¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta.

—Pues yo tengo dieciocho, colega. Eso no es nada. ¿Verdad? Quiero decir que no importa lo que ha pasado hasta ahora.

—Dieciocho no es nada. Si quieres, tienes tiempo de empezar una nueva vida tres o cuatro veces.

Al decirle eso me sentí, por primera vez, demasiado joven para morir. Es la queja más tonta que pueda imaginarse. Recordé que todo el mundo decía lo mismo cuando yo les hacía una visita con los guantes puestos y la porra en la mano. «Espera, espera», decían. Espera.

Rocky tenía los ojos húmedos y se había puesto la nariz en carne viva de tanto frotársela. Miró hacia la ventana, por la que se colaban haces de luz como cuerdas de harpa entre los resquicios de las cortinas, y su mirada se concentró en algo que quedaba más allá.

—Cuéntame algo, Roy. Necesito que alguien me hable, colega.

Yo no dije nada. No podía dejar de mirar sus piernas, sus muslos. El deseo siempre resultaba vagamente humillante.

—¿Qué hacías tú a los dieciocho, Roy?

Saqué un cigarrillo y le ofrecí otro a ella. Encendí los dos. Y empecé a contarle: —Trabajaba en un bar y me encargaba de hacer apuestas de seguridad por el sur, fundamentalmente en Luisiana, Arkansas y Misisipi.

—¿Y eso qué es?

—Consiste en apostar a algunos caballos para distorsionar los resultados.

—Ya.

Seguían llegando sonidos del exterior y el humo de nuestros cigarrillos ascendía y chocaba contra las descoloridas islas del techo. Música de radios de coche a una manzana de allí, una mujer que bajaba por la acera hablándole a gritos a un hombre de *res-pon-sa-bi-li-da-des*, recalcando cada sílaba.

—¿Cómo te metiste en eso? —me preguntó Rocky.

Me encogí de hombros.

—Se suponía que tenía que alistarme en los marines.

—¿Ah, sí? —Dobló las piernas plegándolas bajo el cuerpo y me miró directamente a los ojos. Tenía la nariz y las mejillas moteadas de pecas claras y los ojos, humedecidos, parecían más grandes—. ¿Qué quieres decir?

—Cuando cumplí los diecisiete, tomé el autobús para ir al centro de reclutamiento. Llegué. Esperé sentado un par de horas. Había un montón de chicos. Iban acompañados por sus padres y madres, y llevaban vaqueros tan raídos como los míos. Camisas remendadas. Tenían las manos encallecidas por el trabajo en las granjas. Los propios padres y madres no podían sacudirse toda la tierra que llevaban encima. Vi a los reclutadores hablar con los padres. Se dedicaban a eso. Apenas hablaban con los chicos. Sólo hablaban con los padres. «Le enseñaremos esto, aprenderá esto otro, volverá hecho un hombre.» Ya sabes. No me gustó que sólo hablasen con los padres. No me gustó que aquellos otros chicos se limitaran a esperar en un rincón, como caballos en una subasta. Y yo, de todas formas, ya había pensado en hacer algo. Algo diferente.

Me callé un momento y sostuve el cigarrillo en vertical, con el hilillo de humo ascendiendo. Parecía una de las torres de la refinería que se veían al otro lado del lago donde me crié.

—¿Qué? —preguntó Rocky—. ¿Qué otra cosa habías pensado hacer?

—Había un sitio en Beaumont en el que había trabajado mi madre antes de que yo naciera. Me había hablado mucho de él. Un bar llamado Robicheaux's. Me contaba lo gran tipo que era su antiguo jefe allí, Harper Robicheaux. Era su prototipo de hombre. Me contaba que ella cantaba en aquel local de vez en cuando. Y entonces se ponía a cantar. En casa.

—¿Cantaba bien?

—Sí. Supongo que lo dejó cuando llegué yo.

—Bueno, y entonces, ¿qué hiciste?

—Me largué de la oficina de reclutamiento, tomé un autobús a Beaumont y di con ese lugar. Robicheaux's. En realidad se llamaba Robicheaux's-on-the-Bayou. Entré y descubrí que ese hombre del que ella me había hablado, Harper, era el propietario. Tuve que esperarlo un rato. Tenía pinta de tipo

poderoso, más bien turbio pero afectuoso y con un montón de amigos. Le conté quién era mi madre y fue amable conmigo. Me preguntó qué tal estaba ella y pareció entristecerse cuando le informé de que había muerto. Me preguntó qué quería y le dije que un trabajo. Así fue como empecé. Trabajé en su bar durante un tiempo, y cuando decidió que yo era listo me puso a cargo de lo de las apuestas.

Rocky dio una calada y se toqueteó una uña del pie.

—¿Con quién vivías antes de empezar a trabajar en el bar?

—Con el señor y la señora Beidle. Tenían un hogar de acogida.

—¿Tu madre se había largado?

—Había muerto años antes. Enfermó.

—¿De lo mismo que tienes tú ahora?

—No lo sé. Tal vez.

Apagué el cigarrillo y seguí con la mirada la línea color sangre, causada por la humedad y la sal, que recorría todo el zócalo de la habitación. Mary-Anne no había enfermado, o al menos no desde luego como yo ahora. Cuando yo tenía diez años, las personas que pasaban por el puente de la I-10 dijeron que habían intentado impedirlo, pero que ella se había dejado caer desde la barandilla. «En silencio», dijeron. Uno o dos de los testigos corrieron hasta la barandilla y la vieron caer, con el vestido hinchado por el aire, unos cien metros hasta el suelo.

Siempre me he imaginado a mí mismo cayendo. Parece una distancia muy considerable para caer sin soltar algún grito.

—¿Y tu padre? —me preguntó Rocky.

—Era un buen tipo. Había sido marine. En Corea. Murió. Pero no en Corea. En una refinería. —Me encogí de hombros—. Fue hace mucho tiempo.

Yo ya tenía veintitantos cuando deduje que John Cady debía de saber que yo no era su hijo. Él medía metro setenta y yo a los quince ya llegaba al metro noventa, y no tenía el cabello oscuro como él y Mary-Anne, ni mi barbilla se parecía a las de ellos, aunque él siempre aceptó que lo llamase «papá».

—Ese tal Robicheaux, ¿te caía bien, no? Lo noto. Por tu manera de hablar de él.

—Sí, supongo que no me caía mal. Se quedó pasmado cuando nos conocimos.

—¿Por qué?

Entorné los párpados y suspiré, aunque en realidad no me estaba molestando nada contar cosas que nunca había contado a nadie. Empecé a tirar de las botas para quitármelas.

—Bueno —gruñí—. Era un tipo grandullón, como yo; de hecho, se parecía bastante a mí. Teníamos la misma cara. Le sorprendió que tuviésemos la misma cara.

—¿Se parecía a ti?

—Era clavado.

Rocky se lo pensó un instante, pero creo que no me entendía, porque dijo:

—Qué raro. ¿Y qué carácter tenía?

—Era listo. Caía bien a la gente. Hacía buenos negocios con los italianos en la costa, en Nueva Orleans, y con muchos moteros de Arkansas y Texas.

—Ajá. ¿Y qué le pasó?

—Alguien lo hizo saltar por los aires.

—¿Lo hizo saltar por los aires?

—Es lo que acabo de decir.

—Lo siento, Roy.

—No pasa nada.

—Lo siento. —Apagó el cigarrillo y deslizó las manos debajo de los muslos, estiró las piernas y los músculos se tensaron como la amarra de un barco.

Me rasqué la rodilla y me palpé mi rostro nuevo, la flacidez de la piel.

—Creo que la he jodido bien jodida —dijo Rocky.

—No tienes por qué verlo así —le aseguré.

Me puse en pie y fui hasta el lavabo, bebí un poco de agua del grifo y me lavé la cara; en el espejo, mi nuevo aspecto empezaba a parecerme normal.

Rocky volvió la cabeza para mirarme.

—¿Habías matado a alguien antes, Roy? Aparte de esos tipos de la casa.

Me sequé la cara y volví a la habitación.

—A un par.

—¿Y cómo lo llevas?

—Déjame en paz.

—Perdón.

La decepción en su mirada fue como una punzada. La muerte estaba volviendo innecesarios todos mis hábitos, mis viejas coherencias. Ciertos comportamientos estaban modificándose. Como mi nueva afición a hablar demasiado.

—Lo llevo como lo llevaría un soldado —le dije—. Los tipos que me he cargado no eran transeúntes inocentes. No estaban donde estaban por causas ajenas a su voluntad. Tal como yo lo veo, esa gente había creado problemas que requerían mi intervención. Ellos se lo habían buscado.

Rocky se sorbió los mocos, aspiró aire por la boca y se toqueteó los dedos de los pies.

—Me ha dado por pensar que vas a dejarnos aquí.

No le respondí. Sin embargo, me quedé de pie para que se diera cuenta de que era hora de volver a su habitación.

—Colega, si vas a hacerlo, dímelo. O sea, lo entiendo. Es lógico. Aunque estés enfermo. No tiene sentido quedarse. No me cabrearé ni nada.

—Encontrarás trabajo. Cuidarás de Tiffany. Te tocará la lotería.

—Antes estaba mirándola y he pensado que ibas a dejarnos y que todo lo que he hecho ha sido un desastre. Incluso lo de seguir a aquel tío, Toby. El marica. Creía que saldría bien. Qué desastre. —Contempló el cigarrillo, que todavía humeaba—. Pero... ¿sabes qué, colega? Para mí todo ha sido un

desastre desde el principio.

—No voy a marcharme todavía —le aseguré.

—Bueno. —Suspiró—. Mi desastre no es cosa tuya. Es cosa mía.

—Al final, te irá bien.

—Allí nunca cambiaba nada, ¿sabes? Siempre hacía calor. Los mismos prados, la misma hierba. Nada que hacer. Vi pasar el resto de mi vida. Día tras día así.

—Yo también vivía en un sitio así —le confesé.

Lo dije con un punto de vergüenza, algo de rabia por seguir hablando con ella y sobre todo por la sensación de que tenía ganas de hablar de aquellos campos yermos inundados por el sol, de Loraine y de Carmen. Quería hablar de ellas, pero no sabía qué decir.

—Hoy, cuando miraba a esos chavales en la playa —comentó ella—, no paraba de pensar que sólo quería una vida de verdad.

—Todas las vidas son de verdad.

—Ya sabes a qué me refiero. También quiero que Tiffany la tenga. Un lugar estable.

—Entonces, eso es lo que sucederá.

Ya no tenía lágrimas en la cara. Sonrió y al hacerlo entrecerró los ojos.

—Estás muy raro sin pelo.

—Ni yo mismo me reconocía. Supongo que eso es bueno.

—Ya no tienes pinta de psicópata, como antes.

Subí el aire acondicionado y el zumbido aumentó de volumen y los cristales de la ventana vibraron.

—Deberías dormir un poco. Ya pensaremos en algo mañana.

Estiró un brazo para que le cogiese la mano y la ayudase a levantarse, y durante un segundo entornó los ojos con una mirada juguetona, y eso me fastidió. Ella se percató de que no me hacía ni pizca de gracia, paró y se dirigió muy lentamente hacia la puerta. No pude evitar clavar una mirada en los *shorts* que, después de todo ese rato sentada, le marcaban la raja del culo.

Se detuvo y dijo:

—Si quieres marcharte, no hay ningún problema. En serio. Ya has hecho mucho por nosotras, Roy. Puedes seguir tu camino. Ya nos las arreglaremos.

Abrí la puerta y le dije:

—Puede que lo haga.

El hombre que antes estaba sentado en el escalón de su puerta se había trasladado a una zona con hierbajos junto a la acera, cerca de una farola. La luz dibujaba encima de su cabeza una tienda de campaña en la que hervían los mosquitos.

Rocky se volvió hacia mí antes de entrar en su habitación, pero no llegó a articular palabra.

—Si sigo aquí por la mañana —le dije— es que todavía no me he ido.

Cerré la puerta. Ahora que volvía a estar solo, sentí de nuevo cierto desasosiego. Pasé todos los canales del televisor cuatro o cinco veces. Doblé

toda mi ropa y la metí en la cómoda, una prenda tras otra, y después las saqué todas y volví a guardarlas en el petate. Me vine abajo y me puse a limpiar mi 38 con un lápiz y un paño. Tenía la sensación de que me faltaba algo, algo difícil de definir, pero cuya ausencia notaba.

Tenía la sensación de haber metido la pata al hablar tanto.

Parecía que en el Emerald Shores había unos cuantos huéspedes fijos. La ranchera con los neumáticos de repuesto era de la familia de la habitación número 2. El tipo de la moto, en la 8, era el que tenía las ventanas tapadas con papel de aluminio. Dos mujeres mayores compartían la 12 y eran las propietarias del novísimo modelo de Chrysler con los amortiguadores tan reventados que hincaba el morro como un caballo de carreras agotado. Por la mañana, enfrente del motel apareció un tipo que freía salchichas en una pequeña barbacoa con carbón de la que salía una humareda grasienta y de olor intenso que se esparcía por todos lados. Estaba sentado en una silla plegable y me hizo señas con la mano.

Era un tipo mayor, desgarrado, con una cinta en la cabeza, sandalias y camiseta de tirantes estampada con un anuncio de cerveza Corona. El olor me abrió el apetito, me acerqué a él y vi que tenía una pequeña pila de platos de cartón a sus pies.

—Éste es el tipo de desayuno que ofrece la casa, tío. Me llamo Lance.

Cogió un plato y puso dos salchichas en él.

—¿Trabajas aquí?

—No exactamente. Estuve casado con Nancy. La mujer de la recepción, ¿sabes? Me deja vivir aquí. Y me encargo de preparar el desayuno para los clientes. En el motel no hay cocina, así que uso la barbacoa.

—De acuerdo, gracias.

—Me contó que has venido con dos chicas. Ellas también pueden comer algo si quieren.

Oí que se abría una puerta y salieron dos niños de la habitación 2, seguidos por su padre. El tipo tenía el pelo revuelto, la cara colorada e hinchada y los ojos enrojecidos y brillantes.

Lo primero que hizo fue observarme con detenimiento.

Dio una colleja al niño y le dijo:

—No te cueles delante de tu hermana. Deja que ella coja el suyo.

Los niños parecían deslumbrados por el sol y entrecerraban los ojos, como si acabasen de salir de una cueva. Lance les sonrió y sirvió las dos salchichas, primero a la niña y después al chico.

Yo acababa de terminarme las mías cuando el padre les dijo: —Ahora id a la habitación.

—Mamá ha dicho que le llevemos una.

—Tu madre no necesita ninguna salchicha. Dile que lo he dicho yo.

Cogió el plato que le ofrecía Lance y no les quitó ojo a los chicos mientras volvían a la habitación. Tenía una cara enorme, larga y ancha, una barbilla como un canto rodado y un cuello grueso y terso que le borraba el perfil de la mandíbula. Llevaba el pelo largo y despeinado, una camiseta blanca de tirantes y unos vaqueros tiesos y mugrientos ceñidos a una panza tan voluminosa que le curvaba la espalda hacia dentro.

—Buenas —dijo Lance.

—Sí —respondió el hombre—. Buenas.

Se comió media salchicha de un bocado. Quería dejar claro que era un tipo duro. Tenía una mirada paranoica y simplona. Sin duda había sido el gallo del gallinero, pero ahora la musculatura de sus brazos se había reblandecido y parecían los muslos de una anciana.

—Acabo de enterarme de que no hay nada en la Kestrel —me dijo—. Así que vaya fiasco.

Miré a Lance y de nuevo al tipo de la 2.

—No sé qué es eso.

—Es una plataforma en alta mar. Hemos venido aquí porque se suponía que iba a trabajar para la petrolera Cities Service. Pero llego y me dicen que no me habían contratado. Les explico que recibí una carta. Y me dicen que la carta no dice lo que dice. —Miró a Lance para que corroborara sus palabras—. Y eso que la he conservado.

Se acabó las salchichas y tiró el plato de cartón al suelo del aparcamiento. Vio que yo sacaba mi paquete de cigarrillos.

—¿Puedo pedirle uno?

Se lo di.

—¿De dónde es usted? Me imagino que trabaja en alguna plataforma.

—No. Estoy de vacaciones.

—¿De dónde viene?

—De Luisiana.

—¿De qué parte?

—De Nueva Orleans.

—Lo siento por usted. He estado allí. Demasiada lluvia y demasiados católicos y negros.

—Hay gente que no lo resiste —le dije—. Pero sólo hay que saber dónde pisas.

—Conocí a un chico de Nueva Orleans. Se pegó un tiro en el muslo. Ese chaval estaba loco.

—Por eso debieron obligarlo a marcharse.

Frunció el ceño mientras intentaba desentrañar lo que yo había pretendido decir. Vi que acababa de aparecer otro huésped, el de la moto, el de la habitación 8, la del papel de plata pegado al cristal de la ventana. Era joven y flacucho, con melena, y se mantuvo a cierta distancia, observándonos a través de sus gafas de sol. El otro tipo todavía me miraba, intentando entender qué había dicho yo exactamente para insultarlo.

—¿Cuántos niños tiene usted en esa habitación? —le pregunté con sorna.

—Sólo esos dos. Y a mi mujer. —Meneó la cabeza de lado a lado—. Cada día está más gorda. —Buscando mi complicidad, empezó a hablar de su esposa. Llevaba unos días sin salir de la habitación porque él le había hecho un comentario sobre el traje de baño—. Quiere hacerse la ofendida o algo por el estilo. Ya sabe cómo se ponen.

Tiré el cigarrillo y volví a la habitación. El chico de la 8 se había inclinado para preguntarle algo a Lance y el otro tipo seguía allí plantado mirando a su alrededor, dándose la vuelta, perplejo porque nadie estuviese escuchando sus comentarios sobre su mujer.

Al cerrar la puerta vi que el chaval de la melena estaba mirándome y le devolví la mirada.

Sonrió como si fuéramos viejos amigos. Hizo el gesto de dispararme con el dedo.

Las chicas desayunaron y se vistieron, pero después no sabíamos muy bien qué hacer. Imaginé que a la pequeña le gustaría ir a la playa, así que me puse unos vaqueros gastados y una chillona camisa hawaiana que había comprado junto con unas sandalias el día anterior, y me las llevé a la playa. No había ninguna razón que me obligase a hacerlo, pero tenía que matar el tiempo y me apetecía ver cómo reaccionaba la pequeña ante el mar y la arena. Sentía curiosidad.

El padre de la número 2 estaba plantado fuera de la habitación con una cerveza Michelob y me saludó con un movimiento de cabeza cuando salíamos.

—Bonita camisa —me dijo, alzando la barbilla.

Recorrimos cinco manzanas y cruzamos una mediana hasta llegar a una pequeña playa que había detrás de la carretera. Había hojas de periódico y envoltorios de comida que, atrapados en los hierbajos, se agitaban al viento, y unas matas frondosas de pasto llorón marcaban el borde del talud de avena que descendía hasta el océano. Tiffany sonreía, avanzaba dando saltitos junto a Rocky y señalaba: las olas del océano se adentraban en la playa y retrocedían una y otra vez.

Mientras se despojaba de sus *shorts* y su camiseta, Rocky se percató de que estaba mirándola y yo aparté la vista. Su biquini era bastante exiguo, cuatro triángulos de tela roja, y al verlo se me aceleró la respiración. Curvas insinuantes y esbeltas líneas dibujaban su cuerpo, sus músculos de bailarina ligeramente enrojecidos por el sol contrastaban con su pálida piel; tenía las mejillas y la nariz un poco coloradas y el sol arrancaba reflejos dorados y blanquecinos de su cabello. Se acuclilló y dobló su ropa sobre la arena con una meticulosidad que me resultó profundamente erótica. Era ancha de hombros para su estatura y su espalda era una rocosa extensión de músculos,

de esos que uno tiene que trabajarse.

Me recosté en la arena. Había llevado conmigo dos latas de Coors y abrí una mientras Tiffany echaba a correr hacia el rompiente, completamente maravillada y casi tropezando con sus propios pies. Rocky la acompañó hasta el agua y las olas las perseguían playa arriba entre las risas de la niña, que parecían cascabeles, un sonido de pura emoción que no tenía nada de bobo.

Cuando el agua salpicó a Rocky, la tela se le pegó a la piel como un pañuelo de papel húmedo y pude vislumbrar sus pezones y la hendidura del culo. Me saludó con la mano y permaneció allí con su hermana mientras las olas rompían contra ellas, cubriéndolas de destellos, y la niña no paraba de reír entre chillidos, y tras ellas las aguas azules y purpúreas se extendían de tal modo, entre pinceladas de espuma, que resultaba fácil imaginar un tiempo en que todo el planeta era tan sólo océano y cielo. Pero de pronto se interpuso ante el horizonte una lancha que arrastraba a un esquiador acuático y entre la bruma que se extendía hacia el este vislumbré la silueta de una plataforma petrolífera.

Las chicas volvieron a la orilla. Rocky se sentó con Tiffany para enseñarle a hacer castillos de arena. Tiffany señaló hacia el golfo y dijo:

—¿Qué hay detrás de eso?

—El océano.

—¿Y eso qué es?

—Más agua.

—¿Y qué hay detrás?

—Oh, calla —dijo Rocky, y le hizo cosquillas en los costados.

Rocky tenía las piernas extendidas mientras amontonaba la arena húmeda, y se hacía difícil no mirarla, así que dirigí mi atención a otras cosas que había por la playa. Una mata de hierbajos entre los que brillaba algo. Un par de niños rollizos que se lanzaban corriendo al agua. Las gaviotas que planeaban en el cielo aprovechando los vientos térmicos y bajaban en picado hasta meter el pico en el agua. Una cometa con todos los colores del arco iris que volaba sostenida desde lejos por alguien a quien no alcanzaba a ver. La cometa se bamboleaba, danzaba y daba vueltas trazando pequeños círculos, y al verla Tiffany lanzó un grito ahogado y la señaló.

Apareció por allí un grupo de muchachos jugando con una pelota y todos se callaron y se quedaron mirando a Rocky al pasar. Ella se dio cuenta y se puso a enseñar a Tiffany a compactar la arena.

Me quité la camisa y me tendí en la arena. Traté de imaginar a mis células almacenando la luz solar.

—¿De qué son estas cicatrices? —me preguntó Rocky.

—¿Cuáles?

—Las redondas del costado.

Me palpé los socavones de la piel, manteniendo los ojos cerrados para que el sol no me cegase.

—Cartuchos de posta.

—¿De una escopeta?

—Me dispararon de lejos. Son las marcas de los perdigones.

—¿Y esta otra? La del hombro.

—Un cuchillo.

—Debía de ser un cuchillo muy grande.

—Lo era.

—¿Y esa en la pierna?

—Un perro.

—Lo sabía. Estaba segura de que era el mordisco de un perro. ¿Lo mataste?

—¿Al perro?

—Sí.

—No me acuerdo.

Pero sí me acordaba.

Esperé a que me preguntase algo más, pero, al ver que no decía nada, eché un vistazo entreabriendo los párpados y vi que se había puesto a jugar de nuevo con Tiffany.

Después de acabarme las cervezas, di una cabezada y cuando me desperté Rocky estaba echada boca arriba, tomando el sol a mi lado. Tenía gotas de agua y arena adheridas a la piel y el sudor había formado un pequeño charco en su ombligo. Debía alejarme de allí, así que me dirigí al agua.

Tiffany soltó un chillido de entusiasmo y corrió detrás de mí, dando saltitos. La cometa del arco iris seguía ahí arriba, asestando sacudidas y cuchilladas a la claridad dorada del aire.

La pequeña se detuvo en el rompiente, levantó los brazos y gruñó como si con un esfuerzo pudiera subirse a mis hombros. La levanté y la sostuve por encima de las olas, haciendo ver que iba a lanzarla al agua, y ella se puso a gritar y reír al mismo tiempo. Yo también tuve ganas de gritar, pero no lo hice. Le tapé la nariz y me lancé con ella contra las olas, sosteniéndola en alto mientras yo me sumergía y el agua salada me envolvía; ella reía y escupía y boqueaba perpleja, insegura, y me pedía que volviéramos a hacerlo.

Durante el resto del día, seguí sintiendo el peso de su cuerpo en mis manos, ligero pero denso, sus tirones y sus patadas. Volvimos a la orilla y de vez en cuando la pequeña hacía gestos que parecían propios de una mujer adulta, como colocarse el cabello mojado por detrás de la oreja o recolocarse bien el bañador con expresión concentrada y seria.

Rocky seguía tumbada en la arena, resplandeciente.

Recuerdo que un colega mío me dijo en una ocasión que cada mujer a la que amabas era, al mismo tiempo, la madre y la hermana que no tenías, y que lo que realmente perseguías siempre era tu parte femenina, tu animal femenino o algo por el estilo. Aquel tío podía decir cosas como ésa porque era un yonqui y leía libros.

Cuando regresábamos al motel me fue imposible evitar quedarme rezagado y contemplarla con ese bañador desde detrás, pero creo que no hubiese sido capaz de tocarla.

Comimos, ya por la tarde, gambas fritas y bocadillos de ostras rebozadas, y después las llevé a la zona de ocio que había junto a los muelles. Jugaron a los topos locos, al comecocos y a lanzar aros. Mientras, yo me paseaba por el muelle, pero sin perderlas de vista.

A lo largo del muelle había algunos negros sentados con cañas de pescar y abajo, en la playa, se veía un bote de remos boca abajo. Tenía un agujero, a través del cual me llegaron los maullidos de un gato mientras observaba los miles de boletos de tómbola de color escarlata que había esparcidos por la arena.

Más tarde, por la noche, vimos una película por la tele, creo recordar que de Richard Boone, y cuando las dejé parecían cansadas y contentas, y me di cuenta de que eso me hacía sentir bien.

De vuelta en mi habitación, seguía contento por cómo las había dejado en su cuarto.

Pero entonces algo que no podía expresar con palabras me inquietó. Como si me hubiera olvidado de algo importante, pero no supiese de qué.

Salí de la habitación y eché un vistazo al cielo moteado, el viento cálido sacudía las palmeras y fluía hacia el río celestial de las estrellas. Me puse a caminar.

En el sur todavía quedaban en pie viejos silos para el grano y almacenes de los tiempos en que se exportaba algodón, y algunos silos tenían reflectores. El aire estaba permanentemente impregnado del olor a sal, gambas y ostras. Un hombre ayudaba a caminar a un amigo pasándole un brazo sobre el hombro.

El ruido sordo de mis botas sobre el asfalto sonaba como la manecilla de un reloj. Un gato gris me siguió los pasos desde la otra acera durante un rato. En el banco de una parada de autobús un tipo barbudo bebía de una botella envuelta en una bolsa de papel y lloraba. Me dijo que era feliz. Había salido de la cárcel ese mismo día.

Cuando regresé a la habitación, el silencio era tal que el tictac del despertador parecía reverberar y ese sonido me recordó que era tarde, tarde, más tarde todavía.

Había pasado el tiempo. Yo ya era viejo.

Por la mañana me levanté antes que las chicas y vi amanecer en la bahía, con un leve amarilleo del agua, por la que se diseminaba la flota de camaroneros, con sus focos escuálidos y sus redes colgantes. Esos barcos se arrastraban mar adentro con el ritmo lento y coordinado de una migración animal. El sol, tanto al atardecer como al amanecer, llenaba el cielo de colores chillones, verdes, morados, rojos intensos y naranjas, irreales como las nubes de los viejos *westerns* de la MGM.

Movimientos lentos. Colores cambiantes.

Estaba empezando a fijarme en cosas nuevas.

Rocky me dijo que tal vez había llegado el día de ponerse a buscar trabajo, pero le respondí que mejor nos íbamos todos a la playa, y eso hicimos.

Esa noche conocimos a otras dos huéspedes fijas del motel, las dos ancianas que compartían el Chrysler de la antena rota. Se llamaban Dehra y Nonie Elliot, eran hermanas, lucían el mismo cabello áspero y gris con idéntico corte en forma de coliflor, vestían rígida ropa oscura como si fueran monjas y llevaban crucifijos colgados del cuello.

Lance había asado hamburguesas y yo saqué un *pack* de seis Coors. Las chicas también se apuntaron, y al ver a Tiffany desde la ventana de la habitación 12, las dos hermanas se aventuraron a salir para saludarla.

Se inclinaron para estrecharle la mano a la pequeña, que se mordisqueó el pulgar con gesto tímido.

Las hermanas tenían rostros amables y joviales, y sobrellevaban sus espaldas encorvadas con la dignidad de quien soporta una carga en silencio. La que se llamaba Dehra usaba gafas y parecía llevar la voz cantante.

Si te muestras dispuesto a hablar con la gente, pareces menos sospechoso.

—Tenemos cuatro hermanas que son monjas en las Hermanas de San José en Houston —me contó Dehra—. Vivíamos en Denton, pero vendimos la casa de nuestros padres. Teníamos intención de comprar una propiedad en Florida, pero la verdad es que hasta el momento hemos estado recorriendo Texas.

—Queríamos estar cerca de nuestras hermanas —dijo Nonie.

—Es cierto. Pero llevamos aquí tres semanas.

—Seguimos pensando en instalarnos en algún sitio fijo.

—No sé por qué, pero no somos capaces de decidarnos por uno.

Había algo infantil en ellas. Una ausencia de duplicidad en sus rostros tranquilos y asexuados.

—¿Van a menudo a la playa? —les pregunté.

—Ay, no. El sol no nos gusta mucho.

Me dijo eso mientras su hermana intentaba ofrecer un chicle con sabor a clavo a Tiffany, que se escondía, tímida, entre las piernas de Rocky. Por un instante, sentí un impulso pasajero de contarle a esa mujer lo de mis pulmones.

Lance había colocado una mesa plegable y Nancy trajo un paquete de panecillos para hamburguesa, ketchup, mostaza y platos de cartón. Lo dispuso todo sobre la mesa y me repasó con la mirada.

—Recuerdo que el otro día llevaba melena. Y mírese ahora. ¿Tiene miedo de que alguien lo reconozca?

—Aquí hace demasiado calor para tanto pelo —le respondí.

Lance dio la vuelta a las hamburguesas y dijo:

—Apuesto a que éstas van a quedar tan buenas como las de aquel sitio de Austin. El Greenbelt Grill. ¿Te acuerdas, nena?

Nancy lo miró tensando las cejas y frunció el ceño.

Él me miró y comentó:

—Es un sitio de comida tejana al que solíamos ir. —Se volvió hacia Nancy y añadió—: ¿Te acuerdas?

Ella soltó un suspiro hondo y entornó los párpados con gesto compasivo, como si Lance estuviese poniéndose en evidencia. Y se volvió a la recepción.

Ahora Tiffany estaba riéndose con las dos hermanas y les contagiaba la risa.

—Antes era muy distinta —me aseguró Lance—. Se rehabilitó antes que yo y me temo que se ha pasado un poco. Ya sé lo que estarás pensando, pero yo no veo a Nancy tal como es ahora, ya me entiendes. Veo a todas las Nancys que he conocido, y hay un montón. Le gusta que yo conozca su historia, aunque haga ver que no.

Rocky también había salido, igual que el chaval de la 8. Lucía una melena pelirroja y tenía un aire frágil, como de ratón de biblioteca, y los vaqueros raídos y las botas de motorista que llevaba parecían completamente fuera de lugar.

Se pusieron a hablar entre ellos, apoyados en la pared exterior de las habitaciones, y él dijo algo que hizo reír a Rocky. El chico llevaba una camiseta gris de manga larga y echaba un poco hacia delante sus hombros enclenques, con las manos en los bolsillos.

Vio que lo miraba y me saludó. Rocky parecía nerviosa.

Salió el padre de la 2. Abrió la puerta lo justo para salir y la cerró enseguida. Se pasó la lengua por los labios mientras examinaba la manduca.

Se quedó junto a la barbacoa, como controlando a todo el mundo.

—¡Todos queremos hamburguesas, parecemos perros hambrientos! —dijo, sin dirigirse a nadie en particular, mirando de reojo a la espera de alguna reacción, y al comprobar que no la había, trató de simular que estaba ocupado pensando algo.

—Soy Tray —se me presentó el pelirrojo.

Me tendió la mano y sus ojos parpadearon sobre unas leves ojeras grisáceas. Rocky cogió una de mis cervezas y bebió un trago.

Le di la mano al chico.

—Tray Jones —dijo, y sus ojos se clavaron en mis antebrazos, volvieron a cruzarse con los míos y parecía que quisiera decirme algo. Era tan delgado que daba la impresión de que la camiseta le pesaba—. La mayoría de la gente me llama Killer —añadió.

—Por supuesto —dije.

El padre acaparó las tres hamburguesas siguientes. Pensé en afeárselo, pero, cuando vi que se las llevaba a la habitación, me alegré de que se largase y lo dejé pasar.

Las llevaba amontonadas en un solo plato y fue echando algún vistazo hacia atrás mientras caminaba hasta la puerta y metía la llave en la cerradura y, al abrirla apenas los centímetros necesarios para deslizarse al interior, volvió a fijar la mirada en mí.

Tray Jones seguía plantado a mi lado.

—¿Has visto a los hijos de ese tío? Parece que hace mucho que no comen como es debido.

Asentí. Rocky se sentó en el bordillo contemplando a las dos ancianas, que seguían hablando con Tiffany.

Tray sacó un par de cigarrillos mentolados y me ofreció uno. Lo rechacé. Encendió el suyo y me preguntó: —¿En qué trullo has estado, colega?

—¿Qué?

—Tranquilo, tío. Nunca se me escapa un preso. Por tu manera de comerte las salchichas, tío. —Se rió entre dientes—. ¿Sabes?

Saqué un cigarrillo.

—En ninguno.

—Ah, vale. De acuerdo. —Asintió y me dio fuego. Tenía los dedos en carne viva de tanto morderse las uñas y las mangas de la camiseta le rebasaban las escuálidas muñecas. Imaginé que tendría los brazos llenos de marcas de pinchazos—. Yo cumplí en Rowan, Oklahoma —me dijo—. Hazte un favor y quédate en el sur.

—¿Qué edad tienes?

—Cumplí veintiséis en marzo.

—¿Y qué hacías en Rowan?

—Oh. —Levantó los hombros para llevarse el cigarrillo a la boca—. Unos curros con un tío con el que solía moverme. Mi colega. Nos iba de coña hasta que se metió en una pelea en un bar. La poli fue por él y quisieron registrar el coche. Yo no supe ni cómo había empezado el jaleo. Estaba dormido en el asiento trasero.

—Ajá.

—Ya tengo tres más listas —anunció Lance.

Dije a las chicas que empezasen a comer sin mí. Las ancianas acompañaron a Tiffany hasta la mesa y la ayudaron a prepararse la hamburguesa. Tray no se despegaba de mi lado.

Me preguntaba qué quería de mí ese chaval.

—Tengo gente aquí —dijo—. Tengo algunos conocidos.

No dije nada y me acabé la cerveza.

—¿Sabes a quién me recuerdas, tío? —me preguntó.

Arqueeé las cejas y abrí otra botella.

—A ese tío de las películas. ¿Cómo se llama? Salía en aquella película sobre peleas de gallos. Y en aquella otra. Aquel que iba de un lado a otro con la cabeza de un tío en el coche.

Hice memoria.

—Pero ese tío tiene cara de caballo.

—Pero no es feo, la verdad.

—Toma. —Le ofrecí una cerveza y me llevé el resto a la habitación. No tenía hambre.

El cielo era ahora de un rojo insondable y las sombras se adueñaban del

asfalto resquebrajado.

Pasada la medianoche abrí una botella de Jameson porque ya no podía dormirme si no me emborrachaba. Cuando llevaba más de media botella, el tiempo empezó a discurrir en mi mente como un caudal de agua que tan pronto se estancaba como se desbordaba: instantes perdidos, ensueños que se abrían y cerraban como cajas mágicas, de modo que me cuesta recordar la secuencia exacta de los hechos. Sin embargo, una obsesión presidía mis pensamientos. Tenía ganas de llorar, pero no lo conseguía. Al ver las radiografías por primera vez, me había largado a toda prisa de la consulta del médico, saliendo por la puerta en cuanto oí las palabras «carcinoma de pulmón microcítico».

Ahora quería saber cuánto tiempo me quedaba. Debí de llamar a información para pedir el teléfono particular del médico.

Tengo un vago recuerdo de haberme exaltado y haber maldecido y de que el hombre que me contesta al teléfono parece dormido y oigo la voz de una mujer detrás de él. Creo que tuve que recordarle quién era y quién me había enviado a su consulta.

Me parece que dije algo como:

—¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo me queda?

Él me dijo que no lo sabía, que no podía decírmelo, e intentó explicarme que era necesario hacer más pruebas, biopsias. Sí, había una aplastante probabilidad de que tuviese carcinoma microcítico. Creo que trató de convencerme de que volviera a visitarme con él.

—La última vez se fue usted corriendo de la consulta. No tuvimos ocasión de hablar en serio de las opciones de tratamiento.

Creo recordar que me ofendió profundamente su incapacidad para responder a mis preguntas, tuve la sensación de que me trataba en tono condescendiente y de pronto lo odié con toda mi alma. Admito que en ese momento ciertas conexiones cerebrales esenciales no estaban a pleno rendimiento en mi cabeza. Pero visualicé su cara rosácea y recién acicalada, su cabello gris impecablemente cortado y con raya en medio, su manera fría y ensayada de hablarme de mi muerte.

Durante un instante fue como si, en esa habitación de motel a oscuras e impregnada de sal marina, en plena noche, con mi cálido aliento pegado al teléfono, hubiese localizado al villano principal, a mi enemigo de toda la vida.

Y ahora pienso que sólo quería oír el miedo en su voz. Como en la mía.

—¡Jodido medicucho, matasanos de mierda! —le grité—. ¿Quieres que vuelva? Pues volveré. Y veremos si damos con la respuesta correcta.

Lamentó mi ira, defendió su inocencia.

—Tengo la dirección aquí mismo, capullo. El dos mil trescientos cuarenta y uno de Royale. Probablemente una mansión. Por supuesto que sí.

—¿Qué? No, no... Oiga...

—¿Tu señora sabe lo del juego? ¿Sabe lo enganchado que estás? Capullo degenerado.

—Espere, espere, oiga... Pare un momento...

Creo que fue entonces cuando colgué el teléfono de un golpetazo. Debí de lanzarlo por la habitación, porque a la mañana siguiente estaba hecho añicos junto a la pared y el cable arrancado del enchufe.

Cuando me desperté al día siguiente ya brillaba el sol, en la habitación hacía calor y la almohada estaba empapada de sudor. Iba sin camisa y tenía el pecho lleno de abrasiones enrojecidas, arañazos, como si me hubiese atacado alguna fiera salvaje. Me miré las uñas y las marcas en el pecho. La botella estaba en el suelo y me pregunté en una nebulosa qué hacía el teléfono allí tirado.

Experimenté ese horror tenebroso que aparece con algunas resacas, cuando te preguntas qué habrás hecho exactamente, en qué lío puedes haberte metido.

Pero no recordaba haber hecho ninguna llamada. Consideré que el teléfono debía de ser el típico daño colateral que sufren los objetos frágiles cuando uno bebe demasiado.

Compré varios periódicos. Uno local para los anuncios clasificados, el *Houston Chronicle* y el *Times-Picayune* de Nueva Orleans.

Un breve del *Times-Picayune* explicaba que buscaban a Sienkiewicz para interrogarlo en una investigación en marcha.

Lo que se deducía era que había desaparecido de la ciudad.

No había ninguna mención a Stan Ptitko. Nada sobre Angelo ni sobre los otros hombres o la mujer y lo que había sucedido en la casa de Sienkiewicz en Jefferson Heights.

Me pregunté qué estaría haciendo Stan. Si tendría a gente buscándonos. Cuántos serían y hasta dónde llegarían en su búsqueda. La verdad es que daba igual; éramos una aguja en un pajar.

Aún conservaba la carpeta que había cogido de la casa de Sienkiewicz, pero no me parecía que sirviera de gran cosa. Tal vez se la enviase por correo a la fiscalía antes de emprender el camino hacia México.

No paraba de repetirme que debía dejar a las chicas. Primero me planteé hacerlo en cuanto encontrase un sitio en el que pudiesen quedarse algún tiempo. Después decidí que lo haría cuando Rocky encontrase trabajo.

Desplegué los anuncios clasificados sobre la cama.

—En éste piden una azafata. Y aquí hay otro. Niñera. Se te daría bien.

Ella caminaba arriba y abajo ante la ventana. De nuevo con esos *shorts* cortitos. Nancy había encontrado algunos viejos juegos de mesa en la recepción y Nonie y Dehra se habían ofrecido a cuidar de Tiffany unas horas.

—¿Qué te parece? —dije.

—Pero... ¿cómo lo hago? —preguntó ella.

—Te vistes bien, vas y pides un impreso de solicitud. Llevas un bolígrafo y lo rellenas.

—Pero, o sea... ¿Qué pongo? Nunca he trabajado en nada, Roy.

Tuve que pensármelo.

Saqué un bloc de notas amarillo del cajón de la mesilla de noche y me di unos golpecitos con el lápiz en los dientes. Anoté dos direcciones. Una era de un bar en Morgan City, la otra de un local de barbacoa en Nueva Orleans. Ambos habían ardido hasta los cimientos en los últimos años. De hecho, yo mismo los había visto arder.

Se lo pasé a Rocky.

—Aquí es donde has trabajado. Invéntate las fechas. Simplemente les dices que estos sitios han cerrado. Y trabajaste en ellos hasta que cerraron, porque eres ese tipo de empleada... comprometida. Eres leal.

Se sentó en la cama y negó con la cabeza, como discutiéndomelo.

—No sé, Roy... No sé qué hacer. La verdad es que no tengo ni idea de cómo se hace.

—Pues vas a tener que aprender.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y perdió la mirada en el vacío. Pensé en todo lo que ignoraba de ella y en qué facetas de su personalidad la habían llevado hasta la casa de Sienkiewicz. Como poco, había acabado allí por pura insensatez, pero podía ser por algo peor.

—Sólo tienes que mostrarte encantadora cuando hablen contigo. Eso sí que sabes hacerlo.

Clavó en mí sus ojos con un parpadeo y vi en ellos la rabia, un arrebato de histeria a fuego lento. Me di cuenta de lo rápido que su risa podía volverse desesperada.

—Tienes que verlo así. Hasta el gilipollas más lerdo de este planeta es capaz de conseguir trabajo. Sólo tienes que salir y hacerlo.

Asintió y se secó las lágrimas, con la mirada clavada en las cortinas.

Pasaron sirenas zumbando al otro lado de la ventana y la cama chirrió cuando me levanté.

—Podrías quedarte un poco más —me propuso Rocky—. Las señoras van a encargarse un rato de Tiffany.

Me detuve en la puerta y ella estiró las piernas, se recostó apoyándose en los codos y la cama volvió a chirriar. Le lancé una mirada de advertencia a propósito de lo que hacía con las piernas, fuese cual fuera su intención.

—No conocí a mi padre —me explicó—. Mi madre me contó un par de historias diferentes sobre él. En una estaba en la cárcel y en la otra estaba muerto. Mi madre conoció a Gary en el club donde trabajaba. A veces yo esperaba en el asiento trasero. Cuando ella salía con alguien. Me llevaban de un lado a otro en el asiento trasero de algún coche. Siempre que tengo ganas de decir que Gary era malo, pienso que era demasiado perezoso para ser malo. Un cabrón enorme, gordo y perezoso. Cada año estaba más gordo. Se ahogaba con tan sólo tener que levantarse a buscar el mando a distancia. Creo que hay

unos tipos de pereza que son lo peor.

Me aparté de la puerta, me senté de nuevo y le ofrecí otro Camel. Ella dio la primera calada y luego se pasó la lengua por los dientes.

—Mi madre desapareció hará unos cuatro años. Bueno, Gary daba por hecho que se había largado. A lo mejor sí. A lo mejor salió una noche y nunca volvió. Yo creo que le pasó algo malo.

Tiramos la ceniza al mismo tiempo y la punta del cigarrillo de ella temblaba.

—Lo que se le ocurrió una vez... Decidió que iba a criar conejos. Vivía de algún tipo de ayuda del estado. Se había lesionado una pierna cuando trabajaba en las refinerías, así que vivía básicamente de eso. A mi madre le pareció una idea absurda. Ella entonces trabajaba en un club en Beaumont. Sé que algunas noches no volvía a casa. Así que a lo mejor sí huyó. A lo mejor pensaba en esos conejos.

Rocky cruzó las piernas y yo desvié la mirada hacia las cortinas.

—Él invirtió algo de dinero. Me obligó a salir a ayudarlo a construir unas cercas con tela metálica y a segar todo el terreno detrás de la casa con un cortacésped que tuvo que pedir prestado. Caía un sol de justicia. Nos pasamos varias semanas construyendo una especie de gallinero para los conejos, y según él bastaba con comprar unos cuantos, de esos enormes, de un tipo especial, y meterlos allí; tal vez bastase con dos, y en un par de meses ya tenías un montón de conejos. Sólo había que darles agua y comida. Y después los vendías en el pueblo. La carne y la piel, porque ese tipo de conejos tenían una buena piel. Mi madre y yo nos quedamos atónitas al ver que todo eso se cumplía. Creo que yo entonces tenía once años. No teníamos ni perros ni gatos, y me encantaba tener a todos esos conejos por allí. Eran enormes. Si los cogías por las patas delanteras y los sostenías colgando, con las traseras tocando el suelo, te llegaban hasta los hombros. En todo caso, el asunto funcionó durante un par de meses. Conejos blancos, negros y moteados. Él no paraba de hacer cuentas y anotaba el número de conejos en un papel en la mesa de la cocina, intentando calcular cuánto sacaría por la primera camada, y ya se lo estaba gastando. Pero todo eso sucedió antes de agosto, cuando el calor se hace insoportable y se seca la hierba y el terreno se convierte en un páramo. Había demasiados conejos que alimentar, así que Gary sacó de allí la mitad. Hizo que mamá y yo lo acompañásemos al lago Charles para vender esa tanda, que había metido en la camioneta en un montón de jaulas metálicas. Al final no saca tanto como esperaba. Ni de lejos. En las tiendas que venden abrigo de piel le dicen que no funciona así. Todos se las compran al carnicero, porque les sale más barato. Así que él se desespera y a mamá la desespera que al final él no gane ni de lejos lo que pensaba ganar. Recuerdo haber sentido pena por esos bichos cuando estábamos en el matadero y había animales despellejados colgados por todas partes. Él y mamá están rabiosos y él dice: A la mierda. Vamos a tomar un trago. Y van a tomárselo y yo me quedo en la habitación del hotel. En eso pensaba hace un momento ahí al lado,

en mi habitación. Estaba recordando que me quedé sentada sola en aquella habitación. Porque pasé un par de días metida allí, viendo la televisión y comiendo cereales en la barra del desayuno por las mañanas. Detesto las esperas. Ellos reaparecen al cabo de un par de días, con unas pintas horribles, cabreados, con la ropa hecha unos zorros. Huelen a rayos. Total, el dinero que había ganado Gary ya se había esfumado y mi madre tenía que volver al trabajo, así que regresamos todos a Orange.

»En eso pensaba. En la espera en aquella habitación. Como cuando esperaba sentada en el asiento trasero de un coche cerrado.

Se mordisqueó una uña y jugueteó con el cigarrillo.

—Pero los conejos de Gary... Cuando volvimos, lo primero que vimos fue que el terreno detrás de la casa estaba lleno de pájaros. Había allí un montón de pájaros, incluidos un par de buitres, y yo rompí a llorar en cuanto los vi. Gary se puso a pegar gritos y logró ahuyentar a los pájaros y yo vi que uno de los buitres arrancaba un pedazo de carne en el momento de emprender el vuelo. Todos los conejos estaban desperdigados por el cercado. Estaban tendidos en el suelo, más de una docena, inmóviles. Todos picoteados. Dedujimos que habían sufrido un golpe de calor, no tenían agua y se habían asfixiado. Recuerdo que mi madre empezó a arrearle a Gary con el bolso. Estaba tan cabreada que rompió a llorar. Yo no había dejado de llorar desde que había visto aquellos pájaros enormes al bajar de la camioneta, pero en ese momento creo que me puse a gritar. Las dos le gritábamos y llorábamos y él tenía un aire patético, gordo, resacoso y lloroso. De todos modos, él era así. Creo que fue la última vez que intentó ganar algo de dinero. Aparte de lo que sacaba vendiendo una maría de mierda que cultivaba detrás de la casa.

Se apartó el flequillo de la frente y alzó la mirada. La mueca de sus labios era vulgar, un poco desgarrada, y su manera de entornar los párpados pesadamente sobre los ojos hablaba de cosas muy concretas.

Me puse en pie y me dirigí a la puerta. Una parte de mí me impulsaba a desecharla, y fuera cual fuese la razón que me llevaba a contenerme, resultaba difícil expresarla con palabras. No me apetecía pensar en eso.

—Duerme un poco —le dije.

De vuelta en mi habitación, caí en la cuenta de que si hacía cuatro años de la desaparición de su madre, Tiffany todavía no había nacido. En eso tampoco me apetecía pensar.

Me desperté sobresaltado, con la respiración acelerada. Había luces de coches patrulla parpadeando detrás de las cortinas, flashes de color rojo y azul invadían la habitación. Las luces no iban acompañadas de sirenas, pero yo estaba ensordecido por un latido que bombeaba en mis oídos.

Salté de la cama, saqué la caja de seguridad y cogí mi 38 y cargué una bala en la recámara. Me aposté en cuclillas junto a la puerta metálica, agarrando la

pistola con ambas manos, y traté de relajar la respiración con un ritmo lento y profundo. Controlas el perímetro, delante y detrás, te concentras en encuadrar lo que tienes delante. Expulsas el aire y aumentas la presión sobre el gatillo, como cerrando la mano. Pero sin apretarlo.

Esperé la llamada a la puerta. Fuera sonaban voces lejanas, con un tono sobrio, oficial, y me acerqué a gatas hasta la ventana y eché un vistazo por una esquina.

Dos coches patrulla aparcados frente a la habitación número 2. Había otro en la calle, bloqueando la salida del aparcamiento, y entre todos creaban un carnaval paranoide con sus luces.

También había una ambulancia.

Nancy estaba fuera, en bata, con los brazos cruzados. Lance le apoyó una mano en el hombro y se quedaron los dos mirando, envueltos en las sombras moradas que rodeaban la habitación de él. Más al fondo, la puerta de la 2 estaba abierta. Era allí donde se concentraba toda la conmoción.

Al rato, dos policías escoltaron fuera de la habitación al padre. Tenía un ojo amoratado e iba a pecho descubierto, con las manos esposadas a la espalda y el enorme panzón desbordándose por encima de los vaqueros. Parecía consternado, dócil y asustado.

Justo detrás de él, dos enfermeros sacaron una camilla con ruedas de la habitación, con un bulto encima cubierto por una sábana. Un brazo de la mujer asomaba bajo la sábana y la mano era como una minúscula zarpa al final de un voluminoso corvejón. La piel adquiría alternativamente tonalidades rojas y azules en la oscuridad de la noche.

Vi a los niños contemplando la escena desde el asiento trasero de un coche patrulla; la rejilla que los separaba del asiento delantero dibujaba una cuadrilla sobre sus rostros envueltos en sombras. Cerré la cortina y me aparté de la ventana.

No podía dormir y estuve casi una hora pasando canales en el televisor, pero era incapaz de concentrar la atención en la pantalla. Las luces de la policía desaparecieron. Salí para comprobar si Nancy y Lance seguían por allí y tratar de averiguar qué había ocurrido en la habitación número 2.

La única persona que quedaba fuera era el chaval pelirrojo, Killer Tray, de pie junto a su puerta fumando un cigarrillo y con un botellín de Lone Star en la mano. Alzó la cerveza, la hizo oscilar yladeó la cabeza en un gesto de invitación.

Yo no iba a ser capaz de conciliar el sueño, eso lo tenía claro, y la perspectiva de una cerveza fría me impulsó a atravesar el aparcamiento.

—Esa mujer llevaba ya tiempo muerta —me dijo, señalando con la cabeza la habitación número 2, cuya puerta estaba sellada con la cinta amarilla de la policía.

Se metió un momento en su habitación, salió con otra cerveza y me la pasó.

—¿Se la cargó él? —le pregunté; la cerveza no estaba fría del todo, pero era igualmente reconfortante.

Se encogió de hombros.

—Por lo visto, llevaba tiempo muerta. Al final, uno de los niños le comentó algo a Nancy. —Dio una calada al cigarrillo con actitud lacónica, una reticencia que sin duda había ensayado pero no dominaba—. La poli se ha llevado a los niños. Y también a él. Le han dicho a Nancy que el cadáver de la mujer tenía moretones en el torso.

Lo que yo recordaba de ese hombre era lo desamparado que parecía y cómo se notaba que su crueldad procedía de ese desamparo.

—¿Esas chicas son tus sobrinas? —La voz del chaval tenía un tono agudo, extravagantemente cansino, tejano de pura cepa.

—Sí.

—Y estáis de vacaciones, ¿no? Hablé con la mayor. Me contó que las llevaste a la playa. Me dijo que su padre había muerto.

Asentí. Una brisa cálida movió ligeramente la cinta policial que cruzaba la puerta y las hojas de las palmeras se agitaron.

—Lo siento. —Cambió de postura y se pasó los dedos por el pelo—. Yo también he estado de vacaciones. Sin llamar la atención.

Dejé pasar el comentario y di un trago a mi Lone Star.

—¿Por qué te enchironaron, si no te importa que te lo pregunte?

Lo miré con dureza y entorné los párpados ante su pregunta.

—Vale, ningún problema, colega.

Se rascó el cuello y vi que la piel tenía arañosos, un color ceniciento y parecía llena de granos bajo la escasa luz. No había ido mucho a la playa. Su melena pelirroja tenía un aire femenino sobre ese cuerpo delgado y sus rasgos hablaban de privaciones, muestras de sus carencias. Pero tal vez tanta desolación despertó en mí cierta compasión, porque recordé lo mucho que yo tenía que esforzarme a su edad para no parecer asustado.

—Te lo pregunto —me dijo— porque quería saber si estás buscando trabajo. Si quieres ganar algo. Mientras estás, digamos, de vacaciones.

Miré de reojo a aquel chico enjuto, de tez grisácea. Arqueó una ceja con ciertas agallas, un gesto que me permitió sacar algunas conclusiones. Yo básicamente sólo quería otra cerveza.

—¿Qué me ofreces, Killer?

En su habitación, la de las ventanas tapadas con papel de aluminio, había una bolsa de basura de la que asomaban prendas de ropa y una bolsa de lavandería con cordón ajustable que parecía llena de objetos puntiagudos y pesados. Esta última tenía anudado un pulpo para engancharla a la moto. No había mucho más en el cuarto, excepto un par de libros y unas hojas con croquis encima de la mesa. En la cubierta de uno de los libros ponía *Alarmas electrónicas modernas*. El otro, de tapas blancas, se titulaba *777 y otros escritos cabalísticos*. Había páginas amarillas de cuadernos de notas con

dibujos, anotaciones a tinta y diagramas, garabatos extraños.

—Tío, sabía que te apuntarías, estaba seguro. Tengo ojo para estas cosas.

Yo, que había cogido otra de sus cervezas y encendido un cigarrillo, lo observé mientras agrupaba todas las hojas y las metía entre las páginas de los libros. Tenía una manera maniática y quisquillosa de ordenar las cosas, empeñándose en que las hojas quedasen milimétricamente apiladas por los cuatro lados y colocando los libros de modo que sus ángulos se alinearan a la perfección con la superficie de la mesa. Incluso parecía avergonzado por ello, como si no pudiese evitarlo. Sus gafas redondas de montura metálica contribuían a darle apariencia de estudiante, un aire de intelectual enganchado a la droga.

—Bueno. Aquí está, tío. Señor Robicheaux. El asunto. ¿Tú a qué crees que me dedico? Quiero decir, ¿cómo crees que me gano la vida?

Le di una calada al cigarrillo y dejé que el humo fuera saliendo lentamente de mi boca mientras lo miraba.

—Ni idea.

—Bien. Está todo aquí. Me dedico a esto, tío. Soy un ladrón, me dedico a robar y robando soy un puto genio.

Mi única respuesta fue entornar los ojos para evitar el humo que ascendía entre nosotros.

—Vale, vale. Estás pensando: ¿Y qué? Lo sé. Estás pensando: Pues estupendo para ti. Bueno, mi prioridad es no volver a pasarme una parte de mi vida en chirona. El tema es que no doy un golpe a menos que sea fiable, a menos que no haya ningún riesgo y el botín merezca la pena. —Sacó algunos de los folios amarillos con esquemas de habitaciones y planos rudimentarios. Muchos buenos ladrones eran yonquis. Cuando mantenían bajo control su adicción podían ser profesionales muy eficientes, pero nunca duraban. Mientras se mantenían razonablemente limpios llevaban a cabo algunos trabajos, pero en algún momento las cosas les iban demasiado bien, se pasaban con los chutes y los pillaban, y volvían a iniciar el círculo al salir de prisión. Me di cuenta de que las membranas entre los dedos de Tray tenían algunas ronchas, como de picaduras de nigua—. Tenía un socio, tío. Un buen tipo. Fornido. Era como, bueno, podría haber sido lo que llamarías la fuerza bruta en un golpe, más o menos. Él me formó. Hacía de correo, a veces financiaba algún palo. Un currante. Un tío estupendo.

A sus espaldas, el papel de aluminio de la ventana reflejaba nuestras figuras en una trama difusa y plisada, y estuve a punto de preguntarle por qué lo había colocado.

—Él ya no está, pero formábamos un buen equipo. Es historia. Unos tíos lo tiraron a un pantano en Alabama.

Lo había tomado por un timador atolondrado, pero al mencionar a su amigo vi que un halo de tristeza se apoderaba de su mirada y me di cuenta de lo solo que estaba ese chaval, y me hizo pensar en mi propio pasado. Él todavía no había aprendido a sobrellevarlo. Pretendía renunciar a cosas que en realidad ni

siquiera poseía.

—Lo que pasa es que ahora tengo algunos planes en marcha —dijo Tray—. Tengo proyectos.

—¿Qué tipo de cosas robas? —le pregunté.

Hizo una mueca, como si la pregunta fuese absurda.

—Fármacos, tío.

—Robas a médicos.

Se encogió de hombros, pero mantuvo la mueca para evidenciar la obviedad del comentario.

—Escucha, tío. El caso es que te juro por Dios que puedo colocar el material en dos o tres días. A muy buen precio. Hablo de unos treinta mil dólares, tío. Resulta que hay un tipo que tiene una clínica en la calle Broadway. Conozco a la mujer de la limpieza, tío.

Yo no dije nada y él se lo tomó como un estímulo.

—Puedo vender el material en Corpus y Houston. En tres días. Y sacar treinta mil tirando bajo, en serio. Ese tipo... es el médico de todos los tíos legales que tienen segundas residencias por aquí. De sus amantes, de sus esposas. Es el tipo que les proporciona los fármacos. Tiene allí almacenado todo un muestrario de drogas. Hablo de benzodiacepinas, dextroanfetamina, bifetaminas. Anfetaminas. Éxtasis. ¿Sabes lo que es eso? Tengo ese sitio perfectamente controlado, tío. Mi señora de la limpieza me ha pasado toda la información sobre sus sistemas de alarma. Tengo polaroids. Está chupado, tío. Una alarma de sensor magnético. Ésas las desconecto yo hasta dormido. No tienen ningún secreto.

—¿Y para qué me necesitas a mí?

—Vale, de acuerdo. —Apagó la colilla del cigarrillo y encendió otro, rebuscó entre los papeles de la mesa y me mostró un esquema rudimentario, un plano de una habitación—. Necesito alguien que conduzca una furgoneta y necesito un compinche. Alguien que me ayude a entrar y me abra la puerta desde fuera una vez que yo esté dentro. Que me ayude a sacar la mercancía. El plan consiste en esconderme en el edificio hasta que cierren. Entonces salgo de mi escondite y anulo la alarma, sólo hay que crear un circuito cerrado. Después se saca el material... Eso hay que hacerlo rápido. De la puerta trasera, a la furgoneta. Y la verdad, para lo que serviría de verdad un tío como tú es para colocar el material. Tengo mi lista de clientes, pero, ya sabes, la gente interesada en este tipo de material es más o menos la escoria de la tierra. No puedes fiarte ni un pelo. ¿Sabes? Wilson era genial para estas cosas. Un tipo grandullón, como tú. Siempre iba armado. Nadie se atrevía a estafar a Wilson. En cambio, a mí todos creen que pueden. Así que ya ves. Creo que esta clase de asuntos funcionan mucho mejor si hay un gigantón presente mientras se hace el trato. Un tipo como tú.

—¿Qué te hace pensar que puedes fiarte de mí?

—Sabía que has estado en el talego. Pero te he visto con tus sobrinas, tío. He visto cómo te comportas con ellas. Desde luego, eres legal. Y supongo que

querrás ganar algún dinero para los tuyos. Tienes pinta de sensato, pero al mismo tiempo eres un tipo duro. Y no eres un yonqui. Eso también lo sé.

Tamborileé con los dedos en la mesa. Fuera soplabla un viento cálido.

—¿Cómo te metiste en esto, Tray?

Rió para sus adentros. Sus dientes diminutos casi parecían parpadear.

—Estuve en un hogar de acogida en Houston. Me escapé a los quince. Empecé a robar. Durante algún tiempo las cosas me fueron bien. Dormía donde podía. Tenía algunos colegas. Un día conocí a Wilson. Yo tenía entonces diecisiete años. Y pensaba que no llegaría a los veinte. Un día estaba en la Maison Blanche, ¿vale?, levantando un par de relojes. Ahora es evidente que cantaba mucho, pero entonces creía que era la leche. En cualquier caso, iba cargado con material por valor de doscientos pavos cuando un tipo grandullón pasa a mi lado, justo por detrás, me da un toque en la espalda y me dice: «Ni hablar, chaval.» Y sigue caminando. Me deja acojonado. Así que me deshago de la mercancía, la dejo en unos probadores, y cuando voy a salir dos seguratas me paran y me cachean. Pero estoy limpio. Salgo de los almacenes y el grandullón está allí. Tenía un Cadillac El Dorado muy chulo y estaba ahí plantado, fumándose un cigarrillo. Había estado observándome todo el rato. Y me dijo que los seguratas de los almacenes también. Y ese tipo era Wilson, ¿vale? Como que él era un profesional. Y yo un aficionado. Fuimos colegas durante casi ocho años. Fueron buenos tiempos. Aprendí un montón.

Sacó un par de cervezas más.

—Pero, como ya te he contado, liquidaron al pobre Willie en Alabama. —Negó con la cabeza y se bebió la cerveza de un trago.

Vi con toda claridad al huérfano que llevaba dentro. Sus carencias.

Dejé mi botella y me incliné hacia delante.

—Oye, chaval. Reconozco que eres bueno. Pero conmigo te has equivocado. Yo hace ya tiempo que no me meto en asuntos ilegales.

—Venga, tío.

—De verdad. Ahora tengo que cuidar de las chicas y hemos venido aquí a disfrutar del sol y las olas. Después nos largamos. No me interesa todo eso que me has contado.

En su mirada se dibujó la decepción y se quedó unos instantes con la boca entreabierta.

—No me jodas.

Negué con la cabeza, me levanté, me acabé la cerveza y dejé la botella en la mesa, junto a sus libros.

—Pero te deseo toda la suerte del mundo. Mantén los ojos bien abiertos.

Cuando yo ya estaba en la puerta, me dijo:

—Podrías cuidar de las chicas mucho mejor con tu parte del botín. ¿No te hacen falta quince de los grandes, tío?

Volví la cabeza por encima del hombro para mirarlo y le respondí:

—A donde voy, no. —Le di las gracias por las cervezas y salí de la habitación.

El viento entre los árboles producía sonidos dispersos tras los que se escuchaba un gran silencio, y los ruiditos eran como abalorios diseminados sobre ese silencio. Contemplé las paredes, todas las puertas metálicas de color rojo y la cinta amarilla que sellaba la número 2, el par de coches del aparcamiento, la moto del chaval. Incluso al aire libre me sentía atrapado.

Un par de días después, un periódico me convenció de que debía deshacerme de las chicas de una vez. Rocky había ido al centro a buscar trabajo. Llevaba tres días seguidos intentándolo. Yo mismo la había acompañado hasta el autobús, porque quería que se acostumbrase a moverse sola por la zona. Nancy había ido a un supermercado y había alquilado un par de películas de dibujos animados para Tiffany. Vino a la habitación de las chicas y preguntó a Tiffany si quería ver *La cenicienta* en el vídeo de la recepción. Las dos hermanas estaban esperándola ya y vi a Tiffany dando saltitos detrás de ellas mientras cruzaban el aparcamiento. Estaban dedicándole mucho tiempo. La pequeña parecía iluminar la vida de esas mujeres y ellas sin duda disfrutaban con su presencia.

Yo estaba sentado en el aparcamiento, tomando el sol; había cogido el hábito de tomar el sol a pecho descubierto hasta quedar empapado de sudor, como si así pudiera quemar mis entrañas para limpiarlas. Bebía Johnnie Walker en un vaso de plástico mientras examinaba minuciosamente el *Houston Chronicle* y el *Times-Picayune*. Nada sobre una posible investigación federal en el puerto. Nada sobre Stan Ptitko o la casa de Jefferson Heights.

Había empezado a beber más Johnnie Walker que de costumbre. Ya ni siquiera esperaba al mediodía. El primer trago de la botella servía para arrancar la mañana. Lo necesitaba para levantar el ánimo. Y me ayudaba a pasar el rato allí sentado tranquilamente mientras tomaba el sol.

Al final de las páginas de sucesos del *Chronicle*, en la esquina inferior derecha, descubrí esto:

Hombre solitario aparece muerto de un disparo en su casa; la esposa y las hijas, desaparecidas.

El cadáver de Gary Benoit, de Orange, Texas, fue descubierto el jueves en su casa junto a la carretera del Gran Lago por dos chicos de la zona. El forense ha constatado que el señor Benoit recibió un único disparo en el estómago y al parecer algún animal llegó a la escena del crimen antes de que se descubriera el cadáver. Los agentes de policía confirmaron que el cadáver tardó varios días en ser descubierto porque el muerto no tenía ni vecinos ni

trabajo. La oficina del sheriff no ha facilitado más información, pero se busca a la esposa del señor Benoit, Charmane, para interrogarla, y la policía solicita que se le facilite cualquier información que pueda aportar alguna pista sobre el paradero de la hija pequeña, Tiffany, y de la hijastra, Raquel, de 18 años.

Se me hundió el corazón en la boca del estómago, como una piedra desplomada. Las lágrimas de Rocky adquirirían ahora un nuevo sentido. Recordé la expresión de su rostro cuando se sentó en mi habitación y me contó su vida, la conmoción, el tartamudeo, los ojos como platos y la mirada huidiza. Estamos todos locos, pero algunos más que otros.

Por eso uno pone reglas, por eso uno está siempre preparado para seguir su camino. Arrugué los periódicos y los tiré en el bidón de petróleo que hacía de papelera en un recoveco entre las habitaciones. El poco sentido común que todavía me quedaba reclamaba a gritos que me largase, que acabase de una vez con esa historia.

Y eso fue lo que hice.

Guardé mis cosas en el petate, cogí la caja de seguridad y mi Johnnie Walker. Barrí con la mirada desde la ventana el entorno del motel y, tras comprobar que no había nadie a la vista, metí mis cosas en la camioneta, salí del aparcamiento y me aseguré de no mirar por el retrovisor hasta que el Emerald Shores quedó fuera de mi vista.

Se me aceleró el pulso como si estuviera fugándome de la cárcel, al tiempo que una absurda sensación de decepción me revolvía las tripas. Admití que algo de aquella mujer había despertado mi imaginación, una especie de estúpida esperanza del todo inoportuna. Una curación.

Pero se había acabado.

No importaba, me dije. Ahora sólo estábamos yo y Texas. Yo y el cáncer.

Varias manzanas más allá, me metí en un callejón y limpié con un trapo la pistola y el silenciador que ella había cogido, los aplasté y lancé los pedazos en diferentes papeleras.

Cuando llegué a la carretera, me dirigí hacia el norte por la 45 fingiendo no saber por qué.

A la altura de la pequeña ciudad de Teague iba bastante mamado y la relación entre la velocidad de mis actos y la de mis pensamientos estaba tan perjudicada que cuando quise darme cuenta ya estaba llamando por teléfono. Llevaba años sin pasar por Dallas, pero algún tiempo antes había contratado a un detective privado al que conocía para que la localizase. Había guardado la información en mi caja de seguridad. La verdad es que no sé por qué. Al llegar a Dallas consulté un listín telefónico y confirmé la dirección. El nombre de su marido. En esa época todo el mundo salía en el listín telefónico.

—Sólo pasaba por aquí, en serio. He pensado que podía llamarte... Me

encontré con alguien. Con Clyde en Beaumont. Y me dijo que vivías aquí. Que te habías casado... es estupendo. Sólo pasaba por aquí. Sales en el listín... Sí. Sorpresa... Ya no me dedico a eso... Ahora trabajo sobre todo como soldador. Estoy afiliado a un par de organizaciones sindicales. En Galveston, en una plataforma. Hacia allá iba. He recordado que vivías aquí. Tenía un rato libre... Oye, ¿qué te parece si quedamos a comer algo? No, no... sólo para saludarte... No, ya no me dedico a eso.

Un vecindario en la zona de Brentwood, magnates del petróleo y celebridades de segunda fila, directores generales de empresas, políticos semirretirados, esposas que juegan al tenis. Un antiguo campeón de los pesos pesados vivía por ahí. Las mansiones almenadas emergían por encima de setos perfectamente podados y vallas de hierro forjado, entre amplias extensiones de césped reluciente de no más de un centímetro de altura, alejadas de la calle, y con sinuosos senderos de acceso adoquinados señalados con el nombre de la calle, y fuentes de piedra. Unos vehículos de seguridad privada patrullaban la zona, bajo la pérgola de enormes robles que moteaban el asfalto con los rayos del sol.

Los vehículos de seguridad eran negros, con una sirena azul en el techo, y reducían la velocidad cuando veían pasar mi camioneta.

Localicé la dirección y aparqué bajo las ramas de un roble. Varios niños correteaban entre los aspersores al fondo de un jardín. Se suponía que debían estar en el colegio. Yo llevaba mi sombrero de paja de vaquero y gafas de sol, y aun con esa protección la luz era tan intensa que me obligaba a entrecerrar los ojos.

Su casa era de ladrillo rojo y tejas blancas, con columnas a ambos lados de la puerta. A la izquierda había un garaje más grande que las casas en las que yo había vivido en Metairie. Ya no me quedaba Johnnie Walker y la verdad es que me costaba respirar con normalidad.

No tenía claro si habría podido vivir en un sitio así. Si habría sabido cómo comportarme.

La vi pasar detrás de la ventana de la cocina y se me hizo un nudo en la garganta.

De cerca, el ladrillo tenía un tono casi rosa, y la pintura de los postigos estaba meticulosamente raspada para darles un aire antiguo. Por las paredes trepaba una hiedra tan bien recortada como la barba de un catedrático. Mis botas hacían un ruido sordo y se hundían un poco en el camino de guijarros, que bordeaba un bebedero para pájaros tan grande que podían bañarse en él dos personas.

La puerta, gruesa y exquisitamente teñida, tenía una aldaba metálica con forma de cabeza de águila. Llamé con los nudillos. Nunca uso las aldabas.

Valentía líquida, lógica alcohólica: una vez oí que las marsopas son capaces

de suicidarse, pero no sé por qué se me pasó por la cabeza en ese momento.

Repiqueteo de tacones sobre las baldosas. Cerrojos que se descorren. Un chirrido. Loraine tenía una expresión condescendiente, una máscara cuyo refinamiento me hizo sentir en ese momento un poco infrahumano, un poco primario.

Me quité las gafas de sol. Sentí una leve palpitación bajo un ojo mientras contemplaba cómo su expresión se relajaba y diluía.

—Ah —dijo—. Me preguntaba qué aspecto tendrías.

No había engordado, pero tenía la piel del cuello un poco arrugada por el efecto del sol y su cabello mostraba diversas tonalidades, teñido del color de los arces en octubre. Unos pantalones oscuros ceñían sus caderas y la blusa blanca le caía sobre el torso como crema derramada. Lucía un collar de perlas y un enorme anillo, además de la alianza con un diamante. Deslizó las perlas entre los dedos mientras escrutaba mi rostro.

—Tienes un aspecto completamente diferente —me dijo.

—Hola, Loraine. Loraine. Hola.

Bajó la mirada hasta mis labios y después hasta la barriga, antes de volver a mirarme a los ojos. Sus mejillas habían perdido tersura. Creí ver algunas arrugas alrededor de sus labios y deseé que las mujeres hiciesen caso omiso de ese impulso que las lleva a cortarse la melena en cuanto llegan a los treinta.

—Vaya, Roy. Dios mío. —Miró fugazmente a sus espaldas, como si hubiese alguien más allí—. Ya te he dicho que estaba ocupada.

—Sólo quería hablar contigo un minuto. Me marcharé cuando quieras.

—Ya te he dicho que estaba ocupada.

—Me quedaré aquí en la puerta.

—Bueno. ¿Qué quieres?

—Hablar —musité—. Ponernos al día.

Me encogí de hombros, con un gesto interrogativo.

Ella me estudió con un rictus en los labios entre molesto y divertido, y el tacto de su piel volvió a mí tan real como todo lo que me rodeaba, su calidez bajo mis dedos y el aroma de sus humedades, la estrechez de su cintura antes de expandirse en la redondez del culo, el rubor de su piel, como un mapa de sangre circulando por las venas, cuando estaba exhausta. Las uñas de sus pies en la bañera. Su cara era ancha y se estrechaba en el mentón, y recordé su aspecto cuando Loraine la alzaba hacia el techo, con una sonrisa abierta y un jadeo. Todos esos recuerdos me atacaban los nervios como la tirantez de una vieja herida o una enfermedad que te hace propenso a los escalofríos.

Ella volvió a repasar el jardín y las ventanas del vecino y me pareció que casi podía olerle la nuca, aquel aroma limpio, cítrico.

Me di cuenta de que ella buscaba el modo más fácil de deshacerse de mí, pero yo tenía unas cuantas cosas que decirle. Estaba un poco bebido y tenía cosas que decirle.

Ella se rió enigmáticamente.

—Por Dios. Entonces pasa. No quiero tenerte de pie en el porche, bobo. —

Abrió la puerta del todo y suspiró—. Pero sólo un momento.

Dentro, un largo pasillo se extendía bajo techos altos y el suelo de madera estaba tan pulido que me veía reflejado en él como si fuese agua. Ante mí iban apareciendo destellos rojizos y dorados. Mientras caminaba detrás de ella, noté el alivio de mi tensión interior al contemplar las curvas de su culo y sentí que dejaba de tener el estómago como un puño al recordar cómo la tomaba desde atrás, manteniendo el pulgar en el agujerito tal como a ella le gustaba. Pero era mucho más que un recuerdo que me rondaba por la cabeza. Era como si también mi cuerpo recordara, casi reviviendo esas sensaciones, la resbaladiza presión de ella, a punto de percibir su sabor en mi boca. Me llevé el pulgar a la nariz con la vaga esperanza de que estuviese impregnado de su aroma.

Encima de una elegante consola de madera colgaba un espejo con marco bañado en oro y aquí y allá había mesillas con jarrones y floreros con flores rojas. El pasillo desembocaba en una sala de estar abovedada con una lámpara de araña pequeña colgada del techo y una escalera de caracol a la izquierda para subir al piso superior. Mullidos sofás de tonalidades arena y tierra y un par de butacas de cuero de color chocolate. Todo eso me hizo sentir incómodo. Y cuando ella se volvió, también me incomodó su mirada.

Me sentí como un idiota porque al ver las franjas de suave luz blanca que entraban por los altos ventanales asomados a un jardín de césped impecable con piscina y mobiliario de hierro forjado, había comprendido que ella siempre había querido llegar hasta ahí. Y mi escasa participación en ese viaje.

—Veo que cambiaste de opinión con respecto al matrimonio.

—Bueno, cuando una encuentra al hombre adecuado... —Su sonrisa era como un mordisco y se cruzó de brazos en el umbral de la sala de estar—. La verdad es que no acabo de entender a qué has venido.

Clavé la mirada en sus zapatos.

—Pasaba por aquí. Tenía... bueno, sentía curiosidad por ver cómo te iba.

—¿Cómo me iba? ¿Cómo me iba después de, cuánto, once años? —Se sentó en una de las butacas de cuero, cruzó las piernas y volvió a deslizar las perlas del collar entre los dedos. Ladeó la cabeza con un gesto cargado de ironía.

—Sí, eso. ¿Qué tal te ha ido estos últimos once años?

—Veamos. De maravilla. Ya está.

—Tienes buen aspecto.

—¿Cuándo te cortaste el pelo?

—No hace mucho.

—¿Sabes qué? No eres tan guapo como recordaba.

—Me lo dicen a menudo.

—Has envejecido fatal.

—Espera a que te pase a ti.

—¿Estás borracho?

—Hum. No.

Noté un calorcillo en las mejillas. Ella no me creía. Empecé a pensar que

debía contarle lo de mis pulmones para ganarme su compasión. Y después le diría lo que había ido a decirle.

—Roy, la verdad es que no puedes quedarte. Estoy muy ocupada.

Rocé con los dedos la superficie de mármol de una mesita auxiliar. La parte salvaje de mí pensó en poseerla allí mismo, en el sofá. Primero se lo propondría, claro. Pero en cualquier caso.

—No voy a quedarme —le dije—. Me marcho enseguida.

—Bueno...

—¿Recuerdas...? —Interrumpí la frase, sostuve una figurita de porcelana de unos payasos y volví a dejarla sobre la mesa—. ¿Recuerdas cuando fuimos a pasar una semana a Galveston? En el setenta y seis, creo.

Entornó los párpados con un gesto de fatiga y algo de aburrimiento. Recordé la cara de Nancy cuando Lance había intentado arrastrarla por la senda de los recuerdos.

—Estaba recordándolo ahora. En la playa. Fue una semana bonita. Me contaste lo de tu hermana y lo de tu padre.

—Oh, por Dios. Roy, te has convertido en un sentimental. Eres uno de esos tipos de mediana edad empapados de nostalgia. —Negó con la cabeza con un gesto de lástima—. Preferiría que siguieras siendo aquel tipo duro y taciturno. Prefiero recordarte así.

—Sólo estaba haciendo memoria.

—Bueno, ¿y qué imaginabas que iba a decir yo?

Me encogí de hombros. Oía el tictac de un viejo reloj de pared que había en una esquina, y el sonido reverberaba en los techos altos de la sala. En el mueble del televisor había algunas fotos familiares. Su marido tenía la cara ancha y escaso cabello, un aire afable y consentido, como un terrier.

—¿Tienes hijos?

Volvió a toquetear las perlas y me preguntó:

—En cualquier caso, ¿de qué tienes nostalgia? Lo nuestro no acabó bien, Roy.

—Nada acaba bien.

Pero yo quería responder a su pregunta contándole cómo se colaba el amanecer por nuestra ventana en aquella habitación de Galveston, cómo la luz de un blanco azulado se posaba sobre ella en la cama, mientras dormía boca abajo sin camiseta, con las sábanas por el suelo y el olor a gambas y sal que traía la brisa fresca por la ventana; el gusto intenso y dulce de aquellos mojitos que bebimos toda la semana sin tomar prácticamente nada más; lo importante que parecía todo eso. Cómo ahora para mí seguía siendo intensamente real y casi podía apreciar los sabores y los olores de entonces y sentir las ondulaciones de su columna vertebral bajo mis dedos.

Pero no lo hice. Sabía que era absurdo y un poco patético que no hubiese logrado acumular recuerdos más interesantes.

Me acerqué para mirar con atención las fotografías junto al enorme televisor. Ella y su marido posaban sonrientes en una montaña nevada, con

ropa de esquí. Los dos brindaban en una playa con un mar mucho más azul y resplandeciente que el del golfo.

—¿Le has hablado de mí alguna vez?

—No mucho, pero sí. Lo sabe todo de mí, Roy.

—Estaba acordándome de un día... Antes de mediodía ya estábamos borrachos de tantos mojitos. No parábamos de comer cangrejo. No podíamos quitarnos el olor de encima. Nos reíamos de nosotros mismos, embadurnados de los jugos de los cangrejos. Borrachos. Nos metíamos en la ducha...

—Vale, tejano. Para el carro.

—Y después se puso a llover y nos pasamos dos días sin salir de la habitación. Viendo la tele por cable. Y aquella manera insaciable de follar.

—Sí, sí. Soy dinamita en la cama. Gracias, Roy.

Me senté en la otra butaca, frente a ella. El cuero chirriaba si me movía un centímetro.

—No puedo dedicarte todo el día —me apremió.

Yo no lograba ordenar lo que quería decirle.

—Es sólo que... me marchó. Dejo el país. Y eso me ha hecho pensar. Hubo una época... es como si estuviese perdiéndome algo. No sé. —Era dolorosamente consciente de lo borracho que estaba. Su rostro se había relajado y ahora expresaba una especie de consternada lástima, y me hacía sentir minúsculo—. Sólo quería volver a recordar algunas cosas.

—Pero ¿recordar qué? ¿Recordar que estabas colgado? ¿Recordar que pateaste sin piedad a un pobre vaquero porque me dijo hola? ¿Recordar que bebíamos tanto que yo acabé vomitando sangre? Porque estás hablándome de eso. Eso es lo que yo recuerdo.

—Lo pasamos... yo creo que nos lo pasamos muy bien.

—Pero, Roy... —Se tapó la boca con una mano y negó con un movimiento firme de cabeza—. Si yo me alegré cuando te metieron en la cárcel.

—Mi vida está acabada —dije.

Ella desvió la mirada, como si se avergonzase de mí.

—Te conté lo de Port Arthur. Lo de los negratos en el instituto. Te hablé de mí.

Ella suspiró, exasperada.

—¿Cómo dices que me has encontrado?

—Clyde. En Beaumont. Me dijo que vivías aquí.

—¿Cómo lo sabía?

Me encogí de hombros.

—Dios, todos mis pecados vuelven a mí —dijo.

El tictac del reloj sonaba como una mujer con tacones altos caminando incansable y muy lentamente sobre un suelo de mármol.

—Tengo una cita. Tengo una reunión de la Asociación de Mujeres por la Comunidad, Roy.

—Aquella noche que pasamos en las dunas.

—Oh, basta ya. En serio.

—Cuánto nos reímos... Ya no recuerdo... ¿Recuerdas qué nos hacía tanta gracia?

—Contrólate, vaquero. En serio. Recupera un poco la dignidad.

—Durante algún tiempo decidí que iba a trabajar de soldador. Iba a abandonar el club y a aquellos tipos. Recuerdo que quería hacerlo. Y tú no querías. Te gustaba que me dedicara a eso.

—¿Y qué? Era una cría.

—Y cómo follábamos.

—Ahórramelo.

—Eh, tú fuiste la que...

—El pasado ya no existe, Roy.

Guardé silencio, pensando en lo que acababa de decir.

—Escúchame —insistió ella—. El pasado ya no existe.

Eso me golpeó en el corazón, como un pico.

—Recuerdas lo que quieres recordar —dijo ella—. Yo te recuerdo volviendo a casa con la camisa manchada de sangre. Pidiéndome que escondiese una pistola. Te mantenías sobrio una semana y empezabas a hablar de cambiar de vida. Y después te tirabas tres semanas seguidas borracho. Por tu manera de comportarte me resultaba imposible estar a tu lado si no iba borracha. Y las barbaridades que me decías. Me maltratabas. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas mínimamente de las peleas? Te ponías celoso por todo, Roy. Eras rencoroso. Te fastidiaba que los demás fuesen felices. Recuerdo haber pensado: No había conocido a ningún hombre tan asustado. Y ahora qué, en serio. He conocido hombres peores. Y sin embargo, cuando te mandaron a la cárcel me alegré.

—Entonces, ¿qué te gustaba de mí?

Repiqueó con las uñas en su mentón y dijo:

—La verdad es que no lo recuerdo. Tal vez tu fuerza. Aunque —suspiró— con ese tipo de fuerza no se llega muy lejos.

—Sí que se llega. Por lo menos yo sí.

Apoyó la cabeza en la mano, casi tapándosela.

—No sé en qué ha convertido tu mente todo eso. Yo era una cría estúpida. Eso es todo. Cometí errores. El tipo duro. Oh, cómo mola. Yo era estúpida. Una cría. Quiero a mi marido. Mi marido es un buen hombre. Me encanta la vida que llevo con él.

Tenía el ceño fruncido en un gesto que parecía de perplejidad, nada de lo que yo le contaba le interesaba y la rigidez de la cara le restaba belleza. Volvió la cabeza para mirar por la ventana y la luz del día remodeló su rostro y lo hizo más amable. Noté que las sensaciones que me habían envuelto hasta ese momento empezaban a huir; quise aferrarme a ellas recordándonos a los dos sentados con las piernas entrecruzadas en la cama, jugando a cartas desnudos, pero no funcionó, y quise encontrar el modo de hablar con ella sobre el paso del tiempo, sobre cómo los cambios te confunden y te desgastan, impiden que los recuerdos se asienten.

—¿A qué se dedica? —le pregunté—. Tu marido.

—Basta. Quiero que salgas de mi casa.

Me puse en pie y me acerqué a ella.

Alzó la mirada con una expresión de descomunal aburrimiento y hartazgo, y blandió lo que parecía un mando para abrir la puerta del garaje.

—¿Ves esto, Roy? Sirve para enviar una señal de alarma a esos chicos de Halliburton que patrullan por ahí fuera.

Me quedé petrificado.

—Por Dios, sólo iba a despedirme.

—Claro.

Me acompañó hasta la puerta, manteniéndose unos pasos más atrás. La abrí, salí y la luz del sol me cegó. En el soportal, me volví hacia ella.

—Me estoy muriendo —le confesé.

—Todos nos estamos muriendo.

La puerta se cerró con un golpe seco.

En la camioneta me dio un ataque de tos que no había manera de cortar. Sentí arcadas mientras encendía el motor y vomité un hilillo de bilis en el asiento. De regreso a la interestatal, me crucé con dos coches de seguridad. Sabía que el pasado no existía. Era sólo un concepto, y lo que había querido palpar, acariciar, aquel sentimiento al que no lograba poner nombre... simplemente no existía. También era sólo un concepto.

Supongo que hay que andarse con mucho cuidado cuando invocas tus recuerdos.

Lo cierto es que, una vez aceptado esto, todo lo que me había sucedido en la vida seguía pareciéndome importante, incluso más importante. Iba incluido en el paquete de la vida.

Me detuve junto a la entrada de la estructura elevada que, con forma de trébol de cuatro hojas, trazaban los accesos y las salidas de la autopista. En lo alto, el cemento dibujaba bucles y nudos; el ruido de los coches y los latigazos del viento generaban un denso estrépito en el ambiente, cargado de humos grasientos y olor a gasolina quemada.

Pensé en la posibilidad de coger una habitación y ponerme hasta las cejas de whisky. Podía pasarme lo que me quedaba de vida bebiendo y fumando en una habitación de motel.

La brisa traía un olor metálico que me hizo pensar en Matilda, la anciana negra que cocinaba en la casa de acogida. Matilda era como una araña, de piel marrón oscuro, encorvada, con el rostro como una nuez. Le gustaba pararse a sentir un rayo de sol en la cara y nunca soltaba prenda sobre lo que le pasaba por la cabeza. Mascaba tabaco que ella misma secaba y aromatizaba con aguardiente, y preparaba morcillas con los cubos de oscura sangre que los cazadores le regalaban por caridad; los hombres aparecían por allí con sus

hijos, cargados con baldes llenos de sangre escurrida de sus piezas, y yo los miraba y pensaba en los niños que salían a cazar con sus padres antes de despuntar el alba y caminaban tras ellos entre la hierba perlada de rocío. Comíamos morcillas muy a menudo, y el sabor, como de virutas de hierro mezcladas con harina de maíz, entonces me parecía muy fuerte; todavía recordaba ese sabor y ese olor cuando salí de la oficina de reclutamiento y tomé un autobús con destino a Beaumont, y ese sabor seguía en mi boca cuando entré en el Robicheaux's-on-the-Bayou y pregunté por Harper Robicheaux.

Me pasé la lengua por la boca mientras contemplaba los coches que circulaban hacia la autopista, y aquel sabor a caza trajo consigo otros potentes recuerdos: el sol en mi piel, las capas y capas de frondosa vegetación, los suaves chirridos que formaban parte del silencio, el silencio de los campos de algodón, los arañazos de las zarzas en las manos, los inacabables días que pasé recolectando encorvado, cegado por el sudor polvoriento.

Se abrió paso en mi cabeza la risa de Tiffany, los grititos que emitía cuando la lanzaba contra las olas. Y la cara de Rocky, angustiada, me hizo pensar en una tienda de campaña mal plantada, sacudida por un vendaval.

Una libélula no dejaba de dar vueltas alrededor de mi cabeza como si tuviese algo que decirme y el aire era tan cálido que parecía cargado de ceniza. A lo lejos oía pasar los coches, zum-zum-zum, como los fuertes latidos del corazón de un animal enorme que me hubiese devorado.

Amarillo era una sucesión de gasolineras y almacenes, locales de *striptease* de medio pelo entre moteles y un viento atosigante. Podías circular durante kilómetros sin ver otra cosa que campos, depósitos de agua y pequeñas perforadoras cuyo mecanismo subía y bajaba con aquel movimiento parecido al de un balancín. Observé a los camioneros y a las putas de carretera que caminaban fatigosamente bajo la llovizna, desplazándose entre la lavandería y la estación de servicio donde los camiones articulados estaban aparcados en varias filas bajo las farolas halógenas. Una mujer con el cabello muy largo bajó de un camión y montó en el siguiente. Permanecí de pie junto a la ventana mientras la chica que había en mi habitación me miraba con cara triste y apenada. Estaba en la cama y yo la veía reflejada en el cristal de la ventana.

—¿Qué he hecho mal? Dime qué he de hacer. Dime lo que te gusta.

Su cara pálida y su cabello negro azabache flotaban en el cristal. Yo estaba desnudo junto a las cortinas, contemplando el aparcamiento. Di un sorbo a mi Johnnie Walker.

Como no le respondía, sentenció:

—Estás borracho, cariño.

Yo no tenía planeado pasar un rato con ella, pero la noche me había pillado

en Amarillo después de todo un día conduciendo en la dirección equivocada. Vi un área iluminada con luces intensas, una parada de camiones que parecía un pueblecito, con lavandería y bar, y en frente, al otro lado del enorme aparcamiento, un motel de una sola planta con habitaciones individuales.

Primero había entrado en el bar, pero el exceso de oropel en la zona de las botellas era demasiado chabacano y los ojos achinados de la camarera emergieron entre las sombras como los de un rape materializándose desde las negras profundidades oceánicas. El televisor emitía un zumbido de electricidad estática y las voces que salían de él sonaban como si alguien arrugase papel de periódico sin parar. El barman, de tan boquiabierto, tenía la mandíbula suelta y cuando se volvió para mirarme, iluminado por una titilante luz azulada de aire maléfico, su cara parecía completamente en blanco. No había nadie bebiendo en la barra.

Salí y eché a andar bajo la lluvia. Hombres con gorras de béisbol iban de un lado a otro como remolcados por sus voluminosas panzas. Pasé por delante de la lavandería y vi a la chica. Era joven, de una edad difícil de precisar; me vio a través de la ventana y me siguió con la mirada. Estaba de pie, apoyada en una lavadora, con los brazos cruzados y el cuello estirado, observándome como una mantis, mientras la llovizna se deslizaba por la ventana, y me sentí como si un alto tribunal me señalase con el dedo.

En la parte trasera de la gasolinera había una tienda de donuts con bancos de vinilo y unas pocas mesas, en la que se reunían algunos hombres. Hombres fornidos, con siluetas abombadas como piñas, los pantalones colgándoles por debajo de la cintura sin culo, ataviados con monos y vaqueros. Y gafas de sol en plena noche. Todos me miraron cuando entré. Nadie se reía, hablaban en voz baja, con rostros serios, y acompañaban sus palabras gesticulando con sus cigarrillos para recalcar alguna aseveración. Unos cuantos bebían café y fumaban y un pequeño grupo se pasaba una botella de burbon. Los que no compartían el burbon iban metiendo la mano en una caja de rosquillas.

Durante un rato permanecí de pie en uno de los pasillos, con montones de patatas chips y unas tiras de cecina a mi izquierda y filas de monodosis de medicamentos a mi derecha. La cruda luz de los neones parecía lunar, aunque más brillante. Vi que los tipos de la cafetería no me quitaban ojo. La mujer que atendía tras el mostrador me miró con desconfianza. Y entonces, al otro lado de la ventana, apareció la chica y sus ojos se clavaron en mí a través de las gotas de lluvia que se deslizaban por el cristal. No pensaba dejar que me escabullera. Iba a pedirme dinero. Esto funciona así. Lo único que tienen que hacer es establecer contacto visual.

Sin embargo, miré a los tipos de la cafetería y a la gorda que me observaba con el ceño fruncido desde detrás el mostrador y sentí que la atmósfera densa y húmeda del bar me envolvía de nuevo, y cuando salí, ella estaba esperándome. Me planté un momento a su lado y nos miramos.

—¿Quieres pagar por mis servicios? —me dijo.

Le pregunté si tenía una habitación y me contestó que no.

—¿Tienes un chulo?

Negó con la cabeza y apretó los brazos cruzados. La lluvia estaba cesando y ella estiró el cuello para que siguiera mojándola.

—Voy por libre —me aseguró—. ¿Te decides?

Seguro que se había fugado de casa. No le veía mucho futuro en esto, entre chulos, psicópatas y polis. Saqué mi petaca, eché un trago y se la ofrecí. Observamos a los hombres que se movían entre los surtidores y alguna mujer que de vez en cuando se bajaba de uno de los camiones aparcados. Muchas veces estas chicas huyen de casa y no saben dónde se meten. Y entonces se vuelven a casa corriendo, si pueden. Pero ya es demasiado tarde.

La miré de nuevo y me pregunté por qué inclinaba el cuello de ese modo. Tenía un rostro huesudo y los ojos un poco demasiado juntos y demasiado grandes, como de insecto, y por el tono de su piel daba la impresión de estar malnutrida. Sin embargo, tenía los hombros fornidos y un cuerpo bonito enfundado en una falda vaquera, medias rojas y un top negro, y llevaba un bolso grande y flexible pegado a la cadera como si fuese un bebé. Se apartó de la frente el pelo mojado, de un negro intenso.

—Vamos —me dijo.

—De acuerdo —acepté—. Sígueme.

La verdad es que no la deseaba en absoluto. Simplemente no quería estar solo. Intenté conversar, hablar de cosas diversas. Pero ella se comportaba como una auténtica puta, no quería hablar, estaba empeñada en ir directamente a mis pantalones. Y además era más joven de lo que yo pensaba. Al cabo de un rato, cuando yo ya estaba harto y ella avergonzada, volví a mis tragos y, desnudo, me quedé un rato junto a la ventana. Había empezado a llover de nuevo.

—Dime qué quieres que te haga —me dijo.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando por aquí?

Ni siquiera sabía muy bien a qué venía esa pregunta. Una semana antes, no se lo habría preguntado.

Vi que se estiraba en la cama, y en el cristal la sinuosa blancura de su cuerpo parecía humo.

—Un par de días. Ayer no tenía donde dormir.

—Las chicas de por aquí son peligrosas. Te van a rajar. Lo harán sus chulos. Se tapó con las mantas.

—No voy a quedarme aquí. Voy hacia el oeste.

El reflejo de mi rostro sobre la negra noche se mezcló con el de ella y se superpuso a lo que había más allá de la ventana.

—En el oeste te encontrarás con lo mismo —le dije.

—No pido caridad —respondió ella—. Me gano mi dinero. Ven aquí y dime lo que quieres.

Al ver que no me movía ni le contestaba, se dio la vuelta y se acurrucó en la cama, tirando de las sábanas. No había nada en ella que pudiese recordarme a Loraine o a Carmen, era tan sólo una cría asustada por el lío en el que se había

metido al fugarse. La lluvia, con su repique delicado en el techo y su lagrimeo en la ventana, me hizo sentir malvado; sabía que aquella chica no conseguiría salir adelante. No me costaba nada imaginar la vida que la esperaba. Me vestí y ya me disponía a salir cuando ella me soltó, sin volverse:

—Al menos, págame.

Puse varios billetes encima del aire acondicionado y me dirigí a mi camioneta. Me largué de allí y le dejé la habitación, por si la quería.

Un día naces y cuarenta años después sales renqueando de un bar, perplejo por todos tus achaques. Nadie te conoce. Conduces por oscuras carreteras y te inventas un destino porque la clave es seguir moviéndose. Así que enfilas hacia el último asidero que te queda por perder, sin tener ni idea de qué vas a hacer con él.

CUATRO

POR la calzada se arrastran regueros de arena con movimientos sinuosos como serpientes. *Sage* se sienta erguida y alerta mientras esperamos un hueco entre el tráfico, después atajamos por el aparcamiento de una guardería y cruzamos la calle Pabst hasta el Knight's Arms. Allí Cecil alquila habitaciones por semanas, y el mayor consuelo si te alojas en ese lugar es la certeza de que no será por mucho tiempo.

Llevo cinco años viviendo aquí, en un estudio mínimo con un sofá desplegable que se convierte en cama de matrimonio. El televisor se estropeó hace un par de meses y los libros se apilan prácticamente por toda la pared, amontonados como ladrillos, tal como aprendí a almacenarlos en la cárcel para no necesitar estanterías.

Dejo la bolsa en el fregadero y doy de comer a *Sage*. Cuando acaba, se acurruca en su almohadón junto al sofá mientras yo sigo pensando en el hombre del Jaguar, en si ha venido solo o se ha traído a algunos colegas con él. Recojo la cama, apago las luces y a las nueve y media estoy en la recepción.

Cecil está ojeando la sección de Vida del *USA Today*. Vive en la oficina de la recepción desde que se divorció, pero su ex mujer se ha mudado a Austin y ha dejado la casa libre. Sólo que ahora está pensando en alquilarla y seguir viviendo en la oficina hasta que encuentre una nueva novia. Y hoy me toca pintar la casa.

Cecil es veinte años más joven que yo y de la parte posterior del cuello le asoma el borde de un tatuaje negro. Ganó una buena cantidad de dinero en el estado de Washington a finales de los noventa y se vino a vivir aquí con su novia, atraído por el clima. La novia se convirtió en esposa y después lo dejó por un DJ de Austin, y ahora él dice que tendrían que haberse largado a Florida.

Cuando me contrató, pese a mi historial carcelario, me dijo: —Si te digo la verdad, no esperaba encontrar a un tipo que hablase inglés.

Quería a alguien que viviese aquí, de modo que el trabajo incluía el alojamiento, aunque ahora él también vive en el motel y ya no me necesita tanto. Además, me deja tener conmigo a *Sage* pese a que las normas del establecimiento no admiten mascotas. Así que, en mi opinión, Cecil es un tipo decente.

Se mordisquee los escuálidos carrillos por dentro y me pregunta: —¿Has visto lo del huracán?

—Como cada septiembre. Nunca se sabe cómo van a evolucionar.

—Supongo que tienes razón. Pero están hablando de declarar el estado de emergencia. Tal vez, la evacuación obligatoria en uno o dos días.

—Justo cuando se haya evacuado a todo el mundo, se convertirá en borrasca

al llegar a la isla Padre.

—De todos modos, me da pánico. Sobre todo después de lo de Nueva Orleans.

—Oye. —Me apoyo en el mostrador—. Esa nota que me has dejado en la puerta...

—Ah, sí. ¿Te ha encontrado ese tío?

—No. Dime cómo era.

—Tenía aspecto de funcionario estatal. Trajeado, con pinta de ejecutivo. Arisco. Ha preguntado si estabas por aquí. Ha dicho tu nombre. Ha preguntado si Roy Cady trabajaba aquí.

Los implantes metálicos del cráneo me dan punzadas y todos los pensamientos dispersos de esta mañana se fusionan en un sonido de sirena cuyo volumen aumenta en el interior de mi cabeza.

—Estaba en el Seahorse. He salido temprano.

—Ya me lo imaginaba. Pero no le he dicho nada. No sabía qué hacer. El tipo tampoco quería dejarte un mensaje. Eso no me ha gustado.

Me desliza las llaves de la casa.

—Hay un agujero en la pared del pasillo que podrías taparme. Si te ves con ánimos.

Su cabello marrón cada vez escasea más como para seguir peinándose en punta como hasta ahora, y por culpa de las ojeras aparenta más edad de la que tiene.

—La pintura ya está toda en la camioneta. He comprado también un poco de masilla, por si me tapas el agujero. Te lo agradecería.

—Dalo por hecho.

—No tenía claro quién era ese tipo —dice, plegando el periódico—. Había algo raro en él. ¿Un cobrador de deudas, quizá? Los abogados contratan a tipos así. Total, que no le he dicho dónde estabas.

—No debo dinero a nadie.

—Pues felicidades.

Enciende el televisor que hay detrás del mostrador.

Pero sí tengo deudas pendientes.

—¿Qué aspecto tenía? —le pregunto.

—Ya te lo he dicho. Un tipo grandote. El pelo repeinado hacia atrás. Con pinta de tipo duro. ¿Quieres que le diga algo, si vuelve a aparecer por aquí?

—¿Ha dicho que volvería?

—Cuando le he preguntado si quería dejarte un mensaje, se ha limitado a decir que ya volvería a pasar. Eso no me ha gustado. Su manera de comportarse.

—No le digas nada.

Cecil está mirando el parte meteorológico en el televisor y se rasca el flácido mentón. Recojo las llaves y me doy media vuelta para marcharme, pero me detengo.

—Dile que no estoy. Aunque esté. Y si vuelve, avísame. Intenta otra vez

que te dé su nombre.

—¿Sabes quién es?

—No tengo ni idea de quién puede ser.

—De acuerdo. Acuérdate del agujero en el pasillo, ¿vale?

Salgo y me dirijo a la caseta de las herramientas, cojo dos grandes lonas de plástico, rodillos y cubetas para hacer la mezcla y lo llevo todo a la camioneta de Cecil. Me la presta para pintar su casa. Pienso en sicarios y rastreadores de pistas, en el hombre del Jaguar hablando por el móvil, contando a sus jefes que me ha localizado, y de nuevo me pregunto si van a mandar a alguien más.

Antes de marcharme abro la manguera del jardín. Tiene una boquilla en forma de pistola y al verla en mi mano siento que un hormigueo de pánico me recorre la espina dorsal.

Me tiemblan las manos.

Me apoyo en la caseta y me fumo medio canuto, con la esperanza de que me ayude a tranquilizarme y no dispare mi paranoia. Acaba generando ambos efectos, pues confirma mi condena, que será dolorosa y humillante, pero también me proporciona una suerte de perspectiva zen sobre la inevitabilidad del sufrimiento.

Tal vez debería comprar una pistola.

Arriba, en mi estudio, rebusco en mi armario hasta que encuentro un cuchillo de caza Remington que gané en una partida de cartas hace años, con una hoja de casi veinte centímetros, serrada en la parte baja. Paso el pulgar por el filo. Está un poco desgastado y utilizo la piedra de afilar guardada en la funda; lo afilo hasta que, sin ejercer presión, corta la piel del pulgar. Me lo guardo en un bolsillo del mono, confirmo que no haya ningún Jaguar negro en el aparcamiento y bajo.

Conduzco la camioneta de Cecil desde el Spanish Grant y paso junto a las playas hasta Point San Luis, en la punta oeste de la isla. Cruzo frente a la cala de Lafitte e imagino la valentía maligna de aquellos tiempos de piratas y las hogueras en las playas. Y recuerdo a Rocky, por supuesto.

Al volante, el recorrido más largo que he hecho en los últimos cinco años. Excepto las raras noches en que me dejo caer por el Finest Donuts o el Seahorse, cuando necesito estar rodeado de gente para evitar la tentación de comprar la última botella fatal, suelo quedarme en casa. Incluso durante las evacuaciones por huracanes que he vivido aquí, he optado por quedarme en casa y contemplar cómo las tormentas azotaban la zona, cargadas de hojas y lluvia. Borro de mi mente la idea de continuar con la camioneta de Cecil hasta Montana o Wyoming, o tal vez Alaska.

Supongo que es en ese momento cuando me hago a la idea de que no voy a huir.

La casa de Cecil es un bungalow construido sobre pilares, pintado de un apagado color trigo, con el jardín descuidado y sin segar. Entre mis manos y la pierna que me falla, me lleva un rato trasladar dentro todos los artillugios para pintar. La casa está vacía y no hay ni una sola cortina, de modo que el sol

se derrama sin filtro alguno a través de las ventanas en forma de chorros de luz blanquecina.

Despliego la lona por el suelo y utilizo también papel de periódico, cubro con cinta de pintor el zócalo de la sala de estar. Las habitaciones transmiten una sensación rara, vacías y bañadas por esta luz polvorienta. Una luz blanca y desolada. Esto es una casa, un lugar demasiado grande para una sola persona. Por este espacio se han movido familias. Recorro los cuartos arrastrando el pie izquierdo con un sonido rasposo, como de pisar arena, y voy atravesando unos rayos de sol que son como la retícula de una mirilla. Pienso en cosas que he leído sobre este o aquel gran pintor. En cómo la calidad de la luz lo cambia todo, no sólo lo que ves, sino también lo que sientes acerca de lo que ves.

He leído que algunas personas, al sufrir un derrame, ven una intensísima luz blanca, una luz que proviene del interior de sus cerebros.

Así es como describiría la luminosidad de estas habitaciones vacías.

Me paso el día esperándolos. Cada vez que oigo cerrarse la puerta de un coche, agarro el cuchillo que llevo en el bolsillo del mono, y al acabar la jornada doy una vuelta con la camioneta alrededor del Knight's Arms para comprobar si el Jaguar negro está aparcado por allí, después descargo los utensilios de pintura, devuelvo las llaves a Cecil y subo a mi estudio.

Como siempre, me cuesta un poco quitarme el mono porque mi rodilla izquierda se niega a doblarse. Me fumo lo que me queda de mi canuto diario y después me pongo una cazadora y salgo a pasear a *Sage* por la playa.

Me detengo en mitad de las escaleras y regreso para coger el cuchillo de caza.

Tal como está el cielo, hay muy poca gente en la playa. Un par de personas me miran y se vuelven rápidamente. Lanzo la jirafa de *Sage* a las olas y ella sale disparada a recuperarla. Varios chavales se ríen y la siguen mientras ella regresa a la orilla hasta mis pies. Los niños dejan de reírse cuando me ven. Tenemos el sol a nuestra espalda y el aire ya no abrasa. Los tres niños alzan la mirada desde el fondo de una duna, observando a *Sage* y mirándome a mí de reojo. Supongo que están tratando de decidir si *Sage* justifica el peaje de hablar conmigo.

El más pequeño, un chico de cabello pajizo, me pregunta:

—¿Cómo se llama su perro?

—*Sage*, es una perra —le aclaro.

—¿Muerde?

—A veces sí, a veces no.

Él mira a sus amigos y empieza a subir la duna. Los otros dos, un niño y una niña, ambos más altos que él, lo siguen con cautela. La gente está marchándose de la playa, recogiendo sus bártulos y vaciando los moldes para

construir castillos de arena de los niños. Los chicos se agachan junto a *Sage*, que corretea entre ellos mientras intentan acariciarla todos al mismo tiempo. Miro cómo ríen los niños y agarro el cuchillo en el bolsillo, aferro bien el mango para asegurarme de que no asome. El chaval rubio me pregunta: —¿Qué le ha pasado en el ojo?

—¡Sutton! —lo reprende la niña—. Eso es de mala educación.

Le sonrío, pensando en otra niña, una cría que se reía con casi todo.

—No pasa nada —le digo—. Fue un accidente. Hace mucho tiempo.

—¿Por eso tiene la cara así?

—¡Sutton! —La niña intenta abrazar a *Sage*, pero la perra se escabulle por debajo.

—Sí, fue en el mismo accidente.

—¿Le dolió? —pregunta el chaval.

—No lo recuerdo —le digo.

Doy dos vueltas completas alrededor del Knight's Arms, empezando desde tres manzanas de distancia y acercándome en círculos concéntricos para escrutar calles y aparcamientos en busca del Jaguar, de hombres en coches lujosos, de hombres con gafas de sol, de cualquiera que pueda estar vigilando el lugar. Las paredes del hotel son de estuco beis y los pisos inferiores se levantan sobre cimientos de ladrillo. En el estudio, desato el saco de tela en el fregadero, echo al agua hirviendo los cangrejos que he recogido por la mañana, y el aire atrapado en el interior de sus caparazones produce unos chillidos que parecen vocecillas humanas.

En cuanto están cocidos, apago el fuego, pero no tengo hambre. Últimamente cada vez como menos. Es como si no lo necesitase.

Me lío otro porro y cojo una novela sobre alpinistas. Antes, cuando ese truco funcionaba, leer me aliviaba un poco del peso del tiempo.

El hábito de la lectura, que he mantenido estos últimos veinte años, no me convierte en una persona distinta. Simplemente, desde que tuve que dejar de beber, se convirtió en la mejor manera de pasar el rato.

Pero esta noche no funciona. Esta noche el libro me hace recordar más, en lugar de menos. Recuerdo el tacto de la espalda de Rocky mientras bailábamos en aquel tugurio de vaqueros en Angleton, con las luces moviéndose sobre la pista de baile. Apuro el canuto y echo uno de los cangrejos en el cuenco de *Sage*. Oigo el fuerte soprido del aire caliente en el exterior y el rugido del océano.

Pienso en el hombre del Jaguar y con todo mi corazón espero que suceda lo peor. Me pongo la cazadora y me meto el cuchillo de caza en una bota.

Los habituales del Seahorse son en su mayoría trabajadores, afiliados a sindicatos, así como algunos viejos pescadores; curtidos camaroneros y tripulantes de arrastreros acompañados por sus esposas se instalan en las

mesas, hechas con bobinas de cable, bajo las redes que cuelgan de las vigas, un cráneo de caimán con gafas de sol y un monstruoso pez aguja gigante de casi tres metros colgado en la pared del fondo. La gente le tira cacahuetes y cabezas de cangrejo al labrador de pelo claro que sale de debajo de las mesas de billar y merodea en torno a los taburetes cuando le sirven comida a algún cliente. El local huele a pimienta roja, pescado y cerveza, a serrín y a exceso de perfume. Las lámparas del Seahorse tienen forma de ojos de buey y sus cristales dividen la luz en fragmentos coloridos que se derraman sobre las cosas. Los muchachos del Finest Donuts nunca vienen por aquí para no caer en la tentación, pero está a sólo una manzana y a mí a veces me gusta colocarme con un canuto y venir a sentarme en la punta de la barra con un vaso de leche y mis Camel. Todos los que vienen por aquí son pobres y mentirosos.

—¿Desnatada o entera? —me pregunta Sara.

—Entera. No me jodas.

Pone una cara como diciendo que soy un arrogante. Sara trabaja aquí seis noches a la semana, paseando sus voluminosos brazos entre el frigorífico y la barra, pellizcándose los labios cuando la gente le cuenta según qué historias y chinchando a los viejos que se pasan el día sentados bebiendo.

A lo largo de la barra, los rostros se ensombrecen o adquieren un aire extrañamente conmovedor cuando se alzan hacia la pálida luz azulada del televisor que cuelga de la pared. En la pantalla aparece un mapa del tiempo en el que, muy cerca de la costa de Texas, en el golfo de México, avanza girando un remolino de intensos tonos rojo y púrpura; parece la huella dactilar del pulgar de Dios, como si hubiese plantado allí su dedo. Todo el mundo habla de eso.

—Puede ser realmente fuerte.

—No llegará aquí.

—Quizá sí.

—Ni siquiera pasará cerca. Tengo cien pavos. Me los apuesto a que no llega.

—Que te den. Cien pavos, dice. A mí vas a venirme con ésas.

Pero el huracán está más cerca de lo que nadie quiere admitir. A éste lo llaman Ike. Siento un hormigueo alrededor de los tornillos que llevo implantados en algunos huesos y la presión que noto en los ojos no tarda en ser excesiva, así que es hora de marcharse.

Me detengo en la puerta. Lo he visto a través de los barrotes de la ventana.

Un Jaguar negro aparcado con las ventanillas a oscuras, encarado hacia el bar entre una camioneta Ford y un pequeño utilitario japonés. De él se apea un hombre trajeado. Es corpulento, y sospecho que esta vez no va a esperar a que yo salga.

De modo que me doy media vuelta y atravieso el pasillo que conduce a los lavabos para llegar a la salida trasera. Salgo, recorro un par de manzanas en dirección este y regreso dando un rodeo hasta situarme, oculto tras una vieja

cabina telefónica, en la parte posterior del aparcamiento del Seahorse para poder vigilar el coche. Entra una camioneta en el aparcamiento y cuando sus focos iluminan el Jaguar compruebo que no hay nadie dentro.

Me agacho, saco el cuchillo de la bota y me lo escondo bajo la cazadora.

Me dispongo a emprender el largo camino de regreso al Knight's Arms dando un rodeo. Podría meter cuatro cosas en una bolsa, coger a *Sage* y tomar un autobús a Carson City, Eureka Springs o Billings. Pero, mientras miro el coche, sé que eso no va a pasar. Noto que me desborda la impaciencia y se activa mi instinto defensivo.

Bueno, que sea lo que tenga que ser. Pongamos todas las cartas boca arriba. De pronto me excita bastante la idea de una muerte rápida obtenida en la batalla final. Empiezo a caminar hacia el coche.

Me acerco al vehículo por detrás, avanzando sigilosamente hasta el maletero. Tengo los nervios a flor de piel, el corazón acelerado como una batidora. Me agacho junto a la puerta trasera del lado del conductor. La tanteo y, cuando compruebo que la manilla cede, la abro y me meto en el coche. Escudriño el interior en busca de alguna pista, pero el vehículo está limpio, salvo por un mareante olor a colonia. De modo que me escondo y observo. El tipo no tarda mucho en salir del bar y echa un vistazo por el aparcamiento. Cuando se mete en el coche y se sienta, le coloco la punta del cuchillo en el cogote antes de que pueda girar la llave del contacto.

—Dios...

—Date la vuelta. Pon las manos en el volante.

Obedece, colocando en el volante sus zarpas carnosas; un par de anillos de oro brillan cerca de los nudillos y el cabello del cogote está cortado en una línea horizontal perfecta. Es corpulento y el tufillo empalagoso de su colonia invade el interior del coche.

—Vosotros, los italianos, y esa obsesión por acicalaros —le suelto.

El coche está impoluto, sólo iluminado por el resplandor verde del salpicadero, forrado en cuero reluciente, y la radio retransmite un partido amistoso. Me inclino hacia su cara y la examino a la luz del tablero de mandos. Una cara rolliza, cuadrada, con una arrogancia natural. No lo reconozco.

—Estás buscando a alguien —le digo—. No te des la vuelta.

—¿Es usted Roy Cady?

—Cierra el pico. —Presiono el cuchillo contra su cuello y él pega un grito—. Tengo un mensaje para ti. Diles que vengan por mí.

—Espere un momento.

—Cállate. —Hace un gesto de dolor y de la punta del cuchillo brota una gota de sangre—. No digas nada, matón. Sólo tienes que tomar nota de un mensaje. Diles que vengan por mí. Estaré aquí esperándolos y voy a joderles la puta vida.

Dudo que este tipo pueda notar que se me quiebra la voz, y aprieto el mango del cuchillo para evitar que me tiemble la mano.

—Diles que estoy esperándolos. Diles que saquen el circo a la carretera.

—Espere...

Como no quiero oírlo, aprieto el cuchillo para que se calle. Me estoy sofocando en este coche de lujo invadido por una nube de colonia.

—Diles lo que acabo de decirte. —Abro la puerta con la otra mano—. Si vuelvo a verte por aquí, de un tiro te saco los dientes por el cogote y luego alego legítima defensa.

Salgo del coche y me escabullo todo lo rápido que puedo con mi cojera, buscando la protección de las sombras; el tipo del coche me dice algo, pero sea lo que fuere se lo lleva el viento. Me duelen las costillas por el bombeo acelerado del corazón y el metal que llevo en la cavidad del ojo me da punzadas. Avanzo entre sombras y por callejones, moviéndome con rapidez al pasar bajo alguna luz, y cuando llego al Knight's Arms el Jaguar todavía no ha aparecido.

Subo temblando las escaleras y cierro de un portazo en cuanto entro en el estudio. Los restos de cáscara de cangrejo, hechos añicos, cubren el suelo de la pequeña cocina y toda la casa huele como los muelles. Me quito la cazadora y caigo rendido en el sofá, con las luces apagadas. *Sage* levanta la cabeza desde su lecho y gimotea. Da por hecho que estoy indignado por el lío que ha montado, así que le acaricio una oreja para tranquilizarla.

Permanezco sentado en el sofá, sin otra luz que la de encima de los fogones, en la cocinilla, contemplando la grisácea pantalla apagada del televisor y la pared repleta de libros amontonados, mientras deslizo el pulgar arriba y abajo por el filo del cuchillo, apretando cada vez un poco más. No he oído lo que gritaba ese hombre.

Me quito los puentes postizos de la dentadura y la meto en un vaso con enjuague bucal con sabor a menta. Observo los dientes un rato: son como la materialización de un fantasma.

Después me siento muy recto en el sofá y me rasco ociosamente la parte inferior del mentón con el cuchillo.

Vigilo la puerta. Cuando vengan, la reventarán a patadas.

Me sangra el dedo pulgar.

REGRESÉ a la isla un jueves, poco después del mediodía, a los tres días de haberme marchado. Alguien había retirado la cinta policial de la habitación número 2 y había un carrito de la limpieza en la acera, entre dos puertas. La ranchera había desaparecido y la moto del chaval seguía aparcada frente a su habitación. Varias gaviotas se pavoneaban por el aparcamiento con un aire altanero que me recordó el de los clérigos.

Nadie respondió cuando llamé a la puerta de Rocky y Tiffany.

Sentí en el estómago esa sensación agobiante y enfermiza que me tensaba la espalda y me aceleraba los pensamientos a mil por hora. Atravesé el aparcamiento y al abrir la puerta de la recepción oí una cancioncilla llena de trinos. Más allá del mostrador, unos personajes de dibujos animados cantaban en el televisor mientras fabricaban un vestido y los pajarillos envolvían a una princesa con lazos. Allí estaban Nonie, Dehra y Nancy, con Tiffany sentada en el suelo, comiéndose un bol de cereales y riéndose.

Todas las mujeres me miraron.

—Hola —dijo Nancy con frialdad.

—Hola —saludó Dehra, y su hermana asintió.

No volvieron a fijar la mirada en el televisor, sino que se quedaron observándome. Tiffany me vio, me saludó con la mano y volvió a concentrar su atención en los dibujos animados. Su ropa parecía nueva, un resplandeciente peto blanco.

—La hemos visto ya unas diez veces —me contó Dehra.

Las hermanas soltaron una risita, pero parecía forzada y tuve la sensación de que algo no iba bien. Supongo que yo no presentaba mi mejor aspecto, con los ojos rojos y aire fatigado.

—¿Dónde está Rocky? —le pregunté a Nancy.

Las hermanas volvieron a concentrarse en el televisor. Nancy entrecerró los ojos y me clavó una mirada como una daga.

—Dijo que estaba en el trabajo. No ha aparecido mucho por aquí los dos últimos días. Pensaba que estaba al corriente.

Apoyé las manos en el mostrador y negué con la cabeza.

—He ido a visitar a un amigo. ¿Ha encontrado trabajo?

Ella me dio la espalda y se tomó su tiempo para responder.

—Parece que ha habido cierta confusión sobre si usted iba a volver.

—Claro que iba a volver. Tengo las habitaciones pagadas para varios días más. ¿Qué tal está la niña?

—Es un encanto —intervino Dehra.

—Es preciosa —dijo Nancy—. Es adorable. Y se merece algo mejor que esto.

—Estoy de acuerdo.

Y entonces Nancy guardó silencio y los dos contemplamos a Tiffany, que se secó la boca, se incorporó un poco adormilada, gateó hasta el regazo de Nonie y bostezó. Nancy se levantó del sofá y pasó al otro lado del mostrador.

—Venga conmigo —me dijo en voz baja y con tono imperativo.

La seguí fuera y nos pusimos a la sombra de la marquesina. Eché un vistazo a la habitación de Tray y vi que tenía las cortinas cerradas detrás del papel de aluminio.

Nancy apretó la mandíbula. Escudriñó mi rostro como si yo le hubiese robado algo.

—Sólo quería preguntarle una cosa —me dijo—: ¿a qué se dedica esta chica? No quiero nada de esto por aquí. Ni hablar. No pienso tolerarlo.

—No sé de qué me habla.

—Metió a un hombre en su habitación. La noche que se marchó. Vale. No pasa nada. Es asunto suyo. —Se rascó la cara interior del codo con las uñas—. Pero ayer Lance me viene disculpándose. Me dice que la chica le ofreció un buen precio. Me dice que me pide perdón porque me ama y no quería hacerlo, pero es débil. Toda esa mierda. —Sus labios se habían convertido en una hendidura lívida y su mirada me taladraba.

—Nancy, no sé nada de todo esto.

—¿En serio? Porque, si no lo sabe usted, ¿quién lo sabe? O sea, no entiendo exactamente qué tipo de arreglo tiene con esa chica, ni quiero entenderlo, francamente, pero lo que sí tengo claro es que no es su sobrina. ¿Y la pequeña que está ahí dentro? Es una personita muy especial. Y se merece algo mucho mejor que esto, señor Robicheaux. —Me señaló la recepción con un gesto de la cabeza—. Esta cría no tiene por qué acabar como la otra.

—¿Qué pasó? Después de que hablara con Lance.

—No lo hacemos por la chica, que le quede claro. Ni por usted. Normalmente, la habría echado de aquí a patadas. Y quizá también habría llamado al sheriff. Pero no lo hice. Y el motivo por el que no lo hice es esa pequeña que está ahí dentro.

—Pero ¿qué pasó? Después.

Se toqueteó un pendiente.

—Bueno, fui a hablar con ella. Se enfadó, se puso a gritar y se metió en su habitación dando un portazo. Después sale con un vestido ceñido y el pelo arreglado, con la niña; llama a la puerta de Nonie y Dee y les pide que se la cuiden porque ella tiene que ir a trabajar. Ha encontrado trabajo. Yo lo vi todo porque estaba vigilando que Lance recogiera sus cosas para largarse.

—¿Dónde trabaja Rocky?

—Se supone que en un restaurante del Strand. Pirandello's, un local italiano. Dice que es camarera. También la he visto por ahí con ese tipo de la ocho, Jones. Los he visto bebiendo. Él la acompañó al trabajo. ¿Quiere mi opinión? Esa chica no puede ir por ahí con zapatos de tacón alto; alguien debería decirle que no se los ponga. Intentó dedicarme una mirada despectiva al marcharse, pero la mía fue mucho peor. Se largó. Y desde entonces no

hemos vuelto a verla. Nonie y Dee, como sabe, están encantadas de cuidar de la pequeña. Creo que tienen la esperanza de poder seguir haciéndolo para siempre. Pero después de lo que sucedió con la familia de la número dos... Bueno, digamos que tiendo más a controlar lo que sucede por aquí.

—Joder. —Titubeé, tratando de dar con el modo de convencerla de que yo no era la clase de hombre que consiente ese tipo de cosas. Tenía la garganta seca y me dolían los ojos.

—Joder, exactamente, señor Robicheaux. ¿Sabe que podría llamar a los servicios sociales? Podría explicarles que a la pequeña la han abandonado. Podría contarles que su hermana, o quienquiera que sea, hace la calle. Podría contarles que este borracho con pinta de tipo duro es su chulo.

—Eso no es cierto.

—¿Qué parte? ¿Y yo qué voy a saber? Sólo digo que podría hacerlo. Telefonar a alguien. Ya sabe por qué no lo he hecho.

—Sí.

—Sí. Por esa cría de ahí dentro.

—Yo no sabía nada de todo esto. Lo juro.

Nancy se acercó más a mí y me preguntó:

—¿Quiénes son ustedes en realidad?

Saqué un cigarrillo y le ofrecí otro, pero lo rechazó. Encendí el mío y me apoyé en la pared, y el resplandor del sol empezó a darme dolor de cabeza.

—Es una chica a la que ayudé a salir de un lío. Si le soy sincero, estábamos metidos los dos en un buen lío. No la conocía. Me pidió que las llevara a Texas a ella y a su hermana pequeña. Acabé quedándome con ellas durante algún tiempo, no sé por qué. Supongo que quería asegurarme de que salían adelante. No sé.

—Pues ha hecho un buen trabajo.

—Vamos a ver, escúcheme. Por muy mal que le parezca que está la niña aquí, le aseguro que en el lugar de donde la sacamos su situación era... era mucho peor. He visto la casa en la que vivía.

—Hum. Eso puedo creérmelo. —Bajó la mirada hasta mis botas y se frotó los brazos—. Si uno se mueve demasiado rápido cerca de ella, da un respingo. ¿Se ha fijado? Es asustadiza.

—Sí, me di cuenta cuando jugábamos en la playa.

—Míreme a los ojos, señor Robicheaux. —Lo hice—. ¿Es usted el chulo de esa chica, o algo por el estilo?

—No. No, señora. No lo soy. Ni nada parecido. Tan sólo intenté ayudarla y eso me trajo hasta aquí.

—Hum.

Me dedicó un gélido dictamen desde el estropicio de arrugas que era su rostro, con una mirada recriminatoria. Yo había empezado a notar el martilleo de un dolor de cabeza y me recordé a mí mismo que no toleraba que nadie me hablase de ese modo.

—¿Qué quiere que haga? ¿Eh? ¿Qué le parece si me subo a mi camioneta y

las dejo a las dos aquí plantadas? No son mi problema. ¿Lo entiende? Joder... yo mismo llamaré a los servicios sociales por usted. Déjeme hacerlo. Se llevarán a la pequeña. Le buscarán unos padres adoptivos. Y así ya no tendré que volver a preocuparme por toda esta mierda. ¿Qué le parece si les cuento que recogí a esa chica con mi camioneta y de repente ella se largó y me dejó a su hermana pequeña?

Cruzó los brazos y alzó el mentón, y no dio ni medio paso atrás cuando me pegué a ella.

—No creo que tenga muchas ganas de hablar con el sheriff sobre nada. Una vez oí que ella lo llamaba Roy. De hecho, estoy pensando que el nombre que ha dado aquí no es el auténtico, y estoy absolutamente segura de que no quiere que nadie le tome las huellas dactilares.

Me quité el cigarrillo de la boca y lo tiré con un movimiento brusco; una gaviota pegó un salto para esquivar las chispas que salieron desprendidas de él.

—Entonces, me largo y punto. Puede hacer que metan a Rocky en la cárcel y que envíen a la cría con una familia adoptiva, y nada de eso me importaría un carajo.

—Claro que podría largarse. Pero me parece que ya lo habría hecho. Tal vez ya lo ha intentado y no ha podido.

Paseé la mirada por el motel.

—Y tampoco quiere dejar a la pequeña —añadió Nancy—. Se ha encariñado de esa cría.

Me froté los ojos y mostré las palmas de las manos, aceptando que tenía razón.

—De acuerdo. Dejemos de decirnos gilipolleces.

Ella esbozó una sonrisa, aunque sin borrar del todo el aire de fastidio.

—Podemos hacerlo. Pero déjeme que le diga una cosa. Pase lo que pase, alguien va a tener que hacerse cargo de esa cría.

Asentí. Nos apoyamos en la pared y contemplamos a los pájaros del aparcamiento. El cálido viento ululaba entre los edificios y sobre el asfalto serpenteaban montoncitos de arena. El aire estaba tan impregnado de mar que noté en la boca el sabor de las algas.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—¿Puede ocuparse de la niña durante algún tiempo más? Voy a intentar encontrar a Rocky. ¿De acuerdo?

Se lo pensó unos instantes.

—¿Cuánto tiempo?

—No mucho.

Caminé hasta la habitación 8 y al llegar a la puerta me volví y comprobé que Nancy seguía observándome. Esperé hasta que se metió en la recepción y golpeé con los nudillos.

Tray comprobó quién era por la mirilla e hizo una mueca de dolor cuando abrió y se topó con la luz del sol. Entré y cerré la puerta. Iba a pecho

descubierto y encorvado, con los esqueléticos brazos colgando como pesos muertos. La habitación estaba en penumbra y el aire, cargado de humo de cigarrillo y olor corporal, de sudor.

—Eh, vaquero —murmuró, y se dejó caer sobre la cama. Extendió los brazos y se quedó mirando al techo. Tenía la cara cubierta de una lustrosa película de sudor y parpadeaba continuamente. Iba a la deriva. Colocado. Esquelético como un Cristo.

—¿Sabes dónde está Rocky?

Me respondió muy lentamente:

—Ha dicho... que se iba a trabajar.

—¿Qué pasó entre ella y tú?

—¿Pasó? —Se incorporó y se frotó la cara con una mano. Yo le veía las costillas y la piel estriada sobre su escuálida musculatura—. No pasó nada, tío. Salimos. Tomamos unas cervezas. Y la acompañé al trabajo.

—¿Le pagaste?

—¿Qué? Vamos, tío. —Negó con la cabeza y se rió entre dientes—. El Killer no va de putas. ¿Te enteras?

Fui hasta el borde de la cama y me acerqué mucho a él.

—¿Adónde la llevaste?

Tray mantuvo la cabeza baja, mirando al suelo, con los brazos flácidos entre las piernas.

—Esto... por el Strand. La dejé allí.

La ropa que guardaba en una bolsa de basura estaba ahora desperdigada por la moqueta y me fijé en que los libros de la mesa estaban abiertos y sus esquemas esparcidos por toda la habitación.

Estaba a punto de salir de allí, pero me detuve.

—¿Dónde has pillado material? —le pregunté.

—¿Qué?

—¿De dónde has sacado la droga? Hace unos días parecías limpio.

—Ah. Ya sabes. Si la buscas, la encuentras.

—¿Has conseguido pasta?

Sus ojos adormecidos me miraron y sonrió encogiéndose de hombros.

—¿Has vuelto a pensar en aquello de que te hablé?

—No. No me interesa.

—Ya.

Se levantó con cierta dificultad. Rebuscó en la bolsa de basura y cogió una camiseta para ponerse, después fue hasta la pila del lavabo y se echó agua en la cara, se pasó las manos mojadas por el pelo y se lo peinó con los dedos hacia atrás.

—Te vi marcharte —me dijo.

Lo observé mientras se calzaba unas zapatillas deportivas y revolvía la mesa en busca de un cigarrillo. Lo encendió, prendió una lámpara y se sentó; dejó que el humo emergiese lentamente de su boca, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Ahora su tono era más sobrio y el acento tejano había

desaparecido casi por completo.

—Te vi pegar un bote del susto mientras leías ese periódico. Yo estaba aquí, mirando por la mirilla. Vi cómo lo tirabas a la papelera y te largabas a toda prisa.

Noté que se me cargaba el pecho, esa sensación de que el interior se endurecía como el cemento.

—Saqué el periódico de la papelera. Me puse a leerlo y vi que... oh, las chicas de ese artículo tenían la misma edad que las chicas de aquí. Uno más uno son dos, ya sabes. Muy simple.

Los dientes me rechinaron al apretar la mandíbula y apreté también los puños. Él no pareció percatarse.

Levantó una mano y me dijo:

—Pero no es asunto mío, tío. No pretendo extorsionarte de ningún modo, manera o forma. Sólo te lo comento. Por si llega el caso.

—¿Por si llega el caso de qué? —le pregunté.

Se inclinó hacia delante. Deslizó el cenicero sobre la mesa para acercárselo y eliminó la ceniza que colgaba del cigarrillo haciéndolo rodar por el borde de plástico acanalado.

—¿Sabes?, dar este palo sin un colega aumenta las posibilidades de que me pillen. Si no los polis, alguna otra persona. ¿Me entiendes? Así que míralo de este modo. Imagínate esposado, sudando en una sala de interrogatorios. Estoy a punto de derrumbarme, ya sabes, me encuentro mal, necesito salir de allí. Y los polis, esos cabrones despiadados, están encantados. Ese poli desea que me caiga una condena larga. Quiere aniquilar mi futuro. Así que yo estoy desesperado, enfermo, medio enloquecido. Y entonces podría flaquear, podría decir: Escuchad, dadme un respiro, un poco de vidilla, olvidaos de los cargos y os doy la pista de un asesinato. Puedo contaros unas cuantas cosas sobre unas chicas desaparecidas.

Los nudillos me palpitaban y notaba la presión de la sangre detrás de los ojos. Entonces él se puso a manipular una navaja de mariposa que había sacado de debajo de unos papeles. Jugueteó con ella, moviéndola, abriéndola y cerrándola y haciendo que la pequeña hoja destellase en su mano. El sentido del numerito consistía en dejar claro que era capaz de cuidar de sí mismo si hacía falta. Y se hurgó entre los dientes con la hoja para demostrar que no le temblaba el pulso.

—Piénsatelo, tío. Ya te he dicho que no tengo ninguna intención de putearte. Sólo digo que ganemos un poco de pasta. Ayudémonos mutuamente. Hay un botín de quince mil dólares para ti. Ganemos un poco de pasta. —Yo percibía el vibrato que de vez en cuando reverberaba por debajo de su voz y provocaba que su tono se elevase un poco, mientras él no dejaba de mirar las cosas que había desparramadas por la mesa o se anudaba los cordones de los zapatos, evitando en todo momento mirarme—. O bien cada uno se la juega por su cuenta.

Yo lo observaba fijamente, y mi rabia se iba apagando porque casi me daba

pena. No había tenido buenos maestros. No me conocía ni era consciente de lo que significaba decirme esas cosas. Dio un golpecito a su cigarrillo para tirar la ceniza acumulada, se recolocó bien los vaqueros, se rascó el brazo, se retocó el pelo y cuando ya no le quedaba ningún otro sitio al que mirar, me observó de frente. Parpadeó como si tuviese un tic.

—¿Y ya está? —le pregunté—. Si hago ese trabajo contigo, ¿cómo sé que no vas a seguir dándome el coñazo? ¿Cómo sé que no me pedirás que volvamos a hacerlo? Que no vas a tenerme permanentemente agarrado por los huevos.

—Oh, tío. Eso es lo que intentaba decirte. No se trata de eso. Yo no soy así. Esto es un intercambio de favores. Uno por uno. Y quedamos en paz.

Me fijé en una hilera casi invisible de hormigas rojas que se movían por el zócalo de la habitación, y eché un vistazo a los papeles desplegados sobre la mesa: pequeños mapas y diagramas de circuitos. Muchos de los garabatos mostraban diversos tipos de estrellas de cinco puntas, esbozos de cabezas de cabra y de navajas de mariposa.

—Me parece que tendrás que fiarte de mí, tío —me dijo—. Pero soy legal. No digo una cosa y hago otra. Échale un vistazo a esto, tío. Escúchame. Échale un vistazo a lo que he preparado. Piensa en lo que te he dicho. Echa un vistazo.

Nos sentamos un momento y noté que del papel de aluminio de la ventana emanaba menos calor y aventuré que fuera había oscurecido, como si nos hubiera envuelto un manto de nubes.

—De acuerdo —dije—. Pero vas a tener que esperar a que anochezca. Antes tengo que encontrar a Rocky.

—Sí. De acuerdo. Claro que sí.

Parecía menos crío cuando sonreía; se le arrugaba la cara y sus dientecillos torcidos asomaban como un puñado de guijarros.

Me puse en pie.

—Probablemente será mejor que la gente de por aquí no nos vea juntos. Nos encontraremos en los almacenes Circle K, calle abajo. A las ocho.

—Eres un paranoico, colega. Aquí nadie va a enterarse de nada.

—Si quieres que participe en esto, vamos a empezar a ser prudentes. Desde ahora mismo.

—Vale, vale. Tío, en esto me recuerdas a Wilson.

—Entonces haz lo que te digo.

Me dio la razón con una mirada burlona. Yo no miré atrás al salir de la habitación. Comprobé que había acertado: se habían acumulado un montón de nubes grisáceas que flotaban muy bajas, como si el denso cielo que se nos echaba encima fuera la cara inferior de una montaña.

Di con el restaurante junto a la calle Veintidós, entre el callejón de los

talleres de reparación de barcas y la calle del mercado. Pirandello's ocupaba la planta baja de un edificio de piedra rojiza con la entrada flanqueada por unos adornos de cristal esmaltado en forma de llamas, con bombillas encastradas. En la puerta acristalada aparecía estampado en letras manuscritas el nombre del restaurante, y unas cortinas color borgoña cubrían la mitad superior de las ventanas. Calle abajo un hombre gritaba a un perro.

Se me acercó una camarera en cuanto entré. El personal vestía pantalones o falda de color negro con camisa blanca y pajarita. Eran las cinco en punto y la chica me informó de que la cocina acababa de abrir y me preguntó si deseaba una mesa. Apenas un tercio del comedor estaba ocupado, sobre todo por mujeres que lucían sus blusas, sus joyas y esos voluminosos peinados típicos de las tejanas.

—¿Rocky trabaja hoy?

—¿Quién?

—Rocky. O Raquel. Bajita, con el pelo rubio corto. Muy rubio.

Frunció el ceño mientras pensaba, y bajó la mirada hasta el libro de reservas.

—Pues no la conozco.

—¿No trabaja aquí?

—Yo llevo aquí sólo unas semanas. Supongo que hay gente a la que todavía no conozco.

—Pero conoces a las otras camareras, ¿verdad? Nunca has visto a esta chica... bajita, con el pelo ondulado, muy guapa. Menuda.

—¿Sabe qué? Me suena haber visto a una chica así en la barra una o dos veces. No creía que trabajase aquí.

Señaló detrás de ella, más allá del recibidor y la sala principal, hacia una barra larga y elegante al fondo del comedor, atendida por un barman en mangas de camisa y con esos manguitos hasta los codos que llevaban los hombres el siglo pasado, o cuando fuese.

El barman tendría más o menos mi edad, un bronceado de un tono similar al barro del delta y, según vi cuando alzó la cara para mirarme, unas cejas tan claras que casi resultaban invisibles. Me saludó con una inclinación de cabeza mientras preparaba con movimientos precisos unas bebidas para una camarera. En cualquier oficio, normalmente se puede juzgar la profesionalidad de un hombre por cómo utiliza las manos, si las mueve con languidez o con gestos firmes y mesurados. Me preguntó qué quería tomar, pedí una Miller y le di una propina equivalente al precio de la cerveza.

—Gracias —dijo con un gesto de asentimiento—. ¿Espera a alguien?

—De hecho, estoy buscando a una chica. Creía que trabajaba aquí. —Volví a describir a Rocky y volví a referirme a ella como Raquel—. ¿La conoces? Una chica baja, de cabello rubio limón. Facciones afiladas. Guapa. Me dijo que trabajaba aquí.

Arqueó las cejas, se le formaron unas estrías blancas en la piel de la frente, castigada por el sol. Se mesó una perilla recortada con esmero.

—Creo que sé a quién se refiere. Pero no trabaja aquí. Ha estado en la barra un par de veces, sentada justo allí. Esperaba sentada hasta que alguien se le acercaba. Se quedaba fumando hasta que alguien le ofrecía una copa.

—¿En serio?

Asintió como si le hiciera gracia.

—Si busca compañía, conozco a un par de chicas. Si quiere, puedo llamarlas.

—Quiero a ésta.

—Bueno, que yo sepa, ha estado por aquí un par de veces. El gerente me dijo que lo avisara si volvía a aparecer. Éste es un sitio con clase, ¿sabe?

Recorrí con la mirada las paredes pintadas con esponja y decoradas con ribetes dorados, las esculturas de papel maché que representaban el Coliseo y la torre de Pisa.

—Quiero decir, cada uno sabrá lo que hace, pero esa chica debería probar en bares de hotel, o sitios por el estilo. Éste no es el lugar para eso.

—De acuerdo.

Me levanté del taburete y le di un billete de cinco de propina extra por la conversación. No era difícil imaginarse a Rocky al entrar allí la primera vez, quizá se sentó a solas en la barra sin haber rellenado siquiera la solicitud. Alguien se acerca a ella, o ella lanza una miradita, porque sabe cómo hacerlo, y al cabo de unas horas está de vuelta en el motel, ha ganado algún dinero y cuenta a todo el mundo que ha encontrado trabajo.

Recorrí Harborside, bajé por la avenida Rosenberg hacia el malecón y pasé a poca velocidad junto a la playa atiborrada de gente tumbada en la arena grisácea; el sol pegaba fuego a los contornos de las cosas y se derramaba a través del parabrisas en amplias ondas de luz enrojecida. Yo mantenía los ojos bien abiertos en busca de aquel tono de pelo tan llamativo. Vi a un hombre echado en el banco de una parada de autobús, con la cara tapada por un periódico, mujeres que caminaban en biquini entre sol y sombra, un gordo con un enorme radiocasete en el que sonaba rock tejano.

Los jóvenes se habían apropiado de un tramo de la playa. Sus cuerpos bronceados y esbeltos, aquella manera de darlo todo por sentado, como si el tiempo y las oportunidades fueran su derecho natural, me suscitaron cierto resentimiento. Un frisbee planeaba lentamente por encima de sus cabezas y daba la sensación de que para algunos el mundo era un eterno mediodía; oí sus voces y sus risas y los vi perseguirse como cachorros. No podía imaginarme a Rocky allí. Hay montones de cosas que nunca llegan a ser como deberían.

Antes de volver al motel me detuve en una ferretería de la cadena ACE y compré un paquete de bolsas de basura de doble resistencia Steel Sak y diez metros de cuerda.

Asomé la cabeza en la recepción del Emerald Shores y vi a Dehra y Nancy sentadas con Tiffany ante un juego de mesa; la niña parecía limpia y fresca, con un vestido de lino amarillo. Dio una palmada después de tirar el dado,

alzó la mirada y me saludó con la mano.

Nancy arqueó las cejas interrogativamente y yo negué con la cabeza. Se acercó a mí.

—Tenía razón —le dije—. No trabaja allí. Nunca ha trabajado allí. No sé qué pensar. He dado unas cuantas vueltas por los alrededores, pero no la he visto.

—Jesús, María y José. —Se puso las manos en las caderas—. ¿Y ahora qué?

—¿Hasta cuándo tienen la habitación? Ya he olvidado cuántas noches pagué.

—Creo que está todo pagado hasta pasado mañana.

—Apostaría a que aparece entonces.

—¿Usted cree?

—Apuesto a que sabe cuándo se quedan sin habitación. Volverá para recoger a la pequeña. Si no lo hace, empezaré a buscarla por otros moteles.

—¿Da por hecho que está bien? ¿Que no le ha pasado nada?

—No lleva tanto tiempo desaparecida para pensar eso.

Todavía no quería ponerme a considerar en serio esa posibilidad.

Nancy echó un vistazo al interior de la recepción; los edificios bloqueaban los últimos rayos de sol y en el ambiente reinaba una bruma rojiza y sombría. Veíamos a Tiffany a través del cristal, pasándosele estupendamente.

—Entonces, ¿qué le pasa? Con una cría como ésa... ¿Qué problema tiene?

—La verdad es que no tengo ni idea. Ya sabe cómo son estas cosas. Hay gente así. Les pasa algo, normalmente cuando son jóvenes, y nunca lo superan.

—Pero otros sí.

—Quizá. Pero uno tiende a toparse más con los primeros.

Nancy asintió, repiqueteó con el pie en el suelo y se fijó en un vaso desechable de Big Gulp que alguien había dejado en el aparcamiento. El viento lo hacía rodar de un lado a otro. Bajé la cabeza y le dije: —Escuche. Respecto a la niña... Si algo... No sé... Ustedes cuidarán de ella, ¿verdad?

Echó la cabeza hacia atrás, como si se sintiese ligeramente ofendida.

—¿Qué?

Me fijé en la moto de Tray. Sin que nos diésemos cuenta, había caído la noche y de pronto estábamos envueltos en una luz azulada cada vez más oscura.

—¿Qué hora es?

—Las ocho menos cuarto. ¿Qué acaba de decir?

—Nada. Tengo una cita.

—¿Y nosotros seguimos ocupándonos de la niña?

—Supongo que podría llevármela conmigo. Pero yo no tengo más vínculos con ella de los que pueda tener usted. —Le ofrecí cuarenta dólares—. Tome. Para la cena. O para un poco de diversión. Si Rocky no vuelve mañana, ya pensaremos qué hacer.

No dudó en aceptar los billetes, los dobló y se los guardó en el bolsillo

delantero de los vaqueros.

—No está siempre contenta, ¿eh? La niña, digo.

—¿Qué?

—Tiffany. No siempre está riendo y sonriendo. A veces tiene rabietas. Rabietas muy fuertes. Tira la comida y llora. Empieza a preguntar por la otra y se enfada. Se asusta si te mueves demasiado rápido. Ya sé que ya se lo había dicho.

La verdad es que no supe qué contestar. Me limité a asentir.

Killer Tray esperaba al acecho junto al teléfono público en el Circle K, con los hombros encorvados como si se enfrentase a un viento cortante. Me saludó con la mano en cuanto vio aparecer la camioneta y se acercó corriendo. Yo había metido la cuerda y las bolsas de basura en la parte trasera.

Abrió la puerta.

—Todo bien —saludé.

—¿Quieres echarle un vistazo?

—Vamos. —Suspiré. Me guió hacia Broadway y dijo que no había prisa.

—Básicamente lo guardan todo en el almacén. También hay un pequeño guardarropa, donde guardan los chalecos de plomo y otras cosas, pero detrás, en el corazón del edificio, hay una especie de patio de luces que servía para subir al tejado o algo así. La trampilla del tejado está siempre cerrada con pestillo, pero hay un hueco entre las plantas por el que se puede reptar. La mujer de la limpieza me dejará esconderme allí cuando estén cerrando. Me quedaré allí más o menos hasta la una, y entonces saldré del escondrijo y manipularé la alarma. Necesitamos una furgoneta. Tú te encargas de eso. La aparcas en la parte trasera, cargamos el material... máximo veinte minutos. Lo llevamos a Houston. Y todo el trabajo duro lo habré hecho yo.

—¿Cuál es la dirección?

—El cuatro mil quinientos quince de Broadway.

—Repíteme quién es tu contacto dentro.

—La de la limpieza. Su hermano es un antiguo colega mío.

—¿Hay algún callejón al otro lado? ¿Algún sitio desde el que podamos echar un vistazo?

—Sí, claro. Gira aquí.

Movía las rodillas como si tuviera un muelle, se daba palmadas en los muslos y se mordisqueaba el labio inferior. Yo había imaginado todo tipo de diálogos distintos entre nosotros, otras situaciones posibles. Pero, incluso si el golpe iba como la seda y los dos salíamos con los bolsillos llenos, eso no haría más que animarlo. Por mucho que hubiera dado su palabra, es un hecho incuestionable que no puedes fiarte de un yonqui. Él siempre tendría la baza de lo que sabía sobre las dos chicas.

Intenté no pensar en eso, porque el chaval era como aquella chica del motel

en Amarillo: nunca tendría un golpe de suerte. Sólo podía irle mal.

—¿Dónde estaba tu hogar de acogida? —le pregunté.

—¿Eh? Ah. En Jasper.

—¿Alguna vez os hicieron recoger algodón?

—No.

—En el mío sí. Esos cabrones nos mandaban a todos a los campos, cada año, de agosto a octubre. Lo llamaban Programa Social Suplementario.

—Vaya.

—¿Tenías padres de acogida?

—Ah, sí —me dijo—. Una vez. Cuando tenía ocho años. No estaban mal. Pero entonces tuvieron que mudarse. Y no podían llevarme con ellos. Tenía algo que ver con el trabajo de él. —Señaló hacia el parabrisas—. Es aquí.

—Voy a aparcar en la otra manzana. Y nos acercamos por el callejón.

—Claro. Perfecto.

Cruzamos el callejón y nos mantuvimos ocultos entre las sombras. Un contenedor de basura, papeles arrastrados por el viento. Ninguna ventana encima de nosotros. Tray señaló la clínica.

—No sé —dije—. Queda muy a la vista.

—En realidad no, por la parte trasera no. Hay otro callejón que pasa por allí. Tienen una zona de carga y descarga en la parte trasera.

—No sé —insistí.

Lo dejé adelantarse. Saqué los gruesos guantes de trabajo que me había metido en el bolsillo trasero y contuve la respiración mientras me los ponía. Habría podido hacerlo de un montón de maneras diferentes, pero él era frágil como un gatito y ésa iba a funcionar. Guardé silencio.

Al volverse, dio un respingo porque yo me había acercado mucho, pero ya era demasiado tarde. Lo agarré por el cuello. Sus ojos reflejaron que comprendía con terror lo que estaba sucediendo y luego se le hincharon como dos ampollas de sangre, y yo le susurré: «Chist.» Siempre me ponían esa cara: «Espera. Espera.»

Luchó, pero yo tenía los brazos al menos un palmo más largos que él. Se le amorató la cara, los capilares estallaron bajo la piel; intentó coger su navajita, pero se le cayó al suelo con un tintineo mientras yo presionaba con los pulgares y notaba que el hueso hioides se partía. Los ojos se le movieron espasmódicamente y quedaron en blanco. Soltó una última exhalación con un gorjeo y me llegó el olor de sus tripas. La lengua le quedó colgando como una babosa gorda y exhausta.

Mientras lo dejaba en el suelo sentí el impulso de darle una explicación, de convencerlo de que sólo lo había hecho por las chicas. Aunque eso no le habría servido para tomárselo mejor.

Comprobé las dos entradas del callejón, donde la luz de las farolas hendía la

oscuridad, y acerqué mi camioneta de modo que asomara justo a la altura de la esquina. Lo metí en el asiento del copiloto y apoyé su cuerpo en el cristal ahumado de la ventanilla.

Había planeado pararme en una zona oscura de alguna carretera secundaria, envolverlo en la lona y llevarlo oculto en la parte trasera de la camioneta. Sin embargo, mientras salía de la ciudad, tal como estaba, apoyado en la ventanilla, no parecía nada sospechoso, parecía simplemente borracho y, aunque la cabina olía a su última mierda, aún persistía cierta intimidad entre nosotros.

Sentí que teníamos muchas cosas en común. Él conocía bien los extensos prados deshabitados, los apartamentos de una sola habitación, el café preparado en un hornillo, la voz que grita: «¡Apagad las luces!» Por mi parte, sólo yo podía entender su terror al descubrir que había llegado al final del camino, conmigo en ese callejón.

Salí de la ciudad así, con él apoyado en la ventanilla. Mi amigo borracho. Mi último colega. Yo mismo, de joven, débil y temerario.

A poco menos de cincuenta kilómetros de Galveston estaba La Porte, donde una marisma vierte sus aguas en la bahía de Galveston. Había estado allí un par de veces antes, cuando trabajaba para Sam Gino. Hacía mucho tiempo. Estaba tal como lo recordaba. Un territorio de aguas muertas llamado Marais du Chien, un enorme, negruzco y enmarañado caos de socavones y cenagales que se sucedían sin orden ni concierto y en el que todas las zonas se parecían entre sí; un laberinto de cipreses, pinos y sauces infestado de caimanes, serpientes y peces aguja primitivos del tamaño de una canoa. Un camino de riego en desuso conducía hasta un recodo aislado y una zona boscosa que desembocaba en la marisma, y todo eso seguía allí, sólo que más crecido: cañas gigantescas, hiedras enmarañadas y árboles altísimos, recubiertos por la enredadera de kudzu, que lo unificaba todo en una sola entidad, una criatura prehistórica cuya frondosa silueta irregular resaltaba por contraste ante los contornos más claros de la noche.

Mantuve los faros de la camioneta apagados mientras avanzaba por el camino de riego y aparqué entre unos pinos cerca del recodo. Agujereé una bolsa de basura, me la pasé por la cabeza como un delantal de peluquería y saqué el cadáver de la camioneta. Le quité las llaves y la cartera, le desgarré la camisa y los pantalones, corté la ya fría carne bajo los brazos y manó la sangre, lánguida y espesa.

Iba a echarle encima unas cuantas bolsas de basura y luego atarlo con la cuerda, pero oí que el agua se agitaba con un chapoteo. Al mirar la oscuridad casi vi al caimán arrastrarse por la ciénaga y con una sacudida de la cola romper la superficie con un leve *flop*. En algún lado se oyó el aleteo de un pájaro.

Levanté a Tray y lo cargué hasta el recodo. Era ligero, incluso muerto. Lo dejé caer desde mi hombro y se hundió en la oscuridad con un sonoro salpicon. Agucé el oído y percibí el rumor y el borboteo de las criaturas que se acercaban a investigar. Metí su ropa en una bolsa de basura, la cerré con un nudo y la lancé a la marisma. A mis pies, el agua empezó a agitarse y salpicar.

En el camino de vuelta desde La Porte tiré su cartera en una papelería en el exterior de un McDonald's y después me detuve en la primera tienda que vi y compré una botella de Jim Beam, que era horrible, pero no tenían otra cosa.

Rocky todavía no había vuelto al motel y las luces de la habitación de las dos hermanas estaban apagadas. Me colé en el cuarto de Killer Tray. No tenía gran cosa, pero cogí la ropa que había por allí y sus libros y lo metí todo en una bolsa de basura, me aseguré de que no había nadie a la vista y la tiré en un contenedor, a una manzana de distancia.

Después volví a mi habitación, me duché, me quité la ropa y me senté a oscuras de cara a la ventana. Eché unos tragos de una nueva botella de whisky de más calidad y me fumé varios cigarrillos, contemplando el exterior, moviendo las piernas como un resorte y apretando los puños.

Cerca de la una, un Cadillac grande y oscuro entró en el aparcamiento como si flotara, cortando la negrura de la noche con los faros de su morro cuadrado. No era el tipo de vehículo que uno esperaba ver aparecer por allí. Llevaba las ventanillas tintadas y el motor apenas hacía ruido, aunque sí se oía el ronroneo de su potencia en reposo.

Rocky se apeó del asiento del pasajero. Vacilaba un poco sobre sus tacones de aguja y llevaba un vestido que parecía nuevo, con un estampado como de cebra, muy ceñido. Cerró la puerta y tuve la impresión de que se tambaleaba hacia atrás, como si estuviese borracha, y mientras el coche maniobraba entrecerró los ojos para protegerse de los faros, y vi que se detenía y se tapaba la boca con una mano al ver mi camioneta aparcada.

Al abrir la puerta, su cara tenía esa expresión orgullosa y confundida, pero cuando me acerqué se convirtió en temor, y Rocky se las arregló para decir con voz chillona y entrecortada: «Roy.»

Sin detener mis pasos, la agarré por la muñeca y tiré de ella hacia mi habitación.

La metí dentro con brusquedad. Cayó de rodillas y se golpeó la cabeza contra el colchón, de un modo un poco teatral. Cerré la puerta de una patada y corrí las cortinas.

—Roy, espera. —Reculó sin levantarse del suelo—. Espera.

El vestido se le subió dejando a la vista sus piernas, un tirante resbaló del hombro y vi la marca de un cardenal en un muslo.

—No tendrías que usar rímel —le dije—. No sabes ponértelo. Estás ridícula.

Intentó decir algo mientras yo me quitaba el cinturón, pero al mirarme le

falló la voz y puso unos ojos como platos al ver la hebilla. Rocky creía que las cosas iban a ir de otro modo, que podría hablar e insultarme y librarse.

—¡Pensaba que te habías largado! —me dijo.

La levanté agarrándola por el pelo y la sostuve de modo que tenía que mantener el equilibrio de puntillas para no perder el cuero cabelludo; empezaron a caerle lágrimas por las mejillas.

Me quedé mirándola fijamente. Tenía la nariz enrojecida y sus ojos perplejos parpadeaban humedecidos, llenos de venitas rojas. Probablemente todavía estaba colocada. Jadeaba.

Le di una bofetada y cayó en la cama.

—Ese tío, Tray —chilló—, me dijo que tú lo sabías. ¡Me enseñó el periódico!

—Mi vida —dije—. La vida de la niña. ¿Le hablaste de nosotros?

—¿Qué? No...

Enrollé el cinturón y lo hice chasquear de un tirón entre las manos.

—Roy, Roy —titubeó, llorando, con las manos en alto—. Ese tío, Tray, iba preguntando cosas sobre ti. Me preguntó por ti la primera vez que hablé con él, esa mañana que estábamos todos ahí fuera. Le dije que eras un tipo duro, nuestro tío, y un poco peligroso. Eso es todo. Creía que te habías marchado. Me invitó a unas cervezas. No le dije nada más. Y él me enseñó el, el... periódico...

—Todo ese rollo de ser sincera conmigo, ¿y no se te ocurre contarme que eres una asesina?

Se limitó a negar con la cabeza y clavar la mirada en el suelo.

—Tú no... Él... él...

—Me hiciste cómplice. La niña.

Ella negó con la cabeza.

—Y en cuanto me doy media vuelta te pones a hacer la calle.

—¿Media vuelta? Creía que te habías largado para siempre. No me dijiste nada. Simplemente desapareciste. Entonces ese tío, Tray, me ofreció una cerveza y me dijo que te habías llevado todas tus cosas. Necesitaba conseguir algo de dinero, colega. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Y a ti qué más te da?

Parecía demasiado aturdida como para ponerse en pie, se masajeaba el cuello con una mano y en lugar de hablar farfullaba.

—¿Dónde te has hecho estos cardenales?

Se bajó la falda, se encogió de hombros y cruzó los pies.

—¿En el mismo sitio en el que conseguiste el vestido?

Soltó un gimoteo largo y entrecortado, como si no pudiese respirar, y aplastó la cara contra las rodillas, respirando espasmódicamente.

—Dios mío, soy un capullo de mierda. —Me agaché junto a ella y dejé que la pesada hebilla se balancease ante sus ojos—. Si no llevaras a esa niña contigo no tendría ninguna importancia. La sacas de su casa y vas y la metes en esto. Y a mí. ¿Y si te detienen por vender tu precioso culo? ¿Qué pasa entonces? Joder, sabes que es ilegal, ¿no? Por no hablar de la dignidad, la

seguridad y todo eso... ¿Se puede saber qué coño estás haciendo?

La agarré por el mentón, con fuerza, y la obligué a levantar la cara. Las fosas nasales se le dilataban y su mirada, paralizada, desprendía una rabia que me pareció verdadera enajenación, apenas contenida.

—Esa mujer de la recepción... Levanta la cabeza y mírame. Esa mujer de la recepción estaba a punto de llamar a la poli e informarles sobre ti. Estaba a punto de llamar a los servicios sociales para que se hicieran cargo de Tiffany. Iba a contarles que una puta había abandonado a su hija aquí. ¿Sabes lo que eso significaría para Tiffany? ¿Sabes lo que es un hogar de acogida? ¿Me estás escuchando? Mírame. No tienes derecho a llorar por ti, furcia de mierda.

Apartó la cara de nuevo y negó con la cabeza. Dijo que no una y otra vez.

—Lo siento, lo siento, ¡lo siento mucho!

—Déjalo. Me da igual. Vas a mandarlo todo a la mierda y vas a fingir que eres demasiado boba para darte cuenta.

La miré con todo mi odio hasta que dejó de jadear. La obligué a incorporarse cogiéndola por los brazos.

—Háblame. Explícame qué crees que estás haciendo.

—Fue sin querer. Se me fue la olla.

—¿Con Lance? ¿Cómo es posible? ¿Y qué me dices de lo que pasó en Nueva Orleans? ¿Qué me dices de tu amiga, la del dormitorio?

Me contestó en un siseo:

—¿Qué voy a...? ¿Cómo iba a ocuparme de ella? ¿Eh? ¡Necesitamos dinero, Roy! ¡Te largaste! —Se sonó la nariz y se estiró el vestido—. No vas a quedarte. Eso lo sé. Entonces, ¿qué podía hacer? Y además, ¿a ti qué te importa? ¿Qué podía hacer?

—Hay cien respuestas posibles a esa pregunta antes que ponerte a hacer la calle, me parece. ¿Quién era ese tipo? El del Cadillac.

—Un hombre. Nada más. Lo conocí la otra noche. Estaba en la ciudad por unos días y quería compañía. Me ha pagado bien. Puedo pagar una semana más aquí, comprar comida, algo más de ropa.

—Mírate.

—¿Crees que me importa?

—No. La verdad es que no sé exactamente qué es lo que te importa. No puedo imaginármelo. Mírate. Vas hasta arriba de coca.

—No. Yo... yo no...

Volvió a romper a llorar y parecía incapaz de articular palabra. Se acurrucó en la cama y se tapó la cara con las manos.

—Maldita sea, Rocky, las cosas podrían habernos salido bien.

—¿Adónde te fuiste? ¿Adónde te fuiste?

—Como si todo esto fuese culpa mía. Ya no tenía ningún motivo para seguir a tu lado. ¿Lo entiendes?

—Qué más da.

Me enrollé el cinturón en una mano y permanecí de pie junto a ella. La única lámpara encendida proyectaba en la habitación unas sombras alargadas

y puntiagudas y daba a su rostro un aire fantasmagórico. En el ambiente olía a sal y a sexo reciente, almizclado y húmedo. El cuero rechinó entre mis nudillos. No quería hacerlo, pero es como pegar a un perro al que quieres.

Es importante darle una lección. Es una lástima, pero es el único modo de que el estúpido animal aprenda.

Sin embargo, como si de pronto me hubiesen disparado con una escopeta de cañón doble, me vino uno de esos accesos de tos y sentí como si algo muy pesado me golpease en el pecho. Me incliné y expulsé aire, con una violenta tos seca, salpicada de sangre.

Vi destellos y se me fue la cabeza. No podía respirar y caí de rodillas. El dolor era insoportable, cada vez que tosía era como si me golpearan el pecho con un mazo. Las costillas me ardían como si tuviese alguna herida por dentro, veía bailar la luz en fogonazos y se me aparecía la parca abriéndose camino a través de mis tejidos, un golpe de guadaña por cada tosido.

—¿Roy? —Rocky se había acercado a mí—. ¿Roy? Venga, colega. ¿Te estás...? ¿Llamo a una ambulancia?

Estiré un brazo para detenerla. Le agarré la mano y se la apreté muy fuerte, tomándola como asidero mientras tosía —bramidos, raspaduras y garganta reseca—, pero ella no me soltó. Me tomó la mano entre las suyas, me devolvió el apretón hasta que dejé de toser, y aun después siguió sosteniéndomela.

Cuando se me pasó, necesité un rato para recuperarme, y una vez que lo conseguí, tenía la cara húmeda de lágrimas y mocos. La miré y supe que veía el miedo en mis ojos.

Me limpié la boca, pero no había sangre.

—¿Qué he de hacer contigo? —dije resollando como un anciano, como si acabara de hacer gárgaras con un desatascador de tuberías—. ¿Qué he de hacer contigo? ¿Qué?

—No lo hagas. No nos abandones, colega. Yo no puedo...

Se secó las lágrimas y me apretó la mano con más fuerza hasta que finalmente la soltó.

—Joder.

Se acarició la palma de la mano con los dedos de la otra y me miró nerviosa.

—¿No deberías ir al médico?

—¿Necesitas al hombre del tiempo para que te diga que está lloviendo?

—Pero estás enfermo, ¿no? Ya sé que no quieres que te lo recuerde. Pero no haces nada por cuidarte. Sigues bebiendo. Y fumas.

—Cuando tienes una enfermedad como la mía, no te recuperas.

—Roy...

Su cara se descompuso, como la de un niño que va tomando conciencia de la verdadera dimensión de una mala noticia.

—En Orange, yo, yo, yo... —Le dio un ataque grave de tartamudeo y se tapó la boca con ambas manos.

—Tranquilízate. No pasa nada. Nadie va a relacionar eso contigo. Me he

deshecho de la pistola.

Bajó la mirada al regazo y rompió a llorar, pero de un modo distinto, más afligido.

—Eh. Eso ya ha pasado. Está zanjado. No te salpicará. La única persona con la que tienes que arreglarlo eres tú misma.

—Soy tan... —Negó con la cabeza—. Tú no... Él solía decirme, me repetía, que era culpa mía...

Un pesar avergonzado estremeció su rostro y de nuevo parecía una niña pequeña, y yo comprendí lo mucho que se odiaba a sí misma.

—No tengo la menor duda de que se lo merecía, ¿me oyes? Ninguna duda. Si me hubieras contado tus razones, probablemente lo habría hecho yo mismo. No importa. Ya está hecho. Ahora tienes que olvidarlo.

Me incorporé y la ayudé a levantarse, y cuando le puse una mano en el hombro, pegó la cara a mi pecho y de nuevo rompió a llorar.

—Estas cosas son así. No estás obligada a sentir nada. Tú decides lo que sientes y lo que no sientes. Te guardas lo que quieres, y si algo no va, te olvidas.

Se abrazó a mí con aquella agilidad de sus brazos.

—Roy, ¿tú crees en el infierno?

—No —le respondí—. Salvo que esté precisamente en la Tierra.

—Tengo que recoger a Tiffany. Debería...

—Voy a contarle a Nancy que ya has aparecido. El único motivo por el que nadie llamó a la policía es que todas adoran a Tiff.

—Lo sé. Es cierto. Lo tuve en cuenta cuando... Quiero decir que ya sabía que esas mujeres no dejarían que le pasara nada malo a Tiffany, o...

—No puedes hacer una cosa así.

—No, ya lo sé.

Le temblaron las rodillas y la ayudé a sentarse en la butaca. Rocky necesitaba seguir desahogándose, así que le dije:

—Bueno, hálame de él.

—No quiero.

Negó con la cabeza. Reflexioné unos instantes.

—No es tu hermana, ¿verdad?

Me lanzó una mirada de perplejidad, volvió a bajar la cabeza y se puso a llorar de nuevo.

—Vale —dije—. Tranquila.

—Y la dejé allí. La abandoné.

No tenía nada que responder; me limité a dejarla allí sentada, recuperando el ritmo de la respiración. Me froté el pecho y esperé.

Cuando habló lo hizo con voz queda, pero con una sobriedad nueva en ella:

—Lo que pasó es que me puse enferma. Mamá no estaba. A veces se marchaba de la ciudad un par de días para trabajar en una convención, o cosas por el estilo. El hecho es que ella no estaba en casa. Yo había cogido una gripe o algo parecido después de pasar la noche debajo de ese puente de

caballetes. Pero ésa es otra historia. El asunto es que cuando llegué a casa me subió la fiebre y tuve que quedarme en la cama. Sólo estábamos Gary y yo, así que él trasladó el televisor a mi habitación para que yo pudiese ver la tele, y recuerdo haber pensado lo amable que era. No teníamos ninguna medicina y él no paraba de beber de una botella. Me dijo que eso era un buen remedio cuando estabas enfermo. Que su madre les daba a él y a sus hermanos un poco de whisky para combatir el resfriado. Así que se sentó conmigo a ver la tele y de vez en cuando me ofrecía un trago en un vasito de plástico. Recuerdo que era en un vaso de plástico. Y al cabo de un rato yo ya me encontraba mejor, como más contenta, y ya no me importaba estar enferma. Y él me contaba chistes y nos reíamos con lo que ponían en la tele. Había muy poca luz, sólo un par de velas y la tele, y él estaba sentado a mi lado en la cama, y no quise darle importancia, porque yo estaba cada vez más alegre. Sin embargo, estaba tan gordo que hundía el colchón y eso me hizo rodar hasta su lado, medio adormilada. Y entonces, no sé, ya era tarde... yo me medio desperté, aunque en realidad ya debía de estar despierta. No sé exactamente cómo sucedió. Pero me desperté y estaba sucediendo. Él estaba encima de mí. —Negó con la cabeza, pasmada, como si estuviese contando la historia de otra persona—. Era tan gordo... Yo casi no podía respirar. Tenía granos en los hombros, varios juntos, enormes y rojos, y olía a cangrejo de río, a barro.

Pensé que no se sobrevive a ciertas cosas, aunque no te maten.

Ella continuó:

—En cualquier caso, cuando mamá regresó a casa, no sé, creo que él le contó algo. Le contó que era culpa mía o algo así. Desde entonces ella se comportó de un modo diferente conmigo. A mí me venían ganas de llorar a gritos cada vez que veía a aparecer a Gary. No sabía de qué iba todo aquello. No entendía qué me estaba pasando. Comencé a engordar y mamá se largó. Y entonces Gary empezó a decir que eso sería positivo. Podría conseguir ayudas del estado. —Reclinó la cabeza en una mano—. Seguí engordando y llegó un momento en que ya no podía salir de casa. Él esperó hasta el último instante para llevarme al hospital.

Me incliné hacia ella.

—Ve a tu habitación. Date un baño, o lo que sea. Relájate, sácate todo esto de la cabeza, despégate. Aclárate las ideas. Esto, lo que estabas haciendo, se acabó.

—¿Tú qué vas a...?

—Voy a quedarme en mi habitación. También he tenido una noche muy larga. Por la mañana hablaré con Nancy. Para entonces ya se me habrá ocurrido algo. No podemos quedarnos más tiempo aquí. Tenemos que marcharnos.

—De acuerdo. De acuerdo. Lo siento.

—No te preocupes.

—Siento haberte hecho escuchar todo eso.

Le abrió la puerta y ella salió, pero se detuvo un momento al ver la moto de

Tray, que seguía aparcada delante de su habitación. Volvió la cabeza y me miró, pero no dijo nada. Yo me quedé en la puerta, contemplando cómo se metía en su habitación, y ella se volvió de nuevo para mirarme, como para asegurarse de que yo no había desaparecido, y cerró la puerta.

Durante esas primeras horas de la madrugada dediqué un rato a pensar cuál era el paso correcto. Quería que esas chicas tuvieran algo de dinero. La vida había enseñado a Rocky a conservar en el centro de su corazón el pánico a lo que de verdad significa carecer de medios.

Podía ser que, a pesar de ello, siguiera haciendo las cosas que hacía. Yo no estaba seguro de si eso tenía importancia.

Me rasqué el pecho y lo noté dolorido e irritado por el ataque de tos.

Mi enfermedad lo había acelerado todo. Creo que, de haber tenido una vida por delante, habría luchado por esas chicas, habría hecho lo posible por que las cosas les fuesen bien durante algún tiempo. Pero yo no iba a vivir mucho más.

Contemplé cómo el humo de mi cigarrillo se estrellaba contra el papel de pared medio despegado, y a medida que el nivel de la botella descendía y mis pensamientos se volvían cada vez más intuitivos, frenéticos, se me fue ocurriendo un plan.

Saqué la carpeta que me había llevado de la casa de Sienkiewicz.

Aclaré las cosas con Nancy y ella pareció, al menos momentáneamente, satisfecha respecto al bienestar y los cuidados de Tiffany. Le dije que pronto nos marcharíamos. Empezaba a alejarme de ella cuando me preguntó: —¿Ha visto al señor Jones por algún lado?

Me detuve y negué con la cabeza.

—Lo vi ayer por la tarde un momento. Fui a preguntarle por Rocky. —Miré hacia su habitación—. Su moto todavía está aquí.

Ella no dijo nada.

—¿Le debe algún día por la habitación?

—No. De hecho, todavía le quedan un par de días pagados.

Me fui al cuarto de las chicas sin añadir nada. Rocky estaba sentada en la cama, detrás de Tiffany, acariciándole el pelo mientras veían en la televisión un programa de entrevistas.

—Hoy debes quedarte con tu hermana —le dije—. Sé buena. Volveré.

Parecía escarmentada, pálida, los hombros caídos y la mirada triste, y me habló sin alzar la voz y sin mirarme: —¿Qué vas a hacer?

—Tengo un asunto entre manos. Volveré más tarde. Es una cosa para vosotras dos.

—De acuerdo.

Clavó la mirada en el pelo de Tiffany, con una expresión pasiva y ausente. Sus dedos se movían automáticamente, como piezas de un mecanismo.

Me aseguré de que tenían algo de dinero y conduje hasta San Marcos para abrir una cuenta bancaria en el First National.

Volví a repasar atentamente los papeles de la carpeta. Listas de embarque, horarios de llegadas y salidas de barcos, con anotaciones manuscritas que dejaban constancia de la desaparición de ciertos contenedores, marcados con un círculo rojo y apuntados también en un cuaderno de contabilidad que consignaba pagos y menguas de carga de ciertos barcos en un lenguaje absurdamente neutro, sin códigos para encriptar la información o cifras anotadas en los márgenes. El nombre «Ptitko» aparecía un buen número de veces. Supongo que Frank Sienkiewicz creía que aquello iba a ser para él una especie de seguro de vida, algo que lo mantendría a salvo.

Una idea bastante estúpida, de hecho. Tal vez estaba intentando hacer un trato con algún fiscal y hubo un soplo. Tal vez amenazó a Stan con esos documentos. No lo sé.

El First National tenía oficinas por todas partes, incluida Nueva Orleans, y yo podría telefonar desde cualquier sitio y obtener el saldo de la cuenta pulsando unos números.

En aquella época sólo hacía falta un carnet de conducir y algún documento secundario en el que constara la dirección postal. Adjugué a la cuenta la dirección que figuraba en mi carnet de conducir, en alguna parte de Alexandria.

El trámite me llevó la mayor parte del día y cuando regresé a última hora de la tarde pasé a saludar a las chicas. Rocky se había metido en la cama. Estaba tumbada, mirando al techo mientras el televisor emitía un zumbido, y Tiffany se entretenía con un osito de peluche que le habían comprado las dos ancianas.

—Eh, ¿estás bien?

Rocky parpadeó sin dejar de mirar al techo, con su mapa de manchas de humedad de un marrón grisáceo.

—¿Te encuentras mal?

—No.

—Bueno, ¿pues qué pasa?

Habló en tono seco, sin mover apenas la boca, pero entornó un poco los ojos y parecía querer concentrarse, como si estuviese viendo una película proyectada en el yeso manchado del techo.

—Sólo estoy descansando. Estoy cansada, Roy.

La niña volvió la cabeza para mirarnos, con las manos aferradas al cuello del osito de peluche, que colgaba tieso como si lo hubiera estrangulado.

—¿No estás enferma? —le pregunté.

—No, no lo estoy. De verdad.

La mirada de Tiffany iba y venía entre Rocky y yo, buscando pistas, y un estremecimiento de desasosiego me recorrió la espalda. Me pregunté, quizá por duodécima vez, qué vida la esperaba, y recordé a la chica de la parada de camiones de Amarillo.

Rocky habló de nuevo:

—Sólo estoy descansando, Roy. Me relajo y pongo en orden mis ideas. No te preocupes. Estaré bien. —Sus pupilas oscilaron como si estuviera siguiendo con la mirada los movimientos de un enjambre—. Sólo necesito dormir toda la noche y estaré recuperada.

—Vuelvo a salir un rato. Sólo unas horas, nada más. Y ya no tendré que volver a marcharme. Así que no quiero que te preocupes. Cuida de tu hermana, yo volveré esta misma noche. Aquí tienes treinta pavos. Pide una pizza, o lo que queráis.

—De acuerdo.

Tiffany sacudió el osito y los brazos aletearon en el aire.

—He pensado que mañana podríamos ir a algún lado —dije, y sonó como una propuesta un poco tonta, pero tenía la sensación de que debía ofrecerle algo antes de irme, una promesa de algún tipo que la ayudase a pasar la noche. Tal vez nosotros dos solos. A cenar, o algo por el estilo.

—Seguro. Suena bien, Roy.

—De acuerdo. Bueno, nos vemos pronto, chicas.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Llamar por teléfono.

Fuera estaba oscuro, no había estrellas en el cielo y el ambiente cargado anunciaba lluvia inminente. Uno de los faros de la camioneta fallaba y el haz de luz de la izquierda, débil e intermitente, hacía aparecer y desaparecer la llovizna que ya caía. Por si tenían un modo de localizar el prefijo, o algo por el estilo, había pensado que lo mejor era llamar desde lejos de la ciudad. Conduje un par de horas para entrar en Luisiana y llegué hasta Leesville. Por si acaso.

En el exterior de una gasolinera abandonada había una cabina que se inclinaba a causa de la tierra reblandecida. En los paneles de la gasolinera, la lista de precios estaba en blanco y las ventanas de la oficina, junto al garaje, estaban cubiertas con bolsas de basura cortadas y extendidas sobre los cristales. Recordé las bolsas que había comprado para envolver a Tray y empezaron a temblarme las manos. En la cabina, eché un par de tragos de mi botellita de J&B y me quedé dentro fumando un cigarrillo. Del bosque denso que bordeaba la vieja carretera llegaba un griterío de insectos y en el suelo de hormigón del aparcamiento se abrían paso las grietas allá donde brotaban unos hierbajos como cabellos encrespados, de un amarillo blanquecino a la luz de la farola que se encorbaba sobre la cabina como una madre protectora. Fuera de ese círculo de luz, el viento sacudía las hojas de los árboles.

Cuando me acabé el cigarrillo, encendí otro. Sostuve el auricular, metí las monedas y marqué el número.

Tuve que pasar primero por el filtro de George, el barman, y estuve a punto de preguntarle cómo tenía la oreja.

—Dile que soy Roy —le pedí.

Como tardó un par de minutos interminables, me dediqué a escuchar los

zumbidos de los insectos y contemplar las polillas y los mosquitos que revoloteaban y ascendían hacia la luz amarillenta. Antes de que él hablase, oí un clic y un ligero aumento del crepitar de la línea telefónica, pero yo sabía que él tenía esa cosa en su aparato para impedir las escuchas.

—Sólo puede ser alguien con ganas de tocarme los cojones —dijo la voz al otro lado de la línea. Era profunda y rasposa como el croar de una rana, y también forzada, con un acento de Nueva Orleans exagerado y, como siempre, una pronunciación muy precisa—. ¿Eres tú de verdad?

—Sí, soy yo de verdad —respondí, y oí que le daba una calada al cigarrillo, hasta el crepitar del tabaco al arder llegó a mis oídos. Imaginé a Carmen volviendo la cabeza para mirarlo con una sonrisa. Me sentí expuesto bajo la luz de la farola, solo en aquella carretera vacía, envuelto en una oscuridad estrepitosa.

—Qué bien te lo curraste. Impresionante, en serio.

—No tenía otra opción.

—No. Ya lo entiendo. Lo limpiamos todo. Pero, joder... Me preguntaba si volveríamos a tener noticias tuyas, ¿sabes?

—Sorpresa, sorpresa.

Oí el suave crepitar de su cigarrillo e imaginé su cara redonda, ceñuda, el desprecio en esos pequeños y brillantes ojos de mirada calculadora y el humo al salir de sus fosas nasales.

—¿Vas a volver por aquí? —me preguntó.

—Yo diría que no.

—Sí, ya me lo imaginaba.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo.

—¿Por qué qué? —preguntó.

—¿Por qué nos montaste esa encerrona, Stan? De verdad, ¿por qué?

—Te estás equivocando, Big Country. No fuimos nosotros. Fueron los armenios. Tenían sus propias cuentas que saldar con ese tipo. Cosas tuyas. Coincidisteis todos allí por casualidad. Mala suerte. Ellos no tenían intención de liquidaros. Sólo iban por él.

—¿En serio?

—Absolutamente. Pura mala suerte. Pero los que acabaron jodidos fueron ellos, ¿no?

—¿Me estás contando la verdad?

—Palabra de honor.

Observé mi reflejo en el cristal sucio y agrietado de la cabina. No parecía yo. Había perdido más de tres kilos en la última semana y me había rapado el pelo.

—Lo que pasa —le dije— es que nos ordenaste que no lleváramos armas. ¿Lo recuerdas?

No respondió. Creo que apagó el cigarrillo.

—¿Stan?

—Oh, vaya, ahí me has pillado.

—Si tanto te molesta la presencia de cualquiera que se la haya tirado, vas a tener que cargarte a unos cuantos cientos de personas.

—Ojo con lo que dices, Big Country.

—Matarnos así, ¿por qué? ¿Por ella? Es demencial.

—Ah. Pero no es exactamente eso. Tú. Angelo. No sois lo que se dice esenciales para la organización, ¿sabes? La cuestión era: ¿por qué no hacerlo? Como quien aplasta una araña. Y mataba tres pájaros de un tiro. Vosotros dos os cargabais el muerto de Sienkiewicz, ¿sabes? ¿Por qué no iba a hacerlo? El porqué es porque a mí me sale de los cojones. El porqué es que yo soy quien toma las decisiones.

—Tu mente es como un nido de serpientes.

—Lo has entendido perfectamente.

Tragué saliva y respiré hondo. Fijé la mirada en las oscilantes hojas que asomaban al borde de la oscuridad.

—Pues bien —dije—, tengo algo en mi poder.

—Pues bien.

—Listas de embarque. Registros. Un libro de contabilidad que explica claramente todas las transacciones. Tu nombre aparece por todas partes. Y hay una carta muy larga y muy detallada que explica las operaciones. Escrita a mano por ese tipo. Sospecho que eso era lo que buscaban los supercomandos.

Oí un golpetazo al otro lado de la línea.

—Cabronazo —dijo—. Por encima de mi cadáver...

—Pues por encima de tu cadáver. Tú te lo has buscado, hijo de la grandísima puta, bola de grasa polaca. Eso es lo que querían, ¿verdad? Los documentos que había reunido Sienkiewicz.

La línea crepitaba a fuego lento. Los insectos revoloteaban en el cono de luz como los falsos copos en los globos de nieve navideños. Algo se movió: por el lado sur, los árboles empezaron a proyectar su sombra. El estallido de unos faros iluminó la carretera. Oí rugir un motor y el corazón se me aceleró mientras pasaba una furgoneta; me cegó durante un instante, me lanzó el humo del tubo de escape y tumbó mi sombra alargada en el pavimento del aparcamiento.

—¿Desde dónde me llamas? —me preguntó Stan.

—No importa.

—¿Qué quieres?

—Setenta y cinco mil. En una cuenta.

—¿Eh?

—Es una ganga.

—Me parece un poco exagerado.

—Si no recibo el dinero, mandaré copias de los documentos. Al *Times-Picayune*. Al periódico de Baton Rouge. A alguno de tirada nacional. Y el original a los federales. Pone «Ptítko». Bien claro. Casi en todas las páginas. Ptítko.

—Aun así.

—Coge un bolígrafo, porque estoy a punto de colgar.

—Pero, vamos a ver... ¿Qué garantías me das?

—Lo que puedes dar por garantizado es que, si me pasa algo, los papeles se enviarán de todos modos.

—No quiero que este asunto me persiga toda la vida. No quiero que vuelvas a llamarme cuando te hayas gastado la pasta.

—Supongo que tendrás que aceptar que mi palabra vale más que la tuya. Mientras yo siga respirando, los papeles estarán a buen recaudo. He leído alguna cosa sobre el tipo que está a cargo de esta investigación, el fiscal de los federales, Whitcomb. Leí en un periódico que está realmente hecho una furia por la desaparición de Sienkiewicz. —Ptitko no dijo nada—. Esa cantidad compra mi silencio. Con eso me doy por satisfecho. ¿Tienes un bolígrafo?

—Espera.

—No.

Le leí el número de cuenta del First National. Le dije que, si a las cuatro del día siguiente no había transferido el dinero, iría a la oficina de correos. Y colgué.

Habían empezado a temblarme las manos de nuevo y me flaqueaban las rodillas. Eché un buen trago de J&B. Salí de la cabina y vomité. Los jejenes y mosquitos se cebaron en la bilis y revolotearon en torno a mi cabeza como si dibujaran una corona.

El faro que fallaba me obligó a estar atento todo el camino de vuelta; eché mano de la botella y mantuve la radio apagada. Mi pie resbalaba en el acelerador cada dos por tres.

En las playas de la isla ardían hogueras dispersas. El viento del mar retumbaba con fuerza. En el motel, aparte del rótulo iluminado con una luz mortecina y la lámpara de mesa de la recepción, todo estaba a oscuras. La barbacoa de Lance estaba de nuevo plantada frente a su puerta.

Eché un vistazo por la ranura que quedaba entre las cortinas de la habitación de las chicas y vi que el tenue resplandor azulado del televisor iluminaba sus cuerpos dormidos. Rocky estaba acurrucada, agarrando la colcha, y Tiffany se hallaba a su lado, con los brazos y las piernas extendidos y vestida con una camiseta enorme. Tuve la misma sensación de miedo que me invadía de niño cuando me dolía la barriga y la espalda se me ponía rígida, y lo único que quería era caminar a solas por los prados durante días, como un perro enfermo.

Al día siguiente comenté a las dos ancianas que íbamos a irnos. De nuevo un día pegajoso y resplandeciente, cargado de salitre y humedad. Íbamos a llevar a Tiffany a la playa por última vez y me preguntaron si podían venir con nosotros. El paseo hasta la playa con ellas fue lento; yo cargué con sus dos tumbonas de aluminio y Rocky llevaba una gran bolsa de tela con las

toallas de todos y alguna cosa más. Estaba más receptiva, y por la mañana me había preguntado adónde iba a llevarla en nuestra gran cita. Yo ni me acordaba de la propuesta.

Sin embargo, seguía percibiendo en ella una tristeza apática. Y una resignación que yo llevaba toda la vida viendo en otros rostros —de gente que renunciaba, que aceptaba su destino sin luchar—, pero estaba decidido a lograr que cambiase de actitud.

Las dos hermanas llevaban sus vestidos oscuros de fibra incluso en la playa y caminaban con Tiffany por la arena sin quitarse las gruesas medias marrones, pese a las cuales resultaban visibles los garabatos negruzcos de sus varices. La brisa sacudió mi camisa hawaiana mientras les desplegaba las tumbonas. Se sentaron con sumo cuidado, protegidas con sombreros de ala ancha y unos cristales ahumados que habían colocado encima de sus gafas habituales. A Rocky la cohibió un poco quitarse la ropa y quedarse en bañador en presencia de aquellas mujeres, que la miraban. Me senté un rato en la arena junto a las dos hermanas y contemplamos a Rocky llevando a Tiffany hacia las olas.

Aunque el cardenal del muslo se veía incluso desde lejos, Rocky tenía buen aspecto, con su cuerpo esbelto, la palidez rosácea de su piel, aquella musculatura tan flexible y un culo verdaderamente de primera categoría. Rocky no había mostrado a la luz todavía esa gran belleza que formaba parte de ella porque nunca había encontrado el lugar que le correspondía. Estoy convencido.

Acompañó hasta el agua a una Tiffany que aún se sorprendía y sobresaltaba ante las olas, para después romper a reír cuando la salpicaban. También Rocky se reía, levantaba a la niña y dejaba que las olas le rozasen las piernas, y sus risas nos llegaban desde la orilla como un estallido mezclado con el siseo del agua.

Había otras personas en la playa y seguía llegando gente. Familias, niños y adolescentes, hombres bronceados con el cabello decolorado por el sol que miraban a Rocky al pasar.

Las dos hermanas respondían con risitas sofocadas y nerviosas a los grititos de Tiffany que llegaban playa arriba. El sudor perlaba los carrillos de las ancianas, que se lo iban secando con ligeros toquecitos de un pañuelo que compartían.

—Es una niña tan encantadora... Tan cariñosa... —dijo Dehra.

—Sí —añadió su hermana—. Tiene tan buen carácter...

—Yo... Eh... agradezco todo lo que han hecho por la pequeña —les dije.

—Es muy especial.

—Sí que lo es.

—Yo también lo creo —corroboré. Dejé pasar unos segundos y añadí—: Es posible que ellas dos acaben quedándose aquí algún tiempo cuando yo me marche.

Sus rostros reflejaron tan sólo un mínimo indicio de perplejidad bajo los

enormes sombreros y los cristales ahumados.

—Necesitan a alguien que sea cariñoso con ellas. Si al final se quedan, esa pequeña necesitará que alguien cuide de ella.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Dehra.

—Quiero decir si yo no estoy. Si la pequeña necesitase algo.

—Oh. —Se miraron.

—Estoy seguro de que ustedes la cuidarían.

—Bueno, es que... nosotras en realidad nunca hemos...

—No se preocupen —dije, saludando con la mano hacia el agua. Me levanté y caminé hasta la orilla. Se me hundían los pies en la arena y me pesaban las piernas.

Cuando llegué al agua me esperaban con una sonrisa y Tiffany alzó los brazos y dio una palmada para que la levantara. Me adentré en el agua caliente, la agarré por las axilas y, cuando la lancé al aire, soltó un grito, pateó y aulló para disfrutar al máximo de esa momentánea supresión de la ley de la gravedad. Agua salpicada, picor de sal.

La sonrisa de Rocky, con sus hoyuelos, pareció sincera durante un instante, mientras se alisaba con los dedos el cabello húmedo. La luz arrancaba centellas de su piel mojada, sus ojos, sus dientes, pero yo no dejaba de fijarme en los pequeños nubarrones oscuros que moteaban sus muslos.

—¿Ya has decidido adónde me llevarás a cenar y a tomar una copa de vino? —me preguntó.

Me volví hacia la playa. Una de las dos ancianas estaba guardando una pequeña cámara que habían llevado consigo. Después permanecieron sentadas, inmóviles con sus ropas oscuras, monjiles, con los rostros impertérritos y protegidos por los sombreros. Había algo en esa imagen de una figura duplicada que parecía conspirativo. Me puse a pensar en la cuenta bancaria.

Tres ramos de flores atiborraban la recepción, supuse que regalados por Lance. Iba a pagar a Nancy para que cuidase de Tiffany esa noche, pero las dos ancianas se ofrecieron a hacerlo, lo cual me sorprendió por las reticencias que habían mostrado en la playa. Fui al supermercado y alquilé varios vídeos de dibujos animados para que los vieran con Tiffany.

Alrededor de las cuatro y media telefoneé al First National y en la cuenta no había más dinero que los cincuenta dólares del ingreso de apertura.

Me detuve ante una cabina abierta que había junto a una tienda donde los espaldas mojadas llenaban sus estómagos y bebían en la acera cervezas ocultas en bolsas. Daba igual desde dónde llamase. Iba a desaparecer a la mañana siguiente.

—¿Qué coño pasa? —solté por teléfono.

—He tenido que hacer varias transferencias, pero el dinero no llegará hasta mañana. Quería avisarte, pero no me dejaste un teléfono de contacto.

—Los sobres están preparados, con los sellos ya pegados y las direcciones escritas.

—Corta toda esta mierda dramática, por favor. Si lo quieres, estará allí mañana. Es todo lo que te digo.

Colgué. Los mexicanos me observaron mientras pedía una cerveza en la tienda y bebía unos tragos rápidos en la acera. Me miraron a los ojos, lo cual no es habitual, y sus miradas silenciosas y severas parecían juzgarme, como la de aquella chica en Amarillo, y no dejaron de mirarme mientras me metía en la camioneta.

En ese momento estuve a punto de huir.

Supongo que Rocky había ido de compras. Llevaba un bonito atuendo, una falda larga y vaporosa estampada con flores azules y un top de cuello alto sin mangas, y el aire recatado que le daba el conjunto parecía destinado a complacerme, aunque no quise ni pararme a pensar de dónde habría sacado el dinero para comprárselo.

Parecía entusiasmada, como si algo tan normal como una invitación a cenar la hubiera impulsado de vuelta a un estado de ánimo que le otorgaba la fortaleza necesaria para ser sincera y decir la verdad. Incluso se había puesto el rímel correctamente, con un toque ligero que convertía sus pestañas en oscuras plumas, y pensé que aquéllos podían ser los ojos de la mujer en la que algún día se convertiría.

Lance había instalado el vídeo en la habitación de las hermanas y observé cómo se llevaban a Tiffany, dando saltitos tras ellas, mirando las cintas que yo había alquilado.

Al salir, pasamos por delante de la recepción y vimos a Lance ante el mostrador. Nos miró fugazmente y continuó escenificando su vehemente súplica ante Nancy, que con los brazos cruzados también nos vio pasar.

—¿Adónde te gustaría ir? —le pregunté a Rocky—. ¿Al centro? ¿A uno de esos sitios elegantes?

Se lo pensó y negó con la cabeza.

—A algún sitio como aquel donde tomamos una copa la primera vez. Cuando acabábamos de conocernos, ¿te acuerdas? En el lago Charles. Ese sitio molaba. Era un bar de música country o algo parecido.

—Seguro que encontraremos algún bar así.

Caían sobre nosotros los últimos rayos de sol y ella me contó lo mucho que le gustaba aquel mar y la música que sonaba por la radio. Rocky estaba poniéndome de buen humor y me sentí un poco ridículo por ello, por percibir cierta ilusión de libertad en el aire marino que entraba por las ventanillas bajadas, en las hogueras de la playa y en las olas. Intenté que me contase qué tipo de cosas se imaginaba haciendo en el futuro, pero ella volvía insistentemente a hablar del tiempo y el océano.

Nos dirigimos hacia el oeste, a Angleton, donde había un montón de tabernas junto a la carretera. Nos decidimos por una de las más grandes,

llamada Longhorn's, un sitio con buena pinta construido con largos troncos de ciprés, con un toque de mínima exclusividad que ahuyentaría a los que buscaban pelea y con un aparcamiento pavimentado con conchas de ostra en el que había aparcadas varias camionetas en desorden junto a la fachada.

Las mesas, con una densa capa de barniz, estaban dispuestas alrededor de una pista de baile de madera compacta y de una pequeña plataforma elevada para el DJ y los músicos. Unos pocos faroles de luz mortecina proyectaban un resplandor sepia sobre las fotos enmarcadas de películas del oeste colgadas de los travesaños. A un lado de la zona ocupada por las mesas se extendía una barra de punta a cabo de la pared y me acerqué a pedir una jarra de cerveza Lone Star y dos vasos.

Ella me esperó en la mesa con las manos decorosamente cruzadas y la espalda recta. Le serví cerveza y me dio las gracias con una formalidad que en ella resultaba adorable, como si quisiera compensarme.

Una camarera que arrugaba la nariz al hablar nos dejó dos cartas y me dijo que ya se encargaría ella de ir trayéndonos más cerveza. Rocky empezó a echar un vistazo a la carta. Todo eran hamburguesas y filetes y pedimos a la camarera que nos dejase un minuto para decidimos.

Nos bebimos la cerveza y hablamos un poco.

—Muchas de estas camareras ganan una buena pasta. Crían a sus hijos con lo que ganan.

Rocky asintió.

—O también podrías atender el teléfono y sonreír.

—Ya lo pillo, ya lo pillo.

Me llenó el vaso. Le encendí un cigarrillo y nos quedamos allí sentados sin decir gran cosa hasta que la jarra estuvo prácticamente vacía. Había empezado a llegar gente, la mayoría parejas de cierta edad ataviadas con pinta de vaqueros, las mujeres con tejanos, los hombres con Stetsons.

—Oye —le dije—. Lo de la otra noche... No quiero que tengamos que pasar por una situación así otra vez. Acabará contigo.

—No. —Un brillo húmedo inundó de inmediato sus ojos—. No. No te preocupes. Yo... —Negó con la cabeza y miró enfurruñada su bebida, apretando el vaso con ambas manos—. No sé qué me pasa. A veces hay algo que no me funciona bien cuando pienso las cosas. Es como... me viene una idea a la cabeza. Y es sólo eso, una idea. Pero me la creo. Y actúo como si fuese real. Y no... Me asusta, colega. Me asusta mi manera de actuar. Donde normalmente diría: ¿Qué estás haciendo, chica?, voy y pienso que tengo razón. O sea, ahí es cuando creo que la idea es de verdad, que tengo razón, y empiezo a hacer locuras. —La boca le temblaba ligeramente y mantenía la mirada clavada en el vaso, cuyo borde repasaba con el dedo—. Es como si se me fuera la cabeza.

Asentí y le dije:

—Algo sé de eso.

Siguió frunciendo el ceño, apretando el vaso con las manos, con los nudillos

cada vez más blancos por el esfuerzo. Entonces hice algo desconcertante. Estiré el brazo, tomé una de sus manos con la mía y las apoyé en la mesa. Toda su mano cabía en mi palma y ella la volvió y apretó la mía.

—Creí que te habías ido para siempre —dijo.

—Pues no. De verdad que no.

—Lo sé. Ahora.

La camarera nos rellenó la jarra y no nos preguntó si queríamos comer algo. Bajaron las luces de la pista de baile y George Strait empezó a cantar, con esa voz arrastrada, potente y sobria, y la gente se puso en pie para acudir a la pista, primero las parejas mayores, los hombres con hebillas de cinturón del tamaño de un corazón humano.

—Pero esto no puede continuar, Rocky. Tanto si me quedo como si me marchó.

—Lo sé. Lo sé.

—Ahora tienes a la niña. Se acabó. Para siempre.

—Es que me lío.

Bebimos de la nueva jarra y contemplamos a las parejas que giraban lentamente por la pista, marcando el paso doble y, a la cuarta o quinta canción, unas suaves luces verde y púrpura procedentes del escenario empezaron a deslizarse como peces fantasmagóricos sobre ellos y los lustrosos tablones del suelo; la siguiente canción que sonó fue un tema lento, de una tristeza cargada de orgullo. Las mujeres llevaban el pelo cardado y sus enormes culos embutidos en apretados vaqueros, y la expresión de sus rostros desprendía amor. Una neblina de humo de tabaco flotaba encima de nosotros y retenía la luz.

—Cuando pienso en eso me da miedo —dijo Rocky—. En Tiff. Me angustia lo que hice. O sea, traérmela aquí. Qué he hecho, colega. Qué he hecho.

Me incliné hacia delante y conseguí que me mirase.

—El pasado no existe.

—¿Qué?

—Repítete esto a ti misma. El pasado no existe. No es más que una de esas ideas que te pasan por la cabeza y que crees que son reales. Pero no existe, cariño.

Frunció el ceño y le quedó la boquita entreabierta, muda.

—Todo empieza ahora. Sí. Ahora mismo.

Se enjugó las lágrimas y se volvió hacia la gente que bailaba.

—Y no te entusiasmes, pero tengo algo en marcha —le dije—. Algo que podría resolveros la cuestión económica un buen tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Pongamos que tuvieras algo de dinero. ¿Qué harías?

—¿Cuánto dinero?

—Suficiente. Para pagar el alquiler. Para pagar la comida y las facturas. Durante bastante tiempo.

Desvió la mirada y pareció reflexionar mientras, distraída, trazaba un dibujo

con la uña en el círculo de humedad que había dejado la jarra en la mesa.

—Vale. Te diré qué puedes hacer. Usas una parte para sacarte el título de secundaria. —Ella se mofó y yo añadí—: Hablo en serio. De verdad. Contratas a alguien para que te ayude a cuidar de la niña. Y te matriculas en un instituto.

—¿En un instituto?

—Exacto.

—Pero ¿cómo...?

—Supongamos que pudieras permitírtelo. Tendrías que hacer eso. Ya te lo he dicho. Da igual la rama que elijas. Pero aprende algo. Eres lista. Aprende a hacer algo. —Entonces le tomé las dos manos—. Hazlo por ti o por ella, pero hazlo. —Me sostuvo la mirada hasta que el miedo desapareció casi por completo de sus ojos—. Eres lo bastante fuerte para vivir como hasta ahora, demuestra que puedes vivir de otra manera. Y todo eso empieza ahora.

—De acuerdo, Roy. De acuerdo.

Escuchamos el final de la canción y contemplamos los últimos giros de las parejas. Me di cuenta de que todavía le sostenía las manos, las solté y dejé el puño apretado.

—¿Cuándo sabrás algo?

—¿De qué?

—Del dinero. Ya sabes.

—Mañana.

—¿Y qué pasa si al final no sale bien?

Me encogí de hombros y me acabé la cerveza.

—Ya se me ocurrirá otra cosa.

Su mirada parecía un poco dispersa por la cerveza, vació su vaso de un trago y se secó la boca.

—¿Has...? —Dejó que la pregunta muriese en la punta de su lengua.

—¿Qué?

Tragó saliva y apretó los puños.

—¿Le has hecho algo a ese tío, a Tray?

—No. —Sonreí—. Sólo lo asusté, probablemente. Le dije que se mantuviese alejado de ti y se diera el piro. A estas alturas estará robando en alguna farmacia de Corpus, intentando conseguirse un chute.

—Ah.

Me miró fijamente a la cara, pero no encontró en ella nada que pudiese descifrar, y ambos volvimos la cabeza para contemplar las luces giratorias que iluminaban la pista vacía. Sonaba Glen Campbell.

—Bueno. —Sus ojos ebrios de cerveza parpadearon y su sonrisa se expandió por toda la cara, como si alguien abriese los postigos a la luz del verano—. ¿Vas a bailar conmigo o qué?

Negué con la cabeza, me reí entre dientes y ella fingió cara de susto. Me condujo a la pista con la misma amable determinación con la que había arrastrado a Tiffany hasta el océano, y yo había bebido lo suficiente como para

no sentirme completamente idiota.

Algunas personas nos observaban desde las mesas, pero no se quedaban mirándonos mucho rato. Yo era mucho más alto que ella, así que tuve que encorvarme y vigilar para no pisarla.

Ella se abrazó a mí, con la cara apoyada en mi esternón, y nos balanceamos adelante y atrás, mientras algunos vaqueros y sus parejas bailaban a nuestro alrededor en la penumbra, con los peces fantasma nadando por encima, y su cabello olía a sal y a sol.

No sé cuántas canciones bailamos, pero al final no cenamos. Bebimos más cerveza, ella me contó un par de chistes realmente buenos y recuerdo haberme reído con ganas.

Me contó algunas historias. Me habló de su viaje en el asiento trasero de un coche cuando su madre acudió a esa extraña cita en un claro del bosque en el que había varias caravanas aparcadas. Me habló de la compañía de danza de la escuela, que se había visto obligada a abandonar al quedarse embarazada. Me habló de cuando dejó el colegio y se pasaba todo el tiempo, día tras día, en aquella cabaña en el campo.

Bailamos un poco más.

Era tarde ya cuando nos marchamos y ella caminaba ligera, dando saltitos y balanceándose un poco. No hacía más que darme las gracias. La noche era azul alrededor del aparcamiento, algo más oscura a la sombra de los árboles, donde había aparcado.

Cuando nos acercábamos a la camioneta, noté algo extraño. Mientras rebuscaba las llaves, descubrí que la rueda trasera del lado izquierdo estaba completamente deshinchada, aplastada, y miré por encima del capó para decírselo a Rocky.

—Oye...

Había varios hombres detrás de ella. Salidos de la nada. Oí el crujido de las conchas bajo sus pies.

Y entonces el caño me golpeó en la cara.

Alguien me tenía agarrado por los brazos. Intenté soltarme y la parte posterior de mi cabeza estalló. Sentí náuseas y un dolor como si me hubiesen partido el cráneo.

Sabía que tenía algo roto, algo roto en la cabeza.

Noté el sabor del polvo mezclado con mi sangre y me fijé en las conchas de ostra del suelo que me arañaban la cara mientras me arrastraban. Iba dejando un reguero de sangre en ellas. Alguien seguía tirando de mis brazos. Se me había partido la visión en dos mitades que no había manera de alinear. Oí

unos gritos amortiguados.

Oí que se abría la puerta corredera de una furgoneta y entonces volvieron a golpearme.

Un dolor agudo en los hombros. Me trasladaban tirando de mis brazos y arrastraba los pies por la gravilla. Me habían quitado las botas. Oí el crujido de unos pasos, una respiración profunda. Intenté mover los brazos, pero no me respondieron. Veía la parte posterior de sus rodillas y sus zapatos. En el horizonte brillaban las estrellas. Torcí el cuello para alzar la cabeza y vi los toscos ladrillos marrones y un cartel en el que se leía STAN'S PLACE. Grité.

No veía a Rocky. No la oía. Porque yo estaba gritando.

Me soltaron los brazos para patearme hasta que volví a desmayarme.

Me desperté con la cara sobre el frío cemento, entre paredes estrechas y oscuras, en una habitación pequeña. Percibía la presencia de los muchachos a mi alrededor, entre las sombras. Me pregunté quiénes serían, si Lou o Jay estaban allí. Sólo veía con un ojo y encima veía doble.

Reconocí la despensa. Vi al fondo la puerta de acero del refrigerador y la que comunicaba con el almacén contiguo. Sabía que a la derecha había un pasillo al que daban varias habitaciones.

Volví a oír a Rocky, sólo durante un segundo, desde algún punto del pasillo... un grito breve y ahogado.

Alguien por ahí se rió de mí. Alguien tiró la carpeta con los papeles al suelo, cerca de mi cara. Tosí y la manché de coágulos de sangre.

Uno de ellos dijo:

—No la palmes, Big Country. Estamos esperando a Stan. Guárdate algo para él.

Quise moverme, pero sólo podía retorcerme. Mis manos no funcionaban. El dolor tenía capas, y era profundo... no dejaba de descubrir nuevas e inmensas profundidades. Las piernas de los muchachos emergieron de la oscuridad, me rodearon brillantes pantalones de chándal y de calle, botas y zapatillas deportivas.

—¿Qué pasa, Big Country? ¿Te duele algo? —preguntó uno.

—Acojonaste bien al médico.

—Se acojonó tanto que se piró. Se pasó unos cuantos días colocándose en Bay St. Louis.

—Y luego viene y le pide a Stan que lo dejes en paz. Así que Stan llama a su chica en la compañía telefónica, y ella averigua tu número.

Entonces recordé haber llamado al médico.

—La cagaste, tío. Una cagada monumental, Big Country. Paleto de mierda.

Me pareció oír de nuevo la voz amortiguada de Rocky, detrás de la puerta, rabiosa, cada vez más elevada hasta que la sofocaron y llegó el silencio.

Los zapatos se acercaron a mí y junto a las rodillas colgaban un bate de béisbol y un largo caño. Me oriné encima. Intenté incorporarme y un nuevo golpetazo, no sé si del bate o del caño, me rompió la mandíbula.

Escupí dientes. Se me desgarró la lengua. Empezaron a machacarme de nuevo.

La siguiente vez que me desperté estaba atado a una silla y apenas podía respirar. Me ardía el pecho y la nariz aplastada me borboteaba. Había vomitado sobre mi regazo y el cemento que tenía a mis pies estaba resbaladizo por el charco de sangre. Sabía que todavía estaba en la despensa. Un conducto de ventilación goteaba en una esquina, donde había un poco de luz proveniente de una lámpara de mecánico colgada en la pared; me recordó a la lámpara de luz anaranjada del vestíbulo de la casa de Frank Sienkiewicz. Por un momento pensé que nunca había salido de aquel vestíbulo. Seguía allí y mi huida sólo había sido un sueño.

Veía mal y sólo con un ojo, pero pude distinguir con el rabillo los bultos y extrañas formas que me cubrían la cara.

La silla era pesada, una sólida estructura de madera maciza, y me habían atado las manos con tanta fuerza que tenía espasmos de dolor en la espalda por el ángulo forzado en que estaba sentado. Tenía el pecho atado al respaldo y los tobillos, a las patas. Olía como si me hubiese cagado encima. Incluso con la nariz rota y llena de sangre podía olerlo.

Sabía que no iban a tener ninguna prisa conmigo. Había oído esas historias sobre Stan blandiendo un soplete de acetileno.

Rompí a llorar.

Ya no me importaban ni Rocky ni su hermana. Lo único que quería era que no me hicieran más daño. Lloré con todas mis fuerzas, y cada vez que inflaba el pecho para tomar aire era como si me clavaran navajas en los hombros y en las costillas. No había nada que no hubiera hecho para sobrevivir. Iba a suplicar. Habría hecho cualquier cosa.

El conducto de ventilación seguía goteando en la esquina y yo apenas podía distinguir unas débiles voces a mis espaldas, donde debía de estar el bar, y un murmullo constante y apenas audible por debajo. Deduje que estaban viendo la televisión.

Sentados bebiendo cerveza, viendo la televisión y esperando a que llegase Stan.

Empecé a llorar más fuerte.

Oí abrirse una puerta a mis espaldas, el leve chirrido de las bisagras y luego un golpe seco al cerrarla con cuidado. Noté la presencia de otra persona en la habitación, detrás de mí, como si el aire fuese ahora más denso.

No podía respirar y las lágrimas se escurrían por mi cara y se mezclaban con la sangre. Oí unos pasos sigilosos sobre el suelo de cemento. Creo que yo intentaba decir: «Por favor.» O quizá: «Espera.»

«Espera.»

Entonces emergió en la oscuridad una fragancia o una presencia, un olor a Camel mentolado, ginebra, polvos de maquillaje y perfume Charlie. Parecía improbable que en aquel estado pudiera oler todo eso, pero lo percibí, noté que el aire tomaba forma y supe quién había entrado en la habitación.

Una voz femenina me susurró:

—Chist. No te muevas. No hagas ningún ruido.

El susurro de Carmen proyectó su cálido aliento en mi nuca. Di un tirón con las muñecas y eso me provocó un dolor insoportable en los hombros. Gimoteé y ella siseó: «Cállate.» Los cables eléctricos que me aprisionaban las muñecas se soltaron, cayeron al suelo y liberaron mis flácidos brazos. La cuerda que me ataba el torso desapareció.

Entonces la vi, cuando rodeó la silla para quedar frente a mí. Se arrodilló ante mí y alzó la mirada, y esos ojos duros y calculadores mostraron miedo e incluso lástima; actuaba con rapidez, pero aun así se detuvo a contemplar mi rostro e hizo una mueca de dolor al verlo. Bajo la tenue luz grisácea, Carmen se acuclilló en el suelo ensangrentado y yo esperé con la barbilla clavada en el pecho mientras ella usaba un pequeño cuchillo para cortar la cinta con la que me habían inmovilizado los tobillos.

Se levantó. Entrecerró los ojos y torció la boca en un gesto de asco cargado de vergüenza. Se le había corrido el rímel y unos chorretones negruzcos le ensuciaban las mejillas como si sus ojos hubiesen derramado tinta. Volvió la cabeza para mirar la puerta que había en el otro extremo y depositó el cuchillo en la húmeda palma de mi mano.

Me cerró los dedos alrededor del cuchillo. Solté un gemido; mover los dedos me producía un dolor terrible. Sostuvo mi mano cerrada y me susurró:

—Levántate, Roy. Levántate.

Creo que pregunté por Rocky, porque percibí un temblor en sus ojos y se limitó a negar con la cabeza. Me ayudó a ponerme en pie y, cuando me soltó, estuve a punto de desplomarme. Pero lo que tenía peor no eran las piernas. Era todo lo demás.

—Lárgate de aquí —me dijo—. Corre, Roy. No mires atrás. Sal corriendo de aquí.

El llanto le quebraba la voz ronca, casi enojada en cierto modo, como si yo la hubiese agraviado.

Quise decir algo, pero la mandíbula no me respondió y tenía la lengua tan hinchada que ocupaba toda mi boca. Carmen se deslizó hacia las sombras, oí el golpeteo amortiguado de sus tacones en el suelo y el chirrido de los goznes de la puerta al abrirse.

La pared estaba fría y me apoyé en ella, con la cara pegada al hormigón. Mi mano flácida sostenía el cuchillo contra el pecho. La otra la tenía inutilizada.

Me habían roto todos los dedos.

Unos dolores atroces se apoderaron de mis pies y mis espinillas cuando intenté caminar. La puerta que comunicaba con el pasillo parecía lejanísima y cada vez que daba un paso algo crujía en mi cuerpo.

Parpadeé y caí de rodillas, vi la luz de mecánico en la esquina, oí el eco del goteo.

Y luego la hierba alta y el lago.

El suelo de cemento manchado, frío, húmedo y oscuro.

Los campos de algodón en plena noche, con el zumbido de los grillos.

Los negratas del instituto. «¿Qué cojones estás mirando, blanquito? Te voy a patear el culo.»

Salí dando tumbos de la despensa y recorrí el pasillo a oscuras hacia una señal roja de salida que brillaba al fondo. Un armario para los suministros, un baño, otro despacho. Me alejé de las risas enlatadas que sonaban en algún televisor lejano, a mis espaldas, apoyándome en los ladrillos de la pared, dejando manchas de sangre como el rastro de una babosa. Cruzé por delante del despacho. Allí estaba Rocky.

Habían tirado al suelo todo lo que había en el escritorio y ella estaba desparramada encima. Su ropa estaba por el suelo, encima del cuaderno, los bolígrafos y las hojas que habían lanzado. Desde lo alto de un archivador, una lámpara proyectaba una mortaja de luz metálica sobre su cuerpo. La cara colgaba flácida, mirando hacia la puerta, y sus ojos grises sin vida se cruzaron con los míos; tenía una expresión de horror, de condena. Una corbata anudada alrededor del cuello. Una corbata con un estampado de cachemira, eso lo recuerdo.

La dejé allí.

Me abalancé sobre la larga barra de apertura de la puerta de salida y el duro metal tintineó; de pronto, caminaba por la gravilla del aparcamiento, la noche era a un tiempo oscura y resplandeciente, púrpura y dorada, y lo veía todo borroso. Tropecé y la luz de una farola hizo brillar la hoja del cuchillo que llevaba en la mano, manchada de mi sangre. Entre trompicones y resbalones me topé con un hombre que salía de detrás de un contenedor, subiéndose la cremallera del pantalón.

Jay Meires torció el gesto cuando me vio aparecer, lanzó un gruñido y quiso echar mano de algo, pero me tiré encima de él. Le metí el pulgar en un ojo y apreté con todas mis fuerzas hasta que noté que el globo ocular se reventaba y mi dedo se hundía hasta el fondo. Estuvo a punto de gritar, pero todo fue demasiado rápido. Le clavé el cuchillo en el otro ojo.

Me senté sobre su cuello y seguí apuñalándole la cabeza.

Me detuve y, de pie junto a la destrozada cara de Jay, comprobé que no había aparecido nadie.

Maleza. Coches aparcados. Estábamos detrás del bar y una manzana más allá, pasado el solar vacío, un flujo de coches rompía el silencio de la noche con su circulación. Me dirigí cojeando todo lo rápido que pude hacia esa calle.

Se alzaron voces a mis espaldas.

Estaba en medio del descampado, la oscura hierba me arañaba los brazos y los oí llamarme a gritos desde el bar.

Empecé a soñar de nuevo y cuando abrí los ojos estaba plantado en medio de la carretera. Me iluminó el resplandor de los faros y oí unos frenazos. Las luces me cegaron.

Empecé a gritar, agitando una mano en el aire. Algunos coches pasaron rozándome y uno me golpeó en el hombro con el retrovisor lateral, me volteó y el vehículo frenó con un chirrido.

Un resplandor blanco me cegaba. Oía bocinazos. Lloraba y gritaba. Creía que llevaba a los muchachos pegados a mí.

Abrí con brusquedad la puerta del conductor y el tipo que iba dentro quiso apretar el acelerador. Pude ver su cara, la boca abierta, los ojos como platos. De un modo u otro le clavé el cuchillo, lo agarré por la camisa y lo saqué del vehículo de un tirón.

Me encontraron a un kilómetro de allí, había estrellado el coche contra el muro lateral de la oficina de un contable y tenía el volante clavado en el pecho.

Me desperté envuelto en la luz blanca y estéril de un hospital, con una sed insoportable, y cuando intenté abrir la boca un dolor devastador casi me hizo perder la consciencia. Había dos agentes de policía apostados al otro lado de la puerta. Tenía el ojo izquierdo vendado con una gasa y más adelante me enteré de que lo había perdido. Tenía el cuero cabelludo levantado, las cejas desgarradas y cosidas con puntos de hilo áspero, la nariz aplastada y extendida como margarina.

Nadie me contaba nada. Entraron un par de policías mientras alguien de la oficina del fiscal me leía los cargos, pero yo todavía no podía hablar ni escribir nada con la mano destrozada. Tenía la lengua hinchada, reseca como papel de lija, y los puntos me arañaban el paladar. Notaba las grapas en el cráneo sin necesidad de tocarlas.

El hombre al que había apuñalado estaba vivo. El abogado no mencionó el cadáver de Rocky ni el de Jay Mieres. Nadie mencionó a Stan Ptitko.

Dos semanas después, unos agentes del departamento de policía de Nueva Orleans me escoltaron desde el hospital hasta la enfermería de la cárcel del condado. Conté al fiscal de Nueva Orleans mi versión de lo sucedido y le hablé de Stan Ptitko, de Angelo Medeiros, Frank Sienkiewicz y Rocky. Se lo conté todo. El tipo dijo que tenía que tomarme la declaración con ciertas formalidades, y había que esperar hasta que no estuviese bajo los efectos de tantos medicamentos, calmantes y demás, porque la defensa podía utilizar eso para manipular el juicio. Había también algún problema con los federales, porque los policías locales querían mantenerme alejado de ellos. Un asistente

del fiscal del distrito dijo que me quitarían la medicación durante un par de días para tomarme una declaración completa.

Sin las pastillas, todavía no del todo recuperado, sufría dolores de cabeza como si me la martillearan. Vino a verme otro abogado. Los polis debieron de creer que era mi defensor. Me llevaron a la sala de visitas, que tenía forma de vagón de tren, con una larga mesa partida por una reja metálica que dividía la sala en dos. Paredes de un verde institucional y aquel penetrante olor metálico a desesperación. Me senté frente a un hombre trajeado al otro lado de la reja.

Su cabeza parecía blanda y sonrosada como la goma de un lápiz, con tan sólo una tira fina de pelo negro alrededor de las orejas, gruesos labios muy rojos y gafas, todos sus rasgos eran romos y rechonchos. Nariz redonda, mentón redondeado con papada y orejas como pomos de puerta. El traje que llevaba lo hacía parecer más delgado, igual que las gafas de montura gruesa; depositó un maletín en su parte de la mesa y lo abrió, pero no pude ver qué llevaba dentro.

Me dio por pensar que me sonaba, que era alguien que conocía a Stan.

—Señor Cady —me dijo—. Hablo con usted como representante de una persona cuya identidad mantendré en el anonimato y que se considera tangencialmente damnificada por sus recientes delitos. Entiendo que tiene usted en estos momentos muy limitada su capacidad de hablar, de modo que, teniendo esto en cuenta, procederé a explicarle mis motivos para entrevistarme con usted.

La correa de oro extensible de su reloj se ceñía a la muñeca sobre una densa capa de pelo. La brillante superficie de las uñas se posó encima de varios papeles y después cerró el maletín. Noté que un dolor ardiente y devastador se adentraba en mi cabeza como un tren de mercancías.

—Mi interés en su caso es determinar por el bien del cliente al que represento si pretende usted, como parte de su defensa, intentar incriminar a otras personas en sus delitos. Con el obvio propósito de aliviar las consecuencias punitivas de sus acciones.

Yo sólo podía ladear la cabeza ante él. Hablaba con un ronroneo falso y exagerado, con ese rancio acento sureño que, como todos los rasgos de su cara, tendía a la redondez.

—En otras palabras, ¿está usted planeando aligerar su condena señalando a alguien más?

Asentí: «Afirmativo.» Las grapas de la cabeza me apretaban. Junto a la puerta había un ayudante del sheriff, que no nos miraba directamente, pero estaba atento.

El abogado se subió las gafas deslizándolas por la nariz.

—Eso es lo que he venido a aclarar, para que mi cliente tenga la oportunidad de preparar una defensa eficaz. Bueno, naturalmente, esa defensa incluiría un determinado número de testigos que serían interrogados a conciencia para corroborar o discutir su versión de los hechos.

Lo miré mientras soportaba las punzadas de los huesos que rodean los ojos y

luego concentré la mirada en la reja metálica que nos separaba; la pintura había saltado y bajo el desconchado aparecía el óxido.

—Bueno... y esa lista de testigos incluiría a personas que usted ha conocido recientemente, ¿correcto? Con las que ha viajado y ha estado relacionado. Incluiría a Nancy Covington, propietaria y gerente del motel Emerald Shores de Galveston, Texas. ¿Correcto? —Colocó una hoja de papel encima del maletín y pareció ponerse a leerla—. Esto incluiría a una niña. ¿Correcto? Una niña de cuatro años, si no me equivoco.

Era como si me hundieran hasta el fondo los implantes metálicos de la cabeza. La vida de un hombre podía depender por completo de una fina hoja de reja metálica. El abogado no lo sabía, o tal vez en cierto modo sí lo supiese, pero la reja que nos separaba era en esos momentos el elemento más precioso e importante de su vida. Siguió leyendo.

—Tengo aquí anotado el nombre de una tal «Tiffany Benoit». Actualmente, en el momento en que estamos manteniendo esta conversación, reside con Nonie y Dehra Elliot en el quinientos cuarenta de Briarwood Lane, en Round Rock, Texas. ¿Correcto? Con ellas. Hablamos de la misma persona, ¿correcto? Usted viajaba con ella. ¿Correcto, no?

Entonces se calló y nos quedamos mirándonos a los ojos.

Ése era el motivo de la visita. Querían que supiese que conocían la existencia de la niña. Y que sabían dónde vivía ahora.

Poco después, el abogado se puso en pie y me dejó solo, pese a que yo no había respondido a ninguna de sus preguntas, e imaginé que al menos ahora podría volver a tomar los calmantes, porque mi declaración acababa de saltar por los aires.

Mi versión de los hechos cambió drásticamente. Dije a los de la fiscalía que no recordaba lo que había sucedido.

No era ni mi primer arresto ni mi primer juicio, y me cayó una condena severísima porque los había cabreado mi cambio de versión.

Trece años en la penitenciaría de Angola.

Simplemente me comí el marrón.

Las investigaciones sobre el puerto quedaron archivadas.

De todos modos, yo no creía que fuese a durar mucho más, y tampoco tenía ganas, porque ahora, cuando cerraba los ojos, se me aparecía demasiado a menudo el rostro de Rocky, flácido y ladeado hacia la luz de la lámpara, su cuerpo acostado como si aquel escritorio fuese un altar.

Me alegraba saber que no tendría que vivir mucho más tiempo con eso.

Ahora cojeaba como consecuencia del choque, y llevaba el ojo izquierdo cubierto con un parche y tenía una cara nueva, asimétrica, abultada, las cejas desalineadas, la nariz como una fruta podrida. No podía extender los dedos del todo, tenía los nudillos permanentemente hinchados y me mataban de

dolor cuando llovía. El estado me pagó una nueva dentadura. Se me habían roto tantos dientes que el dentista optó por arrancarme los pocos que quedaban y me hizo una dentadura postiza completa.

Al fin un médico volvió a examinarme y no pudo dictaminar con certeza qué eran las manchas en el pecho. Quería hacerme una broncoscopia o una biopsia guiada por tomografía. Supuso que sería lo mismo que había diagnosticado el otro médico. Había una mínima posibilidad de que fuera tuberculosis o sarcoidosis. En el mejor de los casos, las tumoraciones podían ser benignas, pero era prácticamente seguro que con el tiempo dejarían de serlo. Los quistes o carcinomas estaban estancados, según me explicó, pero en cualquier momento podían volverse malignos y desencadenar una metástasis. Tenían que operarme. Quería extraérmelos y analizarlos. «Hay diferentes estrategias de tratamiento —me dijo—. Lo trasladarán a un lugar más agradable mientras dure el tratamiento. Sólo es una cuestión de tiempo, excepto que usted sea un caso milagroso.»

Le dije que no. Cuando me explicó que el estado correría con los gastos, volví a decirle que no.

Durante los dos primeros años compartí celda con un negro llamado Charlie Broedus. Nos llevábamos bien y me alegré cuando lo soltaron; yo seguía esperando que me llegase la muerte.

Al cabo de un mes de estar entre rejas decidí pasarme por la biblioteca, para buscar algo que leer. No sabía por dónde empezar. Dos veces al mes acudía una bibliotecaria de la administración estatal y me sugería algunas cosas. Así fue como me hice amigo de la bibliotecaria, Jeanine.

No es que descubriéramos una afinidad espectacular entre nuestras personalidades. Creo que simplemente a ella le gustó conocer a un preso que no iba en busca de libros de Derecho.

Cuando leía, me abstraía con las palabras y lo que significaban y perdía la noción del tiempo. Me sorprendió descubrir que existía esa libertad forjada exclusivamente con palabras. Y entonces sentí que muchos años antes se me había escapado algo crucial.

Siempre tuve buenas manos y era capaz de soldar, arreglar cañerías, desmontar un motor, boxear, disparar, pero empecé a comprender que ciertas habilidades tan sólo me habían limitado, me habían convertido en una pieza práctica, funcional. Hasta entonces no lo había entendido de verdad.

Mis lesiones me mantenían al margen de los trabajos agrícolas que dan a la penitenciaría de Angola el sobrenombre de La Granja. Jeanine me ayudó a conseguir un trabajo en la biblioteca, como ayudante suyo. Llevaba el cabello castaño claro peinado de un modo que había dejado de estar de moda en los setenta, la carne de sus brazos flácidos temblaba cuando sellaba la tarjeta de un libro, y se movía con pesadez. De vez en cuando la pillaba con lágrimas en los ojos y entonces se disculpaba y se refugiaba en su despacho y no salía hasta el final de la jornada.

Yo me dedicaba a colocar los libros en las estanterías y a empujar el carrito

por el bloque de las celdas. Nadie me molestaba demasiado. A Charlie Broedus lo liberaron en 1992 y a los demás los veía entrar y salir, y no tardé en convertirme en parte del paisaje: en la biblioteca, en la mesa del comedor, siempre con los ojos pegados a un libro. Tanto leer me enseñó a pensar. Era capaz de entender las cosas de una manera imposible hasta entonces. Sin embargo, como ya he dicho, nada de eso me convertía en una persona diferente.

Yo sé quién soy.

Pensaba demasiado en Rocky. Y pensaba en Carmen, en dónde estaría, si habría logrado escapar. No volví a saber de ella.

Todos los días imaginaba que mataba a Stan Ptitko y pensaba en diferentes maneras de hacerlo, siempre acercándome mucho para oír sus estertores mientras lo miraba a los ojos. En llevármelo al bosque y prolongar al máximo su agonía.

Todas las noches me acostaba esperando que el cáncer avanzase, pero éste seguía ahí, dormido, aguardando su momento. Me pasé casi doce años así.

Exactamente así.

Me dieron la condicional justo antes del primer día del nuevo siglo y estaba solo en Nueva Orleans cuando sonaron las campanadas. Había cumplido cincuenta y dos años y no tenía adónde ir. El colorido había cambiado en general, todo era más oscuro. Todo el mundo tenía teléfonos móviles. Se veían más coches japoneses. Había una invasión de aparatos electrónicos y pantallas de televisión por todos lados. El barrio francés estaba igual que siempre, con sus balcones de hierro forjado, sus casas idénticas alineadas y sus patios, los bares a lo largo de las calles repletos de gente. El olor a meado y vómito en las alcantarillas, los lamentos y gemidos de las trompetas y el rítmico golpeteo del bombo de las baterías. Se había comentado que todo podía bloquearse y dejar de funcionar con la llegada del nuevo año, por algo que tenía que ver con los ordenadores. Pero yo sabía que no iba a pasar. Y había aprendido que, después de once años de sobriedad forzada, no podría volver a beber. Con el alcohol se me retorció el hígado como un insecto clavado en la pared. Un achaque más.

Desde los pórticos españoles contemplé a las multitudes que se arremolinaban en las calles, en Dauphine, Bourbon y Royal. A medianoche todo el mundo se besaba. Los desconocidos compartían botellas de champán, unían sus labios, se acariciaban las nucas. Cuando algunos me veían mirando desde las sombras, se daban media vuelta.

Me quedé en Nueva Orleans porque iba a matar a Stan Ptitko. Su bar seguía allí, con el mismo nombre.

Me gasté una parte del dinero de la prisión comprándole una pipa a un chaval negro en St. Bernard y empecé a merodear por las calles que rodeaban

el bar de Stan. Necesitaba una limpieza de fachada con un buen chorro a presión, y una enorme plancha del techo de latón estaba remendada con lona azul. A unas manzanas en dirección nordeste había una hondonada poco profunda bajo un puente, donde me instalé durante tres días y dos noches. Dormía bajo el puente, vigilando el lugar, envuelto en un viejo saco de dormir y un baqueteado chaleco antibalas, una sudadera con capucha, unos pantalones viejos y zapatillas deportivas, todo comprado de segunda mano en Goodwill. Pensé en Rocky y en aquel puente bajo cuyos caballetes se veía obligada a cruzar para regresar del colegio a casa y en aquella noche que había tenido que pasar allí sola.

El segundo día vi a Stan saliendo de un Lincoln negro. Había engordado mucho, sobre todo en torno a la cintura, y tenía menos pelo.

Eché un vistazo alrededor, comprobé mi revólver automático del 38 y recorrí una manzana sosteniéndolo en el bolsillo del chaleco. Antes de que me diera cuenta ya estaba plantado frente al bar, en la otra acera. Me agaché, pegado a un viejo poste del tendido telefónico junto a la acera, con la capucha puesta, y observé el resplandeciente coche negro y la puerta metálica de la entrada. En el aparcamiento había otros tres coches y no sabía cuánta gente podía haber dentro del bar. Había visto entrar a algunas personas antes de Stan, pero sin reconocer a nadie.

Un día gris, con una luz lluviosa y ártica; al respirar, mi aliento formaba nubecillas blancas en el aire invernal. Incluso con ese frío, yo sudaba.

El solar contiguo seguía vacío. La zanja estaba repleta de fango, rosas silvestres, botellas de litro vacías y hojas de periódico amarillentas. La valla enrejada que separaba el solar del aparcamiento se había convertido en un pequeño muro de zarzas y matorrales. Soplabla viento y me cubrí la cara con la chaqueta. No era fácil permanecer allí. Cada dos por tres pensaba en dejarlo.

Al fin, Stan volvió a salir, solo. Le vi la cara con toda nitidez, hinchada y caída, con la frente mucho más amplia y algo de papada. Iba un poco encorvado, vestido con camisa blanca y pantalones negros; se quedó un momento plantado junto a su coche, tensó la espalda, se estiró, echó un vistazo hacia el centro de la ciudad y el río. Me vio, pero no pareció darle la menor importancia. Un viejo vagabundo junto a un poste telefónico.

Habría sido fácil. Sólo tenía que cruzar la calle.

No sé si mi cuerpo recordó de pronto todo lo que me habían hecho, pero el terror me atenazó las pelotas, el corazón y la garganta. Sentí el frío metal del revólver en mi mano y la idea de utilizarlo me pareció de pronto irrealizable; sólo de pensarlo me quedaba paralizado. Todo mi cuerpo estaba agarrotado por el pánico.

No tenía ni la menor idea de que me hubiera vuelto tan manso.

Sólo quería que no volvieran a hacerme daño.

Así que en algún momento me había convertido en un cobarde. O siempre lo había sido y sólo entonces me daba cuenta, y a partir de ese instante, como

en todo lo concerniente a mi persona, mis entrañas quedaban expuestas a plena luz del día.

Stan se metió en el coche, encendió el motor y del tubo de escape surgió un humo denso como las nubes de invierno que envolvió el vehículo. Me aparté de la tosca madera del poste del teléfono y me ceñí el chaleco mientras el Lincoln salía del aparcamiento. Pisé la calzada un poco perplejo por haberlo dejado marchar. Dudo que Stan mirase por el retrovisor, aunque tal vez sí lo hiciera. Tal vez se percató de la presencia de esa figura cada vez más pequeña plantada en medio de la calle, con un revólver en la mano.

Crucé fatigosamente el solar vacío hasta la acera frente al bar. Tiré el arma en un contenedor y arrastré mi pierna lisiada diez manzanas hasta la estación de autobuses.

Se suponía que no podía salir del estado, pero cogí autobuses hasta llegar a Galveston.

He sellado con tablonos las ventanas de la planta baja, como en casi todos los edificios de alrededor. Después los propietarios se han dirigido hacia el norte en coches repletos de bártulos, algunos de ellos arrastrando una caravana o remolques improvisados. El presidente y el gobernador han declarado el estado de emergencia y se ha decretado la evacuación obligatoria. La llegada de Ike, dicen, es inevitable. Los elementos se enardecen, convergen, forman un embudo de nubes del color gris de la ceniza. Como cae una llovizna sesgada, decido saltarme el paseo matinal. Tampoco paso por la tienda de donuts. Había empezado a preparar una maleta, pero lo dejé correr. Me siento en el sofá, bebo un poco de té, pienso en el hombre del Jaguar y me pregunto por qué sigo vivo después de esta noche.

Empiezo a ponerme el mono, pero tengo la pierna más rígida de lo habitual debido a la tormenta y a haberme pasado toda la noche sentado. Lo dejo en el suelo y *Sage* se abalanza sobre él y se acurruca encima de la tela vaquera, impregnada de olor. No hay ningún huésped en el hotel, evidentemente, y encuentro a Cecil en la recepción. Está mirando el ordenador detrás del mostrador, buscando información meteorológica, y arquea una ceja al ver el mapa de la tormenta que aparece en la pantalla. La espiral de nubes es demasiado grande para poder siquiera imaginársela; hay que confinar la noción en la imagen de la pantalla igual que se confina el tiempo en un relato.

—Tal vez no deberías quedarte por aquí —me dice Cecil—. Creo que pueden cargarme la responsabilidad si te ocurre algo.

—Qué va. No va a pasarte nada.

—Yo, de todos modos, sigo pensando que puede pasar de largo. Quizá lleguen vientos fuertes. Pero no la tormenta de lleno —dice, pero sé que, igual que yo, Cecil se aferra a cualquier excusa para quedarse.

—¿Necesitas que haga algo? —le pregunto.

Niega con la cabeza y señala con una mano el aparcamiento vacío.

—Vacaciones por huracán.

Me quedo un rato con él y vemos el mapa animado en el ordenador, la imagen térmica de una masa arremolinada que se extiende y va devorando la costa.

Me repasa de arriba abajo como si yo guardase un secreto. Y me pregunta:

—¿Y qué pasa con la chica?

—¿Qué chica?

—La chica guapa. Suéltalo ya, viejo.

—¿Quién?

—¿No te ha localizado? Eres muy popular. Primero el tío del traje, ahora esta pava. Una mujer de muy buen ver. Joven, cabello castaño. Dijo que te estaba buscando. Ayer por la tarde, a primera hora. —Abre un cajón bajo el mostrador y saca un tarjetón—. Le dije que hoy estarías aquí trabajando, pero no le dije que tenías una habitación en el motel.

Cojo el tarjetón, pero no reconozco el apellido. Está escrito con la letra de Cecil y debajo hay un número de teléfono.

—¿No te dijo su nombre de pila?

—No. No se me ocurrió preguntárselo.

Vuelvo a leer el tarjetón.

—¿Qué te dijo?

—Que estaba intentando localizarte. Me pidió que te dijese que la llamas. Estaba muy buena. Deberías llamarla, tío. Si no la llamas tú, lo haré yo.

—¿Y qué vas a decirle?

—La invitaré a comer algo por ahí.

—¿Qué edad le pondrías?

—¿Veintipocos? Mira, si al final la llamas, háblale bien de mí.

—Claro —le digo.

Vuelvo un poco la cara al notar un temblor húmedo en el ojo bueno. Incluso en el ojo muerto.

—Creo... —me dice Cecil, asintiendo sin dejar de mirar la pantalla—, creo que cambio de opinión y me largo de aquí. Tú también deberías pensártelo. Puedes venirte conmigo.

—No, gracias —le digo, empujando la puerta.

El cielo es una masa efervescente de pizarra, carbón y peltre, y el viento azota las copas de las palmeras y hace revolotear restos de basura por las calles vacías. El aire bulle de carga electromagnética y siento que me aplasta, como si estuviese bajo el agua, en una ciudad sumergida. Echo la llave a la puerta de mi estudio y corro las cortinas. *Sage* gimotea.

Tengo el cuchillo de caza en la encimera y pienso en su filo contra la piel arrugada y pecosa de mis muñecas. Guardo el cuchillo en un cajón y me siento como un idiota por el simple hecho de haberlo sacado.

Extraigo de un pequeño estante elevado de mi estrecho armario el sobre marrón que contiene la radiografía que me hicieron en la cárcel. Se ven las

motas flotando en mis pulmones como estrellas en el firmamento, como metralla que ha hecho el recorrido inverso a través del tiempo, y tengo la sensación de haber llegado por fin al momento en que la bomba va a estallar. Lo percibo en el clima, en el apellido de esa mujer en el tarjetón. Y no aparecerá ningún asesino, no va a venir ningún sicario a liquidarme.

Enciendo una colilla de porro y la sostengo entre los labios. Aquí dentro hace fresco, todo tiene una tonalidad azulada con las cortinas corridas y *Sage* reposa a mis pies con la cabeza entre las patas y la cola recogida, y por eso entiendo que ella también lo percibe.

Esa mujer debe de haber pagado al hombre del Jaguar para que me localice. Supongo que eso quiere decir que tiene dinero y me alegro.

Me quedo encerrado en mi estudio con mi perra, contemplo el cielo y no hago mucho más, excepto echar un vistazo de vez en cuando a esa vieja radiografía, caminar de un lado a otro por la sala y liarme otro canuto.

Esa mujer, supongo, querrá oír una historia. Probablemente querrá que alguien le explique su vida. Querrá saber qué sucedió durante esas dos semanas cuando tenía tres años, cuando la sacaron de su casa y conoció el mar y jugó en la playa y vio dibujos animados. Y un día su hermana desapareció. Me pregunto cómo habrá vivido todo eso una niña.

Una larga historia, poblada de huérfanos.

Acaricio a *Sage* y ella suelta un gemido. Me pica la piel debajo del parche y me lo quito. De mi ojo muerto brotan lágrimas y me froto la mejilla para secarlas.

De modo que me equivocaba cuando le dije a Rocky que puedes elegir lo que sientes. No es cierto. Ni siquiera es cierto que puedas elegir cuándo sientes. Lo único que sucede es que el pasado se coagula como una catarata o una costra, una costra de memoria delante de tus ojos. Hasta que un buen día la luz la traspasa.

Pienso en Carmen y vuelvo a preguntarme si logró escapar. Espero que haya encontrado algo mejor.

Cuando llega el momento, ni siquiera me da un vuelco el corazón, como si me hubiese pasado la vida esperando esa llamada a la puerta. Son unos golpes sin fuerza, ligeros, el sonido de una persona nerviosa que no quiere molestar.

Giro el pomo sin vigilar antes por la mirilla. La puerta se abre con un chirrido y aparece una mujer con una mirada desesperada, cargada de belleza. Detrás de ella, las nubes grises de tormenta se mueven a toda velocidad hacia el mar.

La chica tiene un denso cabello castaño y viste vaqueros y una chaqueta ceñida, color canela. Cecil estaba en lo cierto, es muy guapa. Más que guapa. Se queda plantada en el rellano, agarrando con una mano el bolso, un bonito bolso de cuero, y en la otra sostiene un pedazo cuadrado de papel, tal vez una fotografía, y de inmediato percibo que hay en ella un vacío fundamental. Y pretende que yo lo llene.

—¿Señor Cady?

Me clava una mirada fija, ligeramente estrábica.

Doy un paso atrás y pienso que parece una mujer con recursos, alguien con dinero, con una vida, una persona capaz de cuidar de sí misma, y me alegro de que así sea. Tiene la boca entreabierta, como si estuviese esperando a que le brotasen las palabras, mientras sus ojos oscilan entre mi cara y la foto que sostiene en la mano, tratando de establecer la conexión. Cuánta desesperación.

—No lo reconozco —dice Tiffany. Su voz es más grave, pero en realidad casi reconocible. Sigue mirando alternativamente la foto y mi cara—. No, no es usted. —Tiende la foto hacia mí, me la ofrece.

Es una fotografía vieja, doblada y descolorida. En ella se ve una playa y el mar. Tres personas se mantienen de pie entre las olas. El hombre es alto, corpulento, y está bronceado, y las chicas son rubias y ágiles, sus rasgos difusos bajo la luz blanquecina del golfo.

El caso es que llego a distinguir la cara de la niña en esta chica, el mentón recortado, la mirada vivaz, el arco de Cupido en su labio superior. Le pregunto si quiere pasar.

—Yo no... —Vuelve a escrutar mi cara. Estallan los truenos y el mar nos devuelve sus ecos—. Creo que he cometido un error. —Suspira—. Lo siento. Me he equivocado de sitio.

Recupera la foto, empieza a guardársela en el bolso mientras se da la vuelta, pero le digo: —Han pasado veinte años. He cambiado mucho.

Se gira para mirarme, las cejas arqueadas, los ojos inundados.

—Tú no me conoces —le digo—. Pero yo era tu amigo.

Una lágrima minúscula resbala por su mejilla. Me aparto de la puerta y con un gesto la animo a entrar. *Sage* corretea hasta sus pantorrillas y ella se agacha para acariciarle las orejas.

La invito a sentarse.

—¿Quieres un café, té?

—No, gracias. —Se calla un momento, se pinza el labio con los dedos en un gesto de duda—. Sólo me gustaría... si tiene tiempo. Me gustaría hablar con usted. Si le parece bien.

—Tienes preguntas.

—Sí. Por favor. Yo... —Recorre la habitación con la mirada, niega con la cabeza, como si le costara creer que haya acabado aquí.

—Me parece que voy a preparar un poco de té.

Me acerco a la cocina y enciendo el fogón, lleno la pava y la deposito sobre las llamas azules. Ella ha dejado la foto en la encimera y yo me lavo las manos en el fregadero para ganar tiempo y no tener que volver con ella a la sala. En la foto estoy moreno y parezco fuerte, como un caballo bajo el sol. Mientras corre por mis manos el agua helada me duelen los nudillos. Apenas soy capaz de asimilar la presencia de esta chica en mi sofá, la improbable maravilla del azar que supone su existencia.

Se merece algo mejor que la verdad.

Vuelvo a la sala y me topo con el rostro despierto e intenso de Tiffany. Ella

acaricia a *Sage* e intenta despegar los ojos de la radiografía que hay encima del sofá. Me mira el pecho.

—¿Cómo me has encontrado?

—Oh, ha sido... ¿Recuerda a la mujer del motel? ¿Hace mucho tiempo? Ella dijo que su verdadero nombre era Roy. Me lo contaron las hermanas. El hombre al que contraté encontró su expediente carcelario y algunas fotos. Le ha costado un poco dar con su rastro. Y después ha husmeado un poco por aquí. No estábamos seguros de que fuera usted realmente. Está muy cambiado.

—Es cierto. —Veo cómo repasa mi estudio, la única habitación, las pilas de libros de bolsillo, y percibo cierta lástima en su mirada. Eso no me gusta—. ¿Dónde vives? —le pregunto.

—En Austin.

—¿Y a qué te dedicas?

—Soy diseñadora gráfica. Trabajo en publicidad.

—¿Has tenido que estudiar para dedicarte a eso?

—Sí, claro. Estudié en una escuela de diseño de la Universidad de Texas.

—Ya —digo, y casi sonrío—. ¿Con quién... dónde te has criado? ¿Con qué familia?

—Mis padres me adoptaron por medio de las Hermanas de San José. Me crié en Tyler.

Vuelve a repasarme un poco más con la mirada y ladea la cabeza. Lleva un anillo en el dedo anular, pero no sé decir de qué tipo.

—¿Estás casada?

Niega con la cabeza y me aclara:

—Todavía no. Quizá dé el paso pronto. Llevo tiempo saliendo con alguien, bastante tiempo.

—¿Estás enamorada?

—Hum. Sí.

Se estira un mechón de pelo y desvía la mirada, y veo a Rocky en ese gesto, la veo con tal claridad que me obligo a volver la cabeza hacia otro lado. Al mirarla de nuevo, confirmo lo mucho que se parecen y se me hace un nudo en la garganta. Tienen prácticamente la misma cara y eso resulta casi insoportable.

—Eso está muy bien —le digo, incapaz de mirarla a los ojos—. Que estés enamorada.

—Él fue quien me empujó a... a hacer esto. Me insistió en que buscase la verdad.

—¿A qué se dedica?

—Él... Lo siento —se interrumpe; la he puesto nerviosa. No sabe qué pensar de esta habitación, de lo estrecha que es, de la radiografía que tiene al lado. Se pasa los dedos por los labios y echa un vistazo a su alrededor, como si pudiese haber alguien más en la casa—. Le importa si... La verdad es que siento... Necesito saber algunas cosas. —Me clava esos ojos idénticos a los de Rocky,

llenos de sufrimiento y resplandecientes como los de una santa.

Me acerco al sofá, levanto una mano en señal de rendición.

—Lo sé. Tienes razón. ¿Hasta dónde conoces la historia?

—Recuerdo más o menos a mi hermana. Un poco. Recuerdo que íbamos a la playa. Pero... —Traga saliva para recuperar la compostura—. Pero un día me abandonó. —Le tiemblan los labios al decirlo.

—No, no —le digo—. No fue eso lo que pasó.

—¿Qué pasó?

—Íbamos a volver a buscarte. Sólo habíamos salido a cenar.

—Pero después usted reapareció en Nueva Orleans. En la cárcel.

—Sí, en efecto. —Coloco las manos palma arriba y bajo la mirada—. Me detuvieron. Tuve un accidente. Y había una orden de búsqueda contra mí.

—Pero... No lo entiendo. ¿Qué pasó cuando me dejaron?

Mantengo la cabeza gacha y observo cómo Tiffany acaricia a la perra.

Aparta la mirada, pero enseguida vuelve a posarla en mí.

—¿La conocía bien? —Y la voz se le entrecorta al pronunciar las tres palabras siguientes—: A mi hermana.

—Diría que sí. —Contemplo los reflejos de la larga cabellera de Tiffany, una pradera seca en pleno verano, sus pómulos pronunciados y sus grandes ojos—. ¿En qué tipo de publicidad trabajas?

—¿Perdón? Yo... diseño páginas web y logos de empresa. Ese tipo de cosas.

—He estado en Austin algunas veces. Hace mucho tiempo. ¿Barton Springs sigue allí?

—Sí. Eh... ¿ha dicho algo de un accidente?

—También hay buena música en Austin. ¿Te gusta la música?

Echa la cabeza atrás, me examina la cara. Me resulta tan duro mirarla que me alegro cuando oigo el silbido de la pava, que me sirve de excusa para volver a la cocina.

Me duele el pecho. Me tiemblan las manos cuando cojo el hervidor y derramo algunas gotas que chisporrotean al caer en el quemador.

—Escuche —oigo que me dice desde el otro lado de la pared—. Necesito saber. —Carraspea, reprime su dolor.

Sirvo dos tazas con bolsitas de Lipton y dejo que reposen.

—¿Tienes algún hermano o hermana? —le pregunto—. Donde te criaste.

Es tan joven, tan real, que se me atrabanca la voz a cada momento.

Ella asiente.

—Tengo un hermano pequeño. También es adoptado. —Se le ilumina el rostro.

—¿Cómo se llama?

Se lleva una mano a la frente y hace una mueca con la boca.

—Perdón... ¿por qué no quiere contarme nada? Por favor, no lo entiendo.

Ya no puedo escurrir el bulto por más tiempo y no tengo estómago para ocultarle la historia.

Si le cuento la verdad, tal vez me libere de sus consecuencias. Puedo

traspasar la historia a su verdadera propietaria y tal vez entonces las estrellas congeladas en mi pecho puedan por fin arder.

De modo que me doy cuenta de que no voy a mentirle. Voy a contárselo todo. Rocky, su padre, la casa de Sienkiewicz, los tipos de Nueva Orleans y lo que nos hicieron.

Pero entonces temo por ella. Y pienso: vas a llenar ese vacío, pequeña, pero tendrás que ser muy fuerte para soportarlo.

Años que no recuerdas. Años como heridas misteriosas.

Durante todo ese tiempo yo fui tu amigo.

—De acuerdo. —Me rasco la boca y murmuro—: Pero es duro.

—¿Qué? —Se esfuerza por contener las lágrimas bajo el ceño fruncido, dispuesta a ser valiente y fuerte.

Dejo la radiografía en el suelo y me siento a su lado.

—Te hablaré de ella, de lo que pasó. ¿De acuerdo? Pero te pongo una condición. —Acaricio la cabeza de *Sage* para reforzar mi planteamiento—: Si te lo cuento, después tendrás que marcharte. Se está aproximando un huracán y has de salir de la ciudad. Ahora. En cuanto yo acabe.

—¿Usted se marcha? Puedo volver otro día.

—No. Te lo contaré ahora. Te lo contaré todo. Pero, si te lo cuento, después te marchas. Y me haces un favor.

—¿Cuál?

—Te llevas a la perra contigo.

—Uh... Bueno... Yo no...

—Éste es el trato. El único que voy a ofrecerte.

Mira a *Sage*, inclina la cabeza y la acaricia.

—De acuerdo. Acepto.

—¿Me lo juras?

—Sí, de acuerdo. —Asiente y vuelve a secarse los ojos.

Se ha hecho muy alta, con una osamenta fuerte y bien cincelada, el tipo de mujer que te detienes a mirar, y sus uñas pintadas de rojo se hunden entre el pelo color canela de *Sage* mientras sorbe por la nariz y espera a que yo empiece a hablar.

—Esta otra chica que aparece en la foto no es tu hermana. Es tu madre. No la culpes de nada. Tuvo una vida muy dura. —Estiro un brazo, en un gesto repentino y torpe, y poso mi mano destrozada sobre las de ella—. Pero una vez hizo algo muy valiente.

Mi mano parece monstruosa sobre la suya, pero me permite mantenerla allí. Su mirada taladra mi ojo bueno.

—No te abandonó —le cuento—. No fue así. No fuiste una niña abandonada.

Se tapa la boca y su rostro parece desmoronarse y hundirse como un castillo de arena barrido por la marea. Me acerco más y le pongo la otra mano en el hombro, porque no puedo evitarlo. Me aprieta los dedos. Dejo que asimile lo que acabo de decirle, le doy un poco de tiempo para que se recomponga. Va a

necesitar toda su entereza para lo que viene a continuación.

Espero a que recupere un poco la compostura, le llevo otro té y vuelvo a empezar.

Se lo cuento todo.

Cuando se marcha, me quedo en la puerta y contemplo cómo mete a *Sage* en el coche, un discreto Toyota dorado. Se detiene antes de entrar en el vehículo y la lluvia la envuelve en un aura. Levanta la cabeza para mirarme. Tengo que cerrar la puerta y quedarme dentro hasta que oigo que el coche se aleja.

Me la imagino paseando a *Sage* por las rocas blancas y las aguas transparentes que atraviesan Austin y no pienso en Rocky.

Pienso en la brisa que acaricia la superficie de un lago, en la voz de mi madre cantando *A Poor Man's Roses*.

Tengo la cabeza despejada y no me duelen las manos.

El vendaval convierte las gotas de lluvia en dardos puntiagudos y con las nubes la tarde se vuelve negra como un vestido de viuda. El denso aire se carga de ozono y agua de mar. Se oyen chasquidos y crujidos a lo lejos y sobre el océano estallan destellos de luz, como si el cielo hubiese engullido una carga de dinamita. En sus límites agitados casi puedo distinguir otra capa de oscuridad, una masa negra más densa que se alza sobre el horizonte para adoptar una forma que todavía no puedo imaginar.

Las ramas que arañan las ventanas selladas con tablones suenan como si algo intentara entrar a zarpazos, y el viento aúlla como un animal herido, un gemido grave y profundo.

Han pasado veinte años.

Me preocupaba vivir eternamente.

AGRADECIMIENTOS

Mi más profundo agradecimiento a Henry Dunow y Colin Harrison por la fe, la perspicacia y los esfuerzos que han volcado en este libro.

También estoy en deuda con David Poindexter, erudito, caballero y amigo de todos los escritores.

Título original: *Galveston*

Traducción del inglés: Mauricio Bach Juncadella

Ilustraciones de la cubierta: Shutterstock

Diseño de la ilustración de la cubierta: Sean Garrehy / Little Mosca, Brown Book Group Limited

Copyright © Nic Pizzolatto, 2010

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2014

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª — 08018 Barcelona — Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

ISBN edición en papel: 978-84-16237-00-5

ISBN libro electrónico: 978-84-15630-69-2

Depósito legal: B-17.869-2014

Primera edición en libro electrónico (epub): agosto de 2014

¹ En inglés, esta palabra tiene doble significado: «salvia» y «sabio».